

Un camino de iniciación cristiana

ANDRÉS FUENTES VICENTE



ANDRÉS FUENTES VICENTE
Párroco

EL NEOCATECUMENADO

*UN CAMINO DE INICIACIÓN
CRISTIANA*

DESCLÉE DE BROWER
1996

PRÓLOGO

Ilustración de portada: Kiko Argüello.

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A. 1996
C/ Henao, 6 - 48009 BILBAO

Printed in Spain
ISBN: 84-330-1180-4
Depósito Legal: BI-1906-96
Fotocomposición: ZETA, S.L.
Impresión: Bikaner Gráfica

Desde hace más de veinte años conozco al autor de este escrito. Une la experiencia del párroco, que ha buscado sin cesar responder pastoralmente a la situación de cada momento, al conocimiento de la teología, tanto por la sólida formación inicial como por sus innumerables lecturas. En la celebración última de la Pascua ha concluido en su parroquia de San Martín de la ciudad de Salamanca la primera comunidad el “neocatecumenado”, de la que ha sido al mismo tiempo “catecúmeno” y presbítero. En el autor coinciden la capacidad de discernimiento teológico-pastoral, una larga experiencia parroquial, el haber participado en el proceso catecumenal desde dentro, y una exposición literaria que es al mismo tiempo honda, clara y precisa. Escribe el párroco doblado de catecúmeno, y el pastor versado también en teología pastoral. Frente a apreciaciones marcadas por apriorismos o distantes por la desinformación y sobre todo por el desconocimiento personal, en este libro nos habla acerca del “Neocatecumenado” una persona autorizada por diversos motivos.

El libro presenta en el capítulo más extenso y central el “desarrollo del neocatecumenado” siguiendo las diversas etapas con los contenidos de cada una de ellas y con algunas indicaciones de carácter pedagógico. Muy sugerentes son las páginas dedicadas a la “espiritualidad del camino

neocatecumenal”, en que brevemente establece una comparación entre las clásicas vías purgativa, iluminativa y unitiva de la vida espiritual y las tres fundamentales etapas del neocatecumenado, a saber, de humildad, simplicidad y alabanza. Ha sido una preocupación constante del autor el verificar cómo el neocatecumenado es una realización original y fiel del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos, promulgado en 1976, siguiendo el encargo del Concilio Vaticano II. Para responder a la pregunta “¿es necesario hoy un catecumenado?” y para avalar la autenticidad cristiana del neocatecumenado ha acudido a los juicios de valor emitidos en muchas ocasiones por los papas Pablo VI y Juan Pablo II; de esta manera la no-aceptación del neocatecumenado obedecerá en cada caso a las razones que sean, pero no puede apoyarse en la autoridad suprema de la Iglesia; el Papa ha pedido, más bien, a obispos y presbíteros que valoren y ayuden a esta obra para la nueva evangelización en sus líneas propias y “en el contexto de la unidad de la Iglesia particular con la Iglesia universal”.

A través de la lectura del libro aparecen claros dos rasgos de lo que podríamos llamar metodología del neocatecumenado. Llama la atención que los encuentros de las comunidades neocatecumenales sean casi siempre celebración, unas veces de la Palabra y otras de la Eucaristía. Con mucha frecuencia las catequesis más largas tienen lugar dentro de un marco celebrativo, y hasta las pequeñas reuniones domésticas transcurren en este ámbito. En lugar de detenerse en análisis de la realidad social o de ocuparse en charlas y reflexiones de carácter bíblico, teológico, moral, espiritual, pastoral, etc., la asamblea entra en un clima de oración para abrirse al encuentro con Dios en la fe. La experiencia respalda sin duda la eficacia de este proceder:

Se nutre el espíritu de energía, de luz y de esperanza, al tiempo que las ideas penetran en el hombre por las puertas de la inteligencia y del corazón.

El segundo rasgo es éste: Se utiliza siempre la transmisión oral; las personas que al principio se sienten incapacitadas para decir dos palabras sin depender de un papel, pronto van adquiriendo soltura y libertad para comunicar, sin la protección y a veces la pantalla del escrito, su personal aportación. Frente a la abundancia de escritos, a cuya elaboración dedican los grupos en ocasiones mucho tiempo, vendría bien que nuestra pastoral acentuara la transmisión más personal del Evangelio; esto edifica, aquello con demasiada frecuencia no pasa de la ilustración de la mente. Los cristianos somos discípulos de la Palabra hecha carne no de libros y papeles; la misma Sagrada Escritura tiene su ámbito más propio de lectura en la Iglesia reunida, que la escucha como Palabra de Dios y le reconoce capacidad para suscitar vida y autoridad para orientar la existencia.

Por el reconocimiento del neocatecumenado que Andrés Fuentes reitera en su libro, se desprende una convicción muy interesante: El párroco, que siempre buscó con decisión caminos pastorales, ha encontrado. Aunque, como dice al final en “flecos sueltos”, deba proseguir la maduración y la simplificación del neocatecumenado, él ha hallado en medio la Iglesia para los hombres de nuestro tiempo, afectados por honda crisis de fe, una preciosa respuesta pastoral. Esta confesión contrasta profundamente con tantos proyectos que han nacido, sin duda con el mejor deseo, pero en poco tiempo murieron por escasa o nula vitalidad. No es lo mismo escribir desde lo que “debe ser” enunciando exigencias, que desde lo que se ha

visto y oído. Cuando los sacerdotes, en general, han superado la llamada crisis de identidad, y muchos, después de haber tanteado diversas iniciativas de renovación, padecen bajo la incertidumbre de cómo actuar pastoralmente en el mundo de hoy, este libro es una invitación, contrastada por la realidad, a iniciar el neocatecumenado que cura profundamente las heridas, colma vacíos, renueva la esperanza y ofrece un camino de evangelización.

El neocatecumenado ha aunado estrechamente las realidades objetivas cristianas con la vivencia personal. No hay “adoctrinamiento” al margen de la vida concreta de cada uno ni la verdad del Evangelio se disuelve en actitudes y métodos, en subjetivismo y emociones. Una palabra de Dios, liturgia y conducta moral, fe y vida, comunidad y misión, proceso de personalización y eclesialización, es decir asimilación personal de lo enseñado y celebrado e incorporación a la comunidad cristiana como ámbito de la persona.

La vigorosa acentuación de la experiencia personal tiene que ver con la aceptación real de Dios en la vida. Dios no es una idea, ni una hipótesis de explicación, ni un principio indeterminado...; el Dios verdadero es el Dios del cielo revelado en Jesucristo como el Padre, que por su Espíritu nos introduce en su comunión de vida. Dios es la fuente de la felicidad, que descubre la esclavitud del dinero, el poder, la ciencia, la salud... y, por tanto, su condición de ídolos que no pueden salvar. Por esto, el encuentro con Dios alegra, renueva y pacifica. ¿No se necesita en la vida de la Iglesia mayor calor y entusiasmo para vencer la frialdad técnica despersonalizadora, que se padece en la sociedad y que a veces impacta a la misma acción pastoral?

La fuerte vivencia de las realidades cristianas es respuesta a la sensación de que todo lo relacionado con la fe queda fuera y lejos de la vida de los hombres. ¿No se siente a veces la fe como abstracta e incluso como próxima a lo “irreal”? El neocatecumenado ayuda a despojar al hombre de sus engaños y a asentar la vida en la roca firme que es Dios. “Si no creéis, no subsistiréis” (Is. 7,9), o de otra manera, “si no os afirmáis en mí, no seréis firmes”.

Aunque el neocatecumenado sea interesante por la articulación de las etapas del catecumenado primitivo que ha renovado con originalidad ofreciendo en cada etapa un contenido rico de catequesis y de vida; aunque la manera de favorecer la asimilación personal y comunitaria de la palabra de Dios, de los sacramentos, del misterio pascual, de la Liturgia de las Horas, de la Iglesia, de la moral evangélica... es pedagógicamente notable; aunque sea digna de estudiarse la lectura de numerosos pasajes bíblicos en clave de iniciación cristiana; aunque dé un “toque” característico y atractivo a la presentación de las diversas realidades de la fe; aunque suscite admiración por su rápida difusión universal, en la que ha desempeñado un papel de primer orden el tejido de equipos de catequistas itinerantes y parroquiales; aunque sea tan fecunda su acción en la catequesis, en la dimensión misionera, en la pastoral vocacional, en la regeneración de matrimonios en crisis, en la transmisión de la fe a los niños en la familia, etc.; todo lo anterior es incomprensible y pierde vigor si no se reconoce que en el fundamento está la fe comprobada y la seria conversión de los ídolos al Dios vivo y verdadero. Desde el bautismo, como sacramento de la fe y de la conversión (cf. Act. 2, 37-1), todo recibe dinamismo y sentido. Por eso, la exposición teológico-pastoral del neocatecumenado

entra inmediatamente en la vida concreta de las personas y en sus actitudes espirituales. Es imposible que el discurso continúe y concluya en el plano simplemente académico. De Dios no puede hablar el cristiano sino confesando su nombre. Al recibir el Espíritu de Jesús nace un hombre nuevo, donde la forma de pensar, de vivir, de actuar, de comprometerse, de entender la historia y la sociedad, es también nueva. El cristiano vive vuelto a Dios, como un hermano en la Iglesia, y al ser enviado siente la debilidad pero apoyado en el Señor vence el miedo. De lo que terminamos de decir es un ejemplo claro el presente libro; la exposición del neocatecumenado aquí contenida es en realidad un testimonio, inteligentemente trabado, de lo que Dios ha hecho en el autor y en la comunidad.

Una característica, inmediatamente perceptible, del neocatecumenado es el vigor apostólico. En él aparece una conexión genuinamente cristiana, a saber que la fe y la misión caminan al mismo paso. La vitalidad de la fe se refleja en el celo apostólico por compartirla, comunicarla y testificarla. La fe se fortalece transmitiéndola; y, a la inversa, una fe ocultada vergonzantemente es una fe encojida y como aletargada. La misión es despertador eficaz de la fe y remedio eficaz contra sus crisis. Dar la cara por Jesucristo nos identifica como cristianos, ya que no podemos ser cristianos auténticos si no somos testigos del Señor.

La vivencia de la Iglesia que paso a paso va descubriendo el catecúmeno es muy rica. Relativamente pronto se hace un descubrimiento vital: "La Iglesia no me es extraña ni distante; la Iglesia es mi familia; por el bautismo he nacido en ella y la Iglesia va naciendo en mi corazón y en mi vida". La Iglesia es reconocida como madre,

que a ejemplo de María, concibe, gesta y da a luz a sus hijos. Los nacidos en la Iglesia están, a su vez, llamados a ejercitarse una función maternal participando por la misión en el nacimiento de otros hijos. La Iglesia está habitada por el Misterio de la comunicación de Dios Padre por medio de Jesucristo en el poder del Espíritu Santo a los hombres. En el neocatecumenado la Iglesia es percibida y vivida en su condición de misterio de comunión y de misión; se evangeliza desde la comunidad y la fe proclamada y acogida refuerza la comunión de los hermanos (cf Act. 2, 42-7). A las personas que comienzan el catecumenado, en el mejor de los casos con una idea superficial de la Iglesia, las va sorprendiendo la perspectiva que poco a poco se abre delante y se recorre. El catecumenado nos enseña que sin hondura de fe, sin cambio de vida, sin relación de madre-hijo con la Iglesia amenaza la esterilidad cristiana.

El neocatecumenado es iniciación; se detiene, por tanto, en lo básico, en lo original, en lo elemental del cristianismo. Este núcleo poderoso se despliega existencialmente en el cristiano maduro. Es tarea importante de la Iglesia, cumplida en el catecumenado primitivo y actualizada hoy certeramente por el neocatecumenado, resaltar lo esencial y fundamental, lo central que da sentido a la periferia, lo primordial que dinamiza la expansión del resto, lo que afecta a todos los cristianos, y se realiza a su modo en todas las vocaciones y en todas las maneras de estar en la sociedad los seguidores de Jesús.

Muchos movimientos apostólicos han surgido y se han desarrollado aspirando sobre todo a que la fe, que por escaso vigor y formación apenas influía en la vida personal y social, adquiriera adulterez; pero se suponía la fe y en

buena medida un ambiente cristiano. El neocatecumenado, en cuanto proceso de iniciación cristiana en un tiempo marcado por la ausencia de Dios, actúa en las mismas raíces de la fe y de la vida cristiana, es decir en el sentido del bautismo. Los de cerca y los de lejos están invitados a recorrer este itinerario de fe y de conversión, que les ayudará a vivir a la altura del tiempo con alegría y confianza la condición de discípulos del Señor.

Me alegro de que el autor, siempre atento a los caminos de la Iglesia en la historia, se haya decidido a ofrecemos su experiencia como "catecúmeno" y como párroco. Estoy convencido de que prestará un excelente servicio a los que siguen el neocatecumenado, y contribuirá a que sea mejor conocido por los que lo observen desde fuera.

Mons. Ricardo Blázquez

Obispo de Bilbao

CONFESIÓN

Parodiando a Azorín, podría titular estas páginas: «Confesión de un pequeño catecúmeno», porque, realmente, eso quieren ser, el testimonio confesante de casi un cuarto de siglo caminando por las sendas del Camino Neocatecumenal. Como confesión sincera, es la exposición de una experiencia personal, que, a su vez, he podido comprobar en otros compañeros de viaje. Esta experiencia catecumenal marcha al compás por dos ronderas: la de catecúmeno, inserto en un grupo de hermanos como hermano pequeño (porque para entrar en el catecumenado hay que hacerse «pequeño») y la de párroco que es consciente de una responsabilidad pastoral propia. Me convenzo de que una de las causas de la incomprendición del catecumenado es que los pastores no tienen una experiencia catecumenal. Habremos hecho otras cosas, tal vez, más importantes: ejercicios, cursillos, semanas, reciclaje. Pero el catecumenado es una experiencia singular. Del catecumenado no se puede hablar «de libro», hay que hablar «de vida» y para ello hay que pasar por la experiencia.

Al querer hacer esta «confesión» me doy cuenta de la dificultad. Porque hay que hablar de una vida que fluye como el agua de un río y no es fácil apresarla. La «razón histórica» o la «razón vital», que propugna nuestro filósofo Ortega, no es suficiente para apresar una vida que discu-

rre por las escondidas arterias del espíritu y que tiene su fuente en la acción, siempre imprevisible del Espíritu. Está en juego todo el hombre, toda la existencia, toda la historia, toda la razón de vivir y de morir. Podemos señalar los cauces, los mojones, por donde la vida discurre; pero la vida siempre nos desborda. Siempre es poco lo que podemos decir de lo mucho que sería necesario expresar.

Estas páginas deben mucho al libro de Mons. Ricardo Blázquez: *Las Comunidades Neocatecumenales*, DDB. 1988, hasta el punto de que nos hemos ahorrado Citar la bibliografía que allí se cita. Él contempla el Camino desde la atalaya de su discernimiento teológico; nosotros lo hacemos desde la perspectiva de un párroco de a pie, preocupado por la profundización de la fe donde Cristo –el Cristo olvidado– ocupe el lugar central.

Por último, estas páginas son la respuesta del reto que me hice a mí mismo de elaborar un discernimiento al final del Camino, a través del cual han surgido tantas incomprendiciones, recelos e inexactitudes que llaman a mi conciencia de párroco y me sitúan ante un reto pastoral de importancia vital: el Camino, sí; el Camino, no. Cumplio con este deber y así queda aquietada mi conciencia.

I. UNA PREGUNTA: ¿ES NECESARIO HOY UN CATECUMENADO?

Entre dudas, ambigüedades, deformaciones e intentos, la pastoral del momento ha creado un clima propicio para afrontar el mandato del Concilio Vaticano II de “restaurar el catecumenado”¹. El humus de la nueva evangelización –palabra que ha irrumpido con gran fuerza– alienta también la urgencia de un catecumenado coherente, bien estructurado y resolutivo. Difícilmente se comprende que pueda llevarse adelante una nueva y auténtica evangelización si en la raíz de la misma no se fomenta un proceso catecumenal de iniciación y maduración de la fe. Desde las instancias más diversas y autorizadas se postula la necesidad de un catecumenado como medio insustituible para una pastoral actual, renovada y profunda. Bastarán para afirmar estas apreciaciones unos cuantos testimonios significativos.

El Conc. Vat. II en diversos momentos tuvo presente el catecumenado y ha sido el documento más rotundo en expresar su necesidad:

“Restáurese el catecumenado de adultos, dividido en distintos grados, cuya práctica dependerá del juicio del

Ordinario del lugar; de esta manera el tiempo de catecumenado, destinado a la verdadera instrucción, podrá ser santificado con la celebración de ritos sagrados en tiempos sucesivos”².

E insta a que la reforma del rito del bautismo se realice teniendo en cuenta el proceso catecumenal. Y aún precisa más en el decreto *Ad Gentes*:

“Aquellos que han recibido la primera fe en Cristo sean admitidos al catecumenado con acciones litúrgicas, el cual no es mera exposición de dogmas y preceptos, sino la formación y noviciado convenientemente prolongado, de toda la vida cristiana con la que los discípulos se unen a Cristo, su Maestro”³.

En 1.971, el DIRECTORIO GENERAL DE PASTORAL CATEQUÉTICA define con más precisión el catecumenado instado por el Concilio:

“El catecumenado de adultos, que es, a la vez catequesis, participación litúrgica y vida comunitaria, es el ejemplo típico de una institución nacida de la colaboración de varias tareas pastorales. Su finalidad es, pues, dirigir el itinerario espiritual de los hombres que se preparan para recibir el bautismo y orientar el cambio de su mentalidad y costumbres. Es escuela preparatoria de la vida cristiana, introducción a una vida religiosa, litúrgica, caritativa y apostólica del pueblo de Dios. Esta tarea incumbe a toda la comunidad cristiana representada por los padrinos y no sólo a los sacerdotes y catequistas”⁴.

2. S.C.nº 64.

3. (A.G.nº 14).

4. D.G.P.C. nº 130.

En 1.976, siguiendo las indicaciones del Vat. II, se promulga el RITUAL DE INICIACIÓN CRISTIANA DE ADULTOS, destinado a los adultos (RICA), en que se presentan todos los ritos del catecumenado, estructurados según los diversos pasos y etapas, marcando el proceso de catequesis, celebraciones, exorcismos y entregas que constituyen la trama de todo el proceso de la iniciación cristiana. No es un ritual al uso sino un vademecum de todo proceso catecumenal hasta llegar a los sacramentos de iniciación. Es un ritual que creemos no ha tenido la aceptación y la fuerza que está llamado a tener. O por desconocimiento o por olvido. “Se presenta con una doble originalidad: considera la iniciación cristiana como un itinerario por etapas y es un instrumento al servicio de una educación vital”⁵.

Otros dos documentos de la máxima importancia recogen esta necesidad: el nuevo CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO y el nuevo CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. El primero establece que “el adulto, que desea recibir el bautismo, sea admitido al catecumenado y, en cuanto sea posible, sea conducido a la iniciación bautismal a través de diversos grados según el orden de iniciación adaptado por la Conferencia Episcopal y según las normas peculiares emanadas de ella”⁶.

En 1.992 se promulga el CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA que recoge, en apretada síntesis el espíritu de la iniciación cristiana siguiendo las orientaciones conciliares:

5. M. Dujarier: *Iniciación Cristiana de Adultos*, DDB(1986), p. 21.

6. C.I.C. canon 851,1.

“Desde los tiempos apostólicos para llegar a ser cristiano se sigue un camino y una iniciación que consta de varias etapas. Este camino puede ser recorrido rápida o lentamente. Y comprende siempre algunos elementos esenciales: el anuncio de la Palabra, la acogida del Evangelio que lleva a la conversión, la profesión de fe, el Bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunión eucarística”⁷

San Agustín ya insistía en la necesidad de un catecumenado postbautismal para los que habían recibido el bautismo en la infancia, y Pablo VI abogaba por lo mismo para los bautizados que no habían desplegado toda la gracia bautismal:

“Desde que el bautismo de los niños vino a ser la forma habitual de la celebración de este sacramento, éste se ha convertido en un acto único que integra de una forma abreviada las etapas previas de la iniciación cristiana. Por su naturaleza misma, el Bautismo de niños exige un CATECUMENDO POSTBAUTISMAL. No se trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al Bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona. Es el momento de la catequesis”⁸. Naturalmente, es la catequesis en su sentido pleno.

Estos documentos de la máxima autoridad sitúan el catecumenado en primera línea de las acciones pastorales, confirmada por las recomendaciones de los papas Pablo VI y Juan Pablo II.

7. C.I.C. nº 1229.
8. C.I.C. nº 1231.

En su encíclica programática sobre los laicos, Juan Pablo II recoge las recomendaciones de los Padres sinodales. “Puede servir de ayuda también, como han dicho los Padres sinodales, una catequesis posbautismal a modo de catecumenado que vuelva a proponer algunos de los elementos de RICA destinados a hacer captar y vivir la inmensa riqueza del bautismo ya recibido”⁹.

Y en la Exhortación programática sobre la evangelización, Pablo VI, atendiendo a las necesidades del momento exhorta: “Sin necesidad de descuidar de ninguna manera la formación de los niños, se viene observando que las necesidades actuales hacen cada vez más necesaria y urgente la enseñanza catequética bajo la modalidad de un catecumenado para un gran número de jóvenes y adultos que, tocados por la gracia, descubren poco a poco la figura de Cristo y sienten la necesidad de entregarse a Él”¹⁰. Y apostilla más adelante: “El catecumenado es necesario para un gran número de bautizados que recibieron el bautismo pero viven al margen de la vida cristiana”¹¹.

Si después de esta exploración por los documentos más autorizados venimos a otros no menos autorizados dentro de las declaraciones de nuestros organismos eclesiales nos encontramos, como es natural, con las mismas apreciaciones y recomendaciones.

A la luz del Sínodo de los Obispos sobre la catequesis, la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis define e invita a dar a la catequesis una inspiración catecumenal

9. C.E.L. nº 61.
10. E.N. nº 44.
11. E.N. nº 52.

afirmando con los obispos que “el modelo de toda catequesis es el catecumenado”, que dote a la catequesis y la convierta en un proceso de iniciación cristiana integral¹². Y en la Prop. 12 de la XVII Asamblea de Obispos, estos alentaban a “la creación de un catecumenado de adultos en las diócesis, no sólo para los que se preparan al bautismo, sino para todos aquellos que no han tenido una verdadera iniciación cristiana”.

En 1.991 aparece otro documento, CATEQUESIS DE ADULTOS, en que se hacen precisiones más concretas. “Dentro de la oferta catequizadora hay un modelo referencial para la catequesis, en el que inspirarse: el Catecumenado bautismal, realizado con los adultos que se preparan para recibir el Bautismo”¹³.

No dejan de advertir los obispos del peligro de que este catecumenado se desvirtúe reduciéndolo a breves encuentros, cortas charlas, exposiciones de temas, etc.¹⁴.

La renovación catequética, la oportunidad de una verdadera iniciación cristiana en los momentos actuales ha ido acentuando la necesidad de una catecumenado. “La restauración del catecumenado ha ido madurando lentamente en la Iglesia universal, tanto en tierras de misión como en países de vieja cristiandad; su necesidad se ha ido dejando sentir en el contexto de una progresiva secularización del mundo contemporáneo”¹⁵.

12. LA CATEQUESIS DE LA COMUNIDAD, nº 83.

13. Documento de la Com. Episc. de Ens. y Cat. (1991), Catequesis de Adultos nº 79.

14. C. de A., 79.

15. Nuevo diccionario de espiritualidad. Ed. Paulinas (1991), voz “Catecumenado”, página 160.

Los teólogos pastoralistas han sido sensibles a este problema y, supuesta la necesidad del catecumenado, han ahondado más en sus contenidos y formas, aunque de forma un poco difusa. Citemos algunos testimonios.

D. Borobio indica: “Podría afirmarse, sin peligro de error que, al menos en nuestro país, no hay teólogo ni pastoralista de la iniciación que no hable de catecumenado; ni obispo o diócesis que no incluya el catecumenado en sus planes pastorales; ni sacerdote o parroquia que no proponga catecumenado a sus fieles. Ante la inflación verbal sobre este hecho apostilla: “Cuando todo es catecumenado, nada es ya verdadero catecumenado. El pancatecumenismo es tan erróneo y pernicioso como la negación de la existencia y necesidad del catecumenado”¹⁶.

C. Rocetta, comentando el RICA: “El camino catecumenal lo han hecho suyo, aunque con perspectivas y acentos bastante diferentes, algunos movimientos contemporáneos que se proponen ayudar a los cristianos a volver a descubrir la fe y revitalizar su ser iglesia a través de un camino espiritual de tipo catequético comunitario fundamentalmente fundamentado en el catecumenado clásico o en las experiencias de la iglesia primitiva”¹⁷.

“Por todas partes las iglesias están descubriendo el valor insustituible de los procedimientos pastorales y apostólicos de las iglesias de los primeros siglos. El catecumenado es, quizás, el más importante”¹⁸.

16. D. Borobio: Proyecto de iniciación cristiana, DIDB (1980), p. 210s.

17. C. Rocetta: Cómo evangelizar a los cristianos, Bib. Mercabá (1994), p. 40.

18. Mons. F. Sebastián: Nueva Evangelización. Ed. Encuentro (1991), p. 160.

Un pastoralista, tan versado e influyente como C. Floristán escribe: "Junto a la iniciación estricta de los adultos convertidos no bautizados aparece modernamente la necesidad de un catecumenado con adultos bautizados de niños, alejados posteriormente (o desde siempre) de la fe y de nuevo convertidos"¹⁹.

Aportaremos un último testimonio del pastoralista de la U.P. de Salamanca: "La recuperación de la estructura catecumenal en el sentido originario del término se va haciendo cada vez más necesaria en la vida de nuestras iglesias"²⁰.

Señalamos que los estudios de estos pastoralistas suministran materia suficiente para una clarificación de este tema aunque con particulares diferencias.

Podemos terminar afirmando que este clamor universalmente entendido es ya un testimonio de la necesidad del catecumenado para la iniciación cristiana y para no hacer baldía la nueva evangelización. A nueva evangelización nuevo catecumenado. La mayor parte de las diócesis, con mejor o peor fortuna, se han aventurado a lanzar su peculiar catecumenado. Esto supone una rica experiencia que puede fundamentar un desarrollo coherente del catecumenado en orden teórico y en el práctico. La conjunción de la historia antigua y de la historia actual del movimiento catecumenal, la necesaria interacción entre los teóricos del catecumenado con los agentes inmediatos de pastoral pueden iluminar y configurar los contornos más fundamentales de un catecumenado adaptado a nuestros tiempos y

circunstancias. Pocos problemas pastorales hay tan urgentes como éste. De ahí que a la pregunta que nos hacíamos al principio respondamos con una afirmación rotunda con las precisiones que hacemos a continuación.

Para centrar el problema, considerando las circunstancias de hecho en que se desarrolla la acción pastoral en los países de la vieja cristiandad, hemos de preguntarnos: ¿Es necesario una reiniciación cristiana a través de un catecumenado en estos países, y más concretamente en España, donde la mayor parte han accedido al bautismo de niños?

Responderíamos sencillamente que en la misma medida en que es necesaria una nueva evangelización o reevangelización lo es un nuevo catecumenado a nivel de toda la iglesia en el momento actual. Cada vez será más necesario. No son pocos los estudios y análisis que han aparecido sobre la situación religiosa de nuestra sociedad, estructurada histórica y sociológicamente sobre el sedimento de la fe. Más que la savia, la vivencia de la fe, nos queda la coraza siempre rugosa e inerte.

Sobresale el rápido y amplio fenómeno de la secularización que ha ido diseccionando las realidades humanas y mundanas frente a las religiosas y divinas hasta convertir en objeto de fe las primeras y negar realidad o presencia a las segundas. Así se ha venido a dar en el secularismo: a prescindir de Dios y, aún más, de la significación y misión de la Iglesia y su doctrina²¹.

En múltiples ocasiones se ha incidido en el análisis de la situación religiosa de nuestro país desde la sociología

19. C. Floristán: *El Catecumenado*. Ed. Verbo Divino (1989), p. 30.

20. J. Ramos: *Teología práctica*. BAC (1996), p. 263.

21. Mons. R. Blázquez: *Iniciación cristiana y nueva evangelización*. DDB (1992), p. 132.

hasta los análisis teológicos o pastorales. Siempre se intenta poner de manifiesto hasta qué punto esta situación condiciona y orienta la nueva evangelización a tenor de la nueva conciencia religiosa del hombre y de la sociedad. Bastará con volver a leer, como síntesis de todas las aportaciones de los Congresos alentados por la Conferencia Episcopal Española sobre EVANGELIZACIÓN Y HOMBRE DE HOY y sobre LA PARROQUIA EVANGELIZADORA. El primero en 1985 y el segundo en 1988. Creo que hoy, a pesar del poco tiempo transcurrido, se han acentuado más las corrientes secularistas que lo que en aquellos análisis se hacían. Y seguirán acentuándose hacia las situaciones de falta de fe en la teoría y en la práctica.

“En nuestro país de indudable raigambre católica, la fe de los bautizados no ha vivido el adecuado proceso de personalización. El proceso sacramental de la iniciación cristiana generalizado en la edad infantil ha configurado un país mayoritariamente cristiano pero ha reducido el espacio para la experiencia personal de la conversión. El tejido social conectaba la iniciación cristiana con los valores comúnmente aceptados, pero en buena medida con escasa base para afrontar una situación culturalmente en transformación. Durante la infancia, la catequesis, la enseñanza religiosa escolar, y quizás la educación familiar facilitaban el crecimiento de la fe. Pero después, abandonada la catequesis como cosa de niños, los adolescentes y jóvenes quedaban solos en el momento de hacer la opción personal de fe y de integrarse en el mundo del trabajo o de la universidad”²².

Este problema no lo ha resuelto, a pesar del boom religioso, la extensiva preparación de los jóvenes para celebrar la Confirmación. La queja sobre el abandono de estos jóvenes es general y causa no poca perplejidad entre los pastores.

Profundizando un poco más “los países tradicionalmente católicos son declarados países de misión”. En un primer momento, desde dentro, como avance profético de cristianos sensibles; después, como realidad sensible que se impone. La increencia deja de ser excepcional para convertirse en un rasgo cultural. La Iglesia se encuentra ante el reto de una segunda evangelización. “Segunda” en sentido cualitativo: se trata de evangelizar a cristianos descrisianizados que no tienen conciencia definida de su situación de creyentes. “Segunda” porque los mismos creyentes deben ser evangelizados para responder al reto que tienen delante”²³.

Nos encontramos ante una situación de “fin de una situación real del cristianismo”. Hacia dentro porque se han reducido las posibilidades de la fe y su fuerza vivencial y transformadora del hombre. Hacia fuera porque la agresividad de la incredulidad va en aumento.

Hechas estas apreciaciones, concluimos que los pastores no podemos caer en estériles disquisiciones sobre la conveniencia, oportunidad de un catecumenado que oriente una iniciación cristiana integral, personalizada y comunitaria. No podemos seguir, mirando hacia dentro, en una sacramentalización que en nada ayuda a vivenciar y expandir la fe. Y si miramos hacia fuera, no podemos

22. Evangelización y hombre de hoy, p.115.

23. Parroquia evangelizadora, p.99.

dejar a la intemperie a cuantos han caído en el abandono, la indiferencia o la incredulidad y que tienen todo el derecho a ser perfectamente evangelizados. De ahí que “toda parroquia debe ofrecer a todos por igual un camino catecumenal de iniciación cristiana” aunque no todos lleguen a integrarse plenamente en él.

Para el intento que queremos abordar -la exposición del Camino Neocatecumenal como respuesta a la necesidad de un catecumenado- es necesario clarificar qué es en rigor un catecumenado de verdadera iniciación cristiana, cuáles sus componentes esenciales y las líneas de su proceso. Pueden ser varios los procesos, pero para que respondan adecuadamente al fin pretendido de guiar hacia la maduración de la fe han de respetarse unas líneas maestras y firmes sin las cuales no tendríamos catecumenado sino otra cosa distinta, por muy estimable que sea.

Convenimos con D.Borobio que “corremos el peligro de un “pancatecumenalismo” tan perjudicial como la negación del catecumenado”²⁴. Palabras como evangelización, comunidad, catecumenado están experimentando un deterioro notable por un uso impreciso e incorrecto de las mismas. No puede, por tanto, considerarse como “catecumenado”, charlas breves, cortos encuentros, exposición de temas...”, catequesis ocasionales con cualquier motivo; esto no haría más que deformar o desvirtuar el sentido del catecumenado²⁵.

Para orientarnos en este delicado aspecto y fundentarla en una base sólida tenemos el RITUAL DE LA

INICIACIÓN CRISTIANA DE ADULTOS. Este ritual “es el libro oficial de la Iglesia que orienta toda la formación de los catecúmenos y ayuda a prepararlos para los sacramentos de la iniciación cristiana”²⁶. Si nos surgiera el escrúpulo de que está orientado a los no bautizados, la Sagrada Congregación para el Culto responde a esta duda: “La estructura psicológica de los católicos catequizados puede ser similar a la de los catecúmenos. Por lo tanto, nada impide que su catequesis proceda según el mismo orden que la instrucción de los catecúmenos, teniendo, sin embargo, en cuenta que los sacramentos ya han sido recibidos”²⁷.

Para una mayor clarificación del problema, puede consultarse el mismo CATEQUESIS DE ADULTOS, II parte. Y también la exposición de M. DUJARIER: Iniciación Cristiana de Adultos. DDB (1986).

Una primera cosa a tener en cuenta es la sustancia y la definición misma de catecumenado. Es un proceso orgánico, sistemático e integral que, por medio de la catequesis, la acción litúrgica y la vida comunitaria, en un tiempo no prefijado conduce al hombre a la madurez de la fe y a la participación religiosa, litúrgica, caritativa y apostólica del pueblo de Dios²⁸.

- Es un ~~proceso~~, no algo puntual y ocasional, que ha de conducir al catecúmeno desde el primer atisbo de fe hasta la maduración personal de la misma.

26. C.de A. nº81, p. 77.

27. C.de A. nota 29 de la página 77.

28. Directorio General de pastoral catequética. CEE (1971), nº 130.

24. D.Borobio: op.cit.

25. C. de A.: 70.p.76.

- Es **orgánico y sistemático**, tiene una estructura y orden en sí mismo de forma que todas las partes del proceso estén cohesionadas para lograr el fin propuesto. Ha de conformar la fe de una manera vertebrada y coherente²⁹.
- **Integrada**. Ha de abarcar todas las dimensiones de la fe tanto objetiva como subjetivamente. No ha de ser una mera exposición de dogmas sino una verdadera formación que tienda a la iluminación y motivación de la persona en camino de fe. Y, además, ha de ir dirigida a toda la persona: a su inteligencia, a su voluntad, a sus sentimientos, a sus comportamientos, a sus relaciones cordiales con Dios y con todo el entorno de su existencia. Naturalmente ha de tener un carácter fundamental, ha de tender a poner los cimientos donde se apoye toda la experiencia cristiana.
- La **catequesis, la liturgia y la experiencia comunitaria** son el cauce y clima para llevar adelante este proceso. La Palabra de Dios es la base de la formación catequética; las acciones litúrgicas pertinentes van marcando las etapas del proceso; y la experiencia comunitaria es el ámbito donde se van desarrollando y madurando. Son tres experiencias totales que han de ir perfectamente conectadas entre sí.
- **Limitado en el tiempo**. Por su propia naturaleza, el catecumenado siempre es un tiempo definido de iniciación. Tiene un principio y un fin. Concediendo que puede haber un catecumenado rápido, sobre todo atendiendo a la situación de alguna persona concreta, sin embargo, todos coinciden en afirmar que el catecumenado debe

29. J.P. II CT.º 21.

implicar un tiempo relativamente largo. “La formación pastoral de los catecúmenos se alargará cuando sea necesario para que madure su conversión y su fe; si fuere preciso por varios años”³⁰. El tiempo más que exterior -lo que puede durar el aprendizaje de unas lecciones- se trata de un tiempo interior -lo que tarde en madurar la fe del catecúmeno-. Este mismo proceso de maduración irá marcando el tiempo. Si el catecumenado es un proceso, más interno que externo, de maduración en la fe, podemos asimilarnos al proceso de cualquier ser vivo como una semilla. Comienza por algo vital, aparentemente insignificante hasta llegar a la maduración plena. La palabra como simiente, cultivada oportunamente y progresivamente, se transforma en un fruto maduro. A esta maduración es conducido el catecúmeno por grados y etapas avanzando como atravesando puertas, por así decirlo, o subiendo escalones”³¹. Los grados marcan los punitales del proceso y las etapas los contenidos esenciales del mismo.

Como en todo camino, los grados marcan un principio, una etapa intermedia -la más larga- y un final. Raíces, tallo y espiga.

En un primer grado, el catecúmeno se plantea el problema de su conversión, el deseo aunque sea informe de conocer y seguir a Jesucristo. La Iglesia, como madre, se compromete a cumplir este deseo.

En el segundo grado el catecúmeno es conducido a la maduración de la fe, lentamente, mediante la catequesis, cele-

30. RICA, nº 48.

31. RICA, nº 6.

braciones litúrgicas, hasta el momento de ser elegido y considerado apto para recibir o renovar los sacramentos de la iniciación.

En un tercer grado, el elegido recibe los sacramentos e inicia su vida cristiana para vivir de la fe. Está plena y conscientemente incorporado a la comunidad eclesial en la que sigue alimentándose y de cuya misión participa.

A cada uno de estos grados se va ascendiendo por etapas en cuyo desarrollo se realiza todo el proceso catequético, litúrgico y comunitario.

La primera etapa la califica el RICA como “evangelización y precatecumenado”. En su desarrollo, el Ritual da por realizada esta etapa. Sin embargo, en el nº 9 advierte de la importancia de esta etapa que bien puede considerarse doble: una es la “evangelización” y otra el “precatecumenado”.

La “evangelización” y el “precatecumenado” tiene gran importancia y no debe omitirse ordinariamente”³².

La evangelización se centra en el anuncio explícito, abierto y con decisión del Dios vivo y de Jesucristo, Señor y Salvador, de donde brota la fe y la conversión inicial.

El precatecumenado ha de ayudar a acoger e iluminar, fortalecer y guiar esa primera fe y conversión para que sea cada vez más personal, consciente, libre y sincera.

El paso al catecumenado o entrada en el mismo es la etapa fundamental y más rica de todo el proceso catecumenal. Supone una primera fe, el inicio de una vida espiritual, sentido del pecado y de la oración. Probado que su

deseo e intención de caminar en él son sinceros, se le abre la puerta del catecumenado.

Este paso debe ir acompañado de ciertas bendiciones, exorcismos, junto con las catequesis apropiadas que ofrezcan un desarrollo íntegro de la fe, que ilumine el misterio de la salvación, la incorporación a Cristo y a su Iglesia, el cambio de mentalidad y de costumbres, cooperar de alguna manera a la actividad apostólica y misionera de la Iglesia.

Es, de hecho, un período largo cuya duración dependerá tanto de la misma organización del catecumenado como de la respuesta personal de cada uno a la gracia de Dios.

La tercera etapa es la de la “elección”. Los elegidos son purificados e iluminados, especialmente a lo largo de la Cuaresma, para celebrar las fiestas pascuales, acercarse a los sacramentos de la iniciación o a una renovación de las promesas del bautismo ya recibido. También esta etapa se enriquecerá con los ritos que culminan con los sacramentos.

En la cuarta y última etapa, centrada en el tiempo pascual, es la de la “místagogia” o “neofitado”. Al bautizado se le abren las puertas hacia el gran Misterio de la Eucaristía, a gustar los frutos del Espíritu recibido a vivir gozosamente, pascualmente, la experiencia cristiana y a vivir el espíritu de la comunidad de forma más activa y apostólica.

Un catecumenado ha de constar de estos cuatro tiempos, que, en realidad son cinco: “precatecumenado caracterizado por la primera evangelización (ésta puede formar un momento aparte); catecumenado, destinado a la cate-

32. RICA, nº 9.

quesis integral; el de la purificación e iluminación (elección); para procurar una preparación espiritual más próxima e intensa; y el de la mistagogia señalado por la nueva experiencia de los sacramentos y de la comunidad³³.

Nos hemos referido repetidas veces a la necesidad de insertar en el proceso catecumenal y en cada una de las etapas algunos ritos: celebraciones de la palabra, bendiciones, exorcismos, imposición de manos..” Durante los años que dura el catecumenado (y aún antes en el precatecumenado) los pasos de un grado a otro por donde van ascendiendo los catecúmenos progresivamente pueden SIMBOLIZARSE o celebrarse con algunos ritos”³⁴.

Celebraciones de la palabra que ayuden a captar la historia de la salvación y las maravillas de Dios.

Exorcismos menores como bendición de plegaria pidiendo la gracia del Espíritu para los catecúmenos.

Unción con el óleo de los catecúmenos como signo del poder de Cristo al que se dirigen. El “efhetha” para abrir el oído a la escucha de la palabra y la lengua para confesar las maravillas de Dios.

La entrega, en el momento oportuno, del Símbolo de los apóstoles y de la oración dominical, contenido sucinto de la fe que han de confesar.

Los “escrutinios” se dirigen a dos fines; por un lado, a descubrir en los corazones de los elegidos lo que es débil, morboso o perverso para sanarlo; y por otro, lo que es bueno, positivo y santo para asegurarlo. Porque los escru-

tinios se ordenan a la liberación del pecado y del diablo y al fortalecimiento en Cristo que es el camino, la verdad y la vida de los elegidos”³⁵.

Para que el presbítero, diácono o catequista pueda juzgar evangélicamente de la progresiva madurez del catecúmeno, los escrutinios a lo largo de este proceso son totalmente necesarios.

Creemos que el RICA establece las claves de lo que ha de ser un verdadero catecumenado, supuestas las adaptaciones que, en aspectos circunstanciales puedan hacer las Conferencias de cada lugar. Se trabaja con un instrumento de hondo calado y de indudable eficacia, que puede orientar todos los aspectos de la catequesis y nutrirla de una riqueza evangelizadora y misionera.

No podíamos pasar a la exposición del Camino Neocatecumenal sin partir de esta base tan autorizada, verdadero fruto del Concilio.

33. RICA, nº 7.

34. RICA, nº 103.

35. RICA, nº 25.

II. UNA RESPUESTA: EL CAMINO NEOCATECUMENAL

Las Comunidades Neocatecumenales, o simplemente Neocatecumenado, -así llamado por estar dirigido mayormente, aunque no exclusivamente, a los bautizados- son una de las respuestas más fecundas a la firme y obsesiva llamada a la nueva evangelización, vitalmente necesaria para nuestros tiempos, reverdecida con la proximidad del tercer milenio. El Neocatecumenado ha puesto en marcha un camino de iniciación cristiana, una catequesis de adultos adecuada a nuestros tiempos y situaciones, y a la luz de las orientaciones y del espíritu conciliar.

Bastaría para abrirnos los ojos de su importancia la sorprendente expansión y maduración en este cuarto de siglo. Expandidas por los cinco continentes, la operatividad y eficacia de su entraña misionera está atestiguada por múltiples testimonios y por los frutos, obra del Espíritu, que han surgido, a lo largo de su caminar, como hijos de su misma vida interior. Su aparición y desarrollo, sus métodos y estructura han despertado gozosos entusiasmos y no pocas críticas. Aunque es difícil explicar de manera exhaustiva y vital todo su rico proceso, es necesario intentarlo con sencillez y orden. El nuevo ardor, los nuevos métodos, el nuevo estilo que Juan Pablo II reclama para la nueva evangelización podemos constatarlos en

la experiencia del Camino Neocatecumenal. Hacemos nuestras las palabras de Mons. R. Blázquez: “Por experiencia propia y por confesión de tantos y tantos (que han compartido con nosotros este proceso) el llamado “camino neocatecumenal” es extraordinariamente fecundo para la nueva evangelización”³⁶. Su cuna e inspiración no puede ser más desconcertante y, a la vez, significativa. En el centro de un suburbio de Madrid, Palomeras Altas, entre pobres de solemnidad, se anunció el “kerigma” y surge la comunidad. Los primeros sorprendidos fueron sus iniciadores Kiko Argüello y Carmen Hernández que pudieron comprobar cómo les nacía en las manos y en el corazón un “niño” inesperado. Podían preguntarse como en el nacimiento del Bautista: “Que irá a ser de este niño”. Sin duda, el espíritu del Señor estaba en su gestación y nacimiento como lo ha estado en su maduración. Veamos cómo lo explican los mismos iniciadores: “En las chabolas de Palomeras Altas “fueron llamados por el Señor a vivir su cristianismo en medio de los pobres, compartiendo existencialmente la vida de aquellos que, en su miseria, soportan los pecados de nuestra sociedad. Se encontraron pues, requeridos por las mismas personas con las cuales vivían a anunciar la buena noticia de nuestro Señor Jesucristo. Esta palabra, débil y balbuciente, por la dificultad que comporta anunciar el evangelio a gente sin cultura y sin educación de ningún tipo condujo a encontrarnos en una síntesis catequética, un “kerigma” potente, que, en la medida que descendía sobre los pobres realizaba el nacimiento de una nueva realidad: la

36. Mons. R. Blázquez. op. cit. p.7

koinonia”³⁷. Una palabra que se hace carne y sangre en el corazón de los que la acogen abre el camino a una liturgia viva y exultante y a una nueva comunión en comunidad. De Madrid, alentados por Mons. C. Morcillo, saltan a Roma, y, por la acción incansable de los itinerantes, salta a los demás continentes. Su expansión y sus frutos son incuestionables. Mons. Cordes, vicepresidente del Consejo para los laicos y encargado “ad personam”, del Camino, en el año 1.967 constata la existencia de 2.214 parroquias abiertas al Camino, con un total de 5.118 comunidades que engloban más de 200.000 catecúmenos³⁸. En estos diez años podemos conjeturar que el número se ha duplicado. Sus frutos han sido inesperados. Citemos la floración de catequistas itinerantes, el despertar de vocaciones religiosas de chicos y chicas, el nacimiento de los seminarios Redemptoris Mater, las familias en misión como los más visibles³⁹. Especialmente significativas las encuestas realizadas en Roma. Para España la realizada por F. Azcona.

Se puede constatar hasta qué punto se ha acercado a los alejados, ha recomuesto matrimonios y familias destruidas, ha incidido en la catequesis familiar, ha introducido un fermento nuevo en la comunidad parroquial, renovándolas lentamente y descubriendo el profundo valor comunitario de la parroquia donde presbíteros y laicos encuentran su propio lugar según su particular carisma.

37. Pasotí. Ed.VI., p.126.

38. Mons. R. Blázquez: *Las Comunidades Neocatecumenales*, p. 13.

39. Cfr. Pasotí, p.147.

Los últimos Papas, Pablo VI y Juan Pablo II, en cuyos pontificados ha desplegado su acción el Camino, se han sentido fuertemente compenetrados con él, considerándolo como un fruto maduro del Concilio⁴⁰.

En la audiencia del 7 de mayo de 1976 decía Pablo VI: “Hacéis apostolado porque sois lo que sois. Vivir y promover este despertar es lo que vosotros llamáis “el después del bautismo”, que podrá renovar en las comunidades cristianas de hoy aquellos efectos de madurez y profundización que en la Iglesia primitiva eran realizadas en la etapa anterior al bautismo. Vosotros lo hacéis después. “Antes o después, yo diría, es secundario”. Lo importante es que vosotros buscáis la autenticidad, la plenitud, la coherencia, la necesidad de la vida cristiana”⁴¹.

Y en 1977: He aquí el renacer de la palabra “catecumenado” que, ciertamente no quiere invalidar ni disminuir la importancia de la disciplina bautismal vigente sino que la quiere aplicar con un método de evangelización gradual e intensivo, que recuerda y renueva, en cierto modo el catecumenado de otros tiempos. El que ha sido bautizado necesita comprender, pensar de nuevo, apreciar y decir amén a la inestimable riqueza del sacramento recibido⁴². Bastarían estas apreciaciones tan autorizadas para eliminar los escrúpulos de algunos pastoralistas puritanos que se resisten a admitir un catecumenado en toda regla para los bautizados cuya fe está muerta, dormida e inoperante. ¿De

40. E. Pasotí, *El camino neocatecumenal según Pablo VI y Juan Pablo II*. Ed San Pablo (1994). Recoge los textos más significativos. A él nos referimos frecuentemente.

41. Pasotí, 26.

42. Pasotí, 29.

qué sirve la semilla en el surco si no germina y fructifica? Los alejados a quienes ha de llegar la iniciación no son sólo los que no han pasado por las aguas del bautismo sino también, y entre nosotros más, los que han recibido la semilla en tierra árida.

El neocatecumenado va realizando por etapas lo que en la vigente disciplina bautismal se hace de una forma única y sumaria. Esta disciplina bautismal es fundamentalmente ritualista, sin una catequesis adecuada. Hoy un poco paliada por las breves catequesis o explicaciones a los padrinos. Y en este punto, hay que tener en cuenta lo que afirma Juan Pablo II: “Los niños no son catecúmenos porque éstos no pueden ser preparados para el bautismo. Los catecúmenos de los primeros siglos constituyan una realidad importante en la Iglesia. Yo creo que lo que hacían ellos por la fe en aquella época lo hacen ahora las comunidades neocatecumenales”⁴³. Tanto más necesario es en nuestra época en la que la fe del niño bautizado no está protegida por el ambiente familiar y mucho menos por el social. Lo apreciamos, incluso, en los niños que durante una época asisten a las catequesis bien a prepararse para la Primera Comunión, bien para la Confirmación.

No han faltado quienes, sin entrar en el meollo del Camino, lo han tildado de “arqueologismo”, de resucitar viejas formas del pasado, ciertamente bello, pero que hoy son insustanciales, inoperantes y hasta inoportunas. Notemos, por una parte, que hay aspectos de la arqueología, del arte, de la literatura modernos que, inspirados en la más remota antigüedad, han producido y siguen produ-

43. Pasotí, 29.

ciendo obras de innegable belleza. Recordemos al insigne polígrafo M.Pelayo cuando afirmaba que no hay pensamiento sólido y profundo si no hunde sus raíces en la tradición.

A este respecto apostilla Juan Pablo II: “Sin caer en un fácil arqueologismo, sed conscientes de que realizar la dimensión bautismal significa, sobre todo, tratar de captar en su manantial la auténtica identidad del ser cristiano”⁴⁴.

Volver a las fuentes, escrutar las enseñanzas de los padres, revivir la experiencia de los siglos más creadores de la Iglesia, es entrar en un manantial inagotable para la iluminación y sazón de la fe de todos los tiempos. No se puede construir nada duradero y fecundo si no enraíza en el pasado, no se encuentra el oro si no se hurga en la mina. Así acontece en el espíritu y el camino catecumenal para que sea oro de ley.

Sería largo recorrer toda la doctrina que estos dos Papas han ido vertiendo en torno al Neocatecumenado. De manera ordenada y orgánica los ha recogido Pasotti en el libro varias veces citado.

Fecha áurea en la recepción autorizada del Camino Catecumenal es el 30 de agosto de 1990. La Carta enviada por Juan Pablo II a Mons. Cordes. Después de hacer un recorrido por la breve historia y los frutos del Camino, el Papa concluye: “Reconocemos el Camino Neocatecumenal como un itinerario de formación católica, válido para la sociedad y los hombres de hoy”⁴⁵. El Papa no tiene

inconveniente en recomendarlo con todo encarecimiento a los pastores, obispos y párrocos.

Es fácil y difícil, a la vez, definir qué es el Neocatecumenado. Es fácil para los que tengan una idea exacta de lo que entraña un verdadero catecumenado. Fácil porque su andadura externa es sumamente simple y sencilla. Es difícil, por otra parte, encasillarlo en las estructuras pastorales de hoy sumamente complejas y atomizadas.

Sin embargo, está claro qué es el Camino para los inspiradores e impulsores que con paciencia benedictina y atentos a la voz del Espíritu y de la Iglesia han ido, y no de una forma académica y preconcebida, marcando los pasos y las etapas, el método y los contenidos del Neocatecumenado. Es obvio que no podemos silenciar la palabra de Kiko Argüello cuando dice: “No se trata de un grupo espontáneo, ni de una asociación, ni de un movimiento de espiritualidad, ni de un grupo elitista dentro de la parroquia. Se trata de personas que quieren redescubrir y vivir plenamente su vida cristiana y las consecuencias de su bautismo a través de un catecumenado dividido en etapas, semejante a las de la iglesia primitiva y adaptado a su condición de bautizados”⁴⁶. Mons. Blázquez completa esta afirmación de Kiko Argüello cuando escribe: “El Camino Neocatecumenal no quiere ser una orden religiosa, ni un instituto secular, ni una sociedad de vida apostólica, ni una prelatura personal, ni una asociación pública o privada de laicos, ni un movimiento especializado de A.C. Todo eso es respetado en su alma católica. Quiere ser un camino de ini-

44. Pasotti: op. cit. p. 44.

45. Mons. R. Blázquez: op. cit. p. 339s. Aquí puede verse una explicación y explayación de la misma.

46. Pasotti: op. cit. p. 122.

ciación cristiana. Esto y no otra cosa; esto, y no más, esto y no menos”⁴⁷.

A la luz de estas declaraciones no es extraño que no encaje en la visión de muchos pastoralistas teóricos y prácticos. Da la impresión de que no se quiere entrar en la entraña bíblica, litúrgica, eclesiológica, cristológica, que el camino va vertiendo a lo largo de su proceso, contemplado desde el ángulo catecumenal e iniciático. Ciertamente, el Camino desborda las estructuras pastorales vigentes en una diócesis o en una parroquia, aún de aquellas que pueden considerarse más progresistas. El proceso es interior, hacia dentro, para hacer caminar al hombre hacia la intimidad e identidad de uno mismo, descubierta a la luz de una fe que se va haciendo cada vez más luminosa para conocerse y conocer el mundo que le rodea y poder desplegarse libremente con actitudes de fe.

Porque el Camino Neocatecumenal ha logrado, sin duda, “una síntesis global de la totalidad del cristianismo” y ha modelado un cauce de toda la vida de la fe. Es recomendable a los pastores que ante sus “novedades” se debe pensar despacio, con la ayuda de los instrumentos cristianos de discernimiento y con la libertad de espíritu que busca, ante todo, las “realidades”, que no se frena ante una expresión menos feliz y que se percata del tono fuertemente kerigmático de la palabra”⁴⁸. Ahora, cuando todo el proceso ha llegado a su fin en las primeras comunidades, es posible comprender la hondura, la coherencia, la autenticidad de todo el proceso y, a la vez, ir perfeccionando

cuanto se discrierna como superfluo para adaptarlo cada vez más y mejor a las necesidades de hoy, a su incidencia en las parroquias y su servicio a toda la comunidad eclesial. No desprecieamos un rostro bello por una simple verruga que hasta puede realzar la belleza.

Con un lenguaje equívoco y poco afortunado por su matiz despectivo se habla de comunidades “espiritualistas”, “calientes” y otros adjetivos de igual cuño. Hay que advertir que la Iglesia y el evangelio son una realidad espiritual, con una carga fundamental de trascendencia y con todo el calor que le da ser servidora del amor. Su espiritualidad no es un alejamiento de la realidad sino un acercamiento mucho más exigente y fructífero al hombre de carne y hueso, al hombre de hoy, al hombre que vive cuestionado por tantas incertidumbres y frustraciones. Estamos firmemente convencidos y fuertemente cuestionados del proceso de secularización y secularismo que ha llevado a mucha gente a abandonar la fe y la Iglesia. Y este es un mal real y radical que pide una respuesta realista y radical. Creo que el Espíritu ha suscitado el Camino y lo ha potenciado con este fin. Necesitamos dar una respuesta a estas situaciones desde la fe entrañablemente acogida y vivida. No actuar desde la fe para un cristiano en la solución de los hondos problemas del hombre es trabajo inútil y dar palos de ciego.

Ser realistas es dar al hombre de hoy una respuesta integral para que alcance su totalidad humana conforme a los planes de Dios, que conozca sin alienaciones su miseria y su grandeza, su fuerza y su debilidad. Y esto sólo se descubre en verdad cuando el hombre se enfrenta cordialmente con la Palabra de Dios y el espíritu de Jesucristo. Aquí le lleva y conduce, lo guía y sostiene el Camino.

47. Mons. R. Blázquez: op. cit. p. 352.

48. R. Blázquez: *Comunidades Neocatecumenales*, p.16.

El Camino ha bebido en las fuentes del Concilio y sus más vitales aportaciones las ha sintetizado en un método adecuado para que no sean letra muerta y declaraciones solemnes sino fuerza y vida para esta generación y las siguientes. Pablo VI no duda en afirmar que “es un fruto del Concilio”. Sin él, no hubiera podido nacer, ni madurar ni permanecer. “La renovación bíblica, litúrgica, eclesiológica (del Concilio) asumidas y propugnadas por el Camino están en la base del mismo”. El secreto está en haber sabido integrarlas de forma vital e intensiva para que lleguen hasta el hombre más sencillo o más cuestionado.

La creación y la vivencia de la comunión son un aspecto vital de las comunidades neocatecumenales. Es sabido cómo en el Camino es fundamental la estructura de la pequeña comunidad donde se celebra la palabra, los sacramentos, especialmente la eucaristía y la penitencia. Son aquí perfectamente aplicables las palabras del Concilio: “En estas comunidades, aunque muchas veces sean pequeñas y pobres o vivan dispersas, está presente Cristo quien por su poder constituye a la Iglesia una, santa, católica y apostólica”⁴⁹. El hecho de que sean comunidades pequeñas y heterogéneas, al compararlas con la gran iglesia, puede crear desánimo en algunos pastores que les gustaría ver realizado en esta mayor iglesia el espíritu, la comunión y la viva participación que se da en la pequeña comunidad. Prefieren cambiar la cantidad por la calidad.

La Palabra de Dios, celebrada y escrutada en todos los momentos alimenta constantemente a los catecúmenos,

iluminando la persona de Cristo, tanto a través del Antiguo como del Nuevo Testamento. Esta presencia de Cristo en toda la Palabra hace que se la celebre en actitud de veneración vital, de tal forma “que el tesoro de la revelación, encomendado a la Iglesia vaya llenando el corazón de los hombres. Y como la vida de la Iglesia se desarrolla por la participación asidua del misterio eucarístico, así es de esperar que recibirá nuevo impulso de vida espiritual con la redoblada devoción a la Palabra de Dios que dura para siempre”⁵⁰.

La constatación de los efectos saludables y transformadores de la Palabra, proclamada y celebrada en la comunidad, es una de las experiencias más ricas y sorprendentes del Camino. Se constata, en verdad, que Dios “por la Palabra lo hizo todo” y lo sigue haciendo en nuestros días. La Palabra se manifiesta como viva y eficaz.

Es notoria y clave la vivencia de la liturgia en las comunidades neocatecumenales. Esta experiencia litúrgica ha dado pie a ciertas tergiversaciones o malos entendidos que la Congregación respectiva se ha preocupado de disipar, comprobada la realidad de la situación. La participación siempre es viva y activa. “Hay que tener en cuenta esta participación viva y activa del todo el pueblo al reformar y fomentar la sagrada liturgia, ya que esta es la primaria y más necesaria fuente en la que los fieles beben el espíritu verdaderamente cristiano y, por ello, en toda la acción pastoral los pastores de almas deben aspirar a ella diligentemente mediante la debida formación”⁵¹. La reforma, los cambios nacen de la vida y de la

49. Cfr. C.V. II.I.G.,26.

50. Cfr. C.V.II.D.V.26.

51. Cfr.C.V.II. S.C.17.

experiencia de la potencia de la liturgia para fortalecer el espíritu e iluminar los corazones.

“Un ejemplo reciente (de esta renovación litúrgica) se encuentra en la comunidades neocatecumenales. Para este fin, los hermanos de las comunidades procuran vivir más intensamente la vida litúrgica comenzando por una nueva catequesis y por una preparación catecumenal”⁵².

Ciertamente toda esta disciplina queda bajo la autoridad de los pastores respectivos a la que el Camino se somete dócilmente. Resulta extraño ver los escrúpulos que se levantan a las pequeñas innovaciones del Camino cuando no se sale al paso de tantas aberraciones litúrgicas.

El Camino, en línea con el Concilio (G.S.), intenta dar la respuesta a los interrogantes más profundos del hombre. Recoge sus más agudos problemas de la conciencia personal y social que cada hombre y cada sociedad llevan dentro y perturban el camino de la felicidad y de la solidaridad. Transformar el corazón es el secreto para que puedan amanecer la justicia y la paz. El Camino hace suyas desde el primer momento de su inicio estas palabras del Concilio: “La Iglesia cree que Jesucristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre luz y fuerza por su Espíritu, para que pueda responder a su máxima vocación; y que no ha sido dado a los hombres bajo el cielo ningún otro nombre en el que haya que salvarse. Igualmente cree que el valor, el centro y el fin de

toda historia humana se encuentra en su Señor y Maestro. Y afirma, además, la Iglesia que en todos los cambios, subsisten muchas cosas que no cambian y que tienen su fundamento último en Cristo que es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Por consiguiente, a la luz de Cristo, imagen del Dios invisible, Primogénito de toda criatura, el Concilio pretende hablar a todos para iluminar el misterio del hombre y para cooperar en el descubrimiento de la solución de los principales problemas de nuestro tiempo”⁵³.

Este largo párrafo conciliar resume la entraña de la predicación del Camino y conduce al hombre a la vivencia práctica de esta realidad. Y por otra parte está en sintonía con las últimas propuestas pastorales de la Conferencia episcopal española, de todos sin duda, conocidas. ¿No es esto lo que Juan Pablo II pretende con la llamada a la preparación del año dos mil? La TMA es una explayación y una orientación de esta doctrina conciliar convertida en llamada apremiante para nuestros días. El Camino es de por sí, un testimonio histórico de que es posible llevar adelante los grandiosos planes del Pontífice.

“A este magisterio contemporáneo”, dice Dujarier, “creemos que responde precisamente el Camino Neocatecumenal, esperanza sólida y fructífera, extendido por más de ochenta naciones”⁵⁴.

El Camino Neocatecumenal está insertado en la parroquia, en la misma intimidad de la parroquia, no como algo extrínseco o periférico, sino como raíz vigorosa que

52. S.C. para el culto divino. Pasotí, 34. Puede verse también la Notificación de la misma Congregación de 19 de diciembre de 1983, sobre las celebraciones del Camino. Pasotí, 135. Cfr. P. Farms: *La celebración eucarística en pequeños grupos*. Salamanca, VPS, vol. XI.III, 1996, p.281 y ss.

53. C.V. II, G.S. nº11.

54. M.Dujarier. *Breve historia del catumenado*. DIBB (1986), p.155. (Del mismo autor y editorial puede leerse: *Initiación cristiana de adultos*.)

busca renovar y fortalecer la misma misión de la parroquia. La comunidad catecumenal es la misma parroquia que como madre va gestando en la fe a sus hijos de dentro y a todos los que, viniendo de fuera, se sienten interpelados por su espíritu. Porque la parroquia es una realidad plural, nada especializada, donde todos caben; es una realidad firme e insustituible, a pesar de todos sus avatares históricos; porque la parroquia hace realidad la comunidad diocesana en torno al obispo, es el ámbito adecuado para que la comunidad arraigue, florezca y dé frutos. Enclavada en un territorio concreto, la parroquia tiene capacidad para expandirse más allá de sus propio territorio como un foco de irradiación evangelizadora.

Juan Pablo II, que ha visitado la mayor parte de las parroquias de Roma constata: “El Camino es un medio de reconstruir la parroquia. La parroquia es una comunidad básica en la iglesia y puede crecer auténticamente en la experiencia neocatecumenal; sería como la renovación de la comunidad primitiva que crecía desde la experiencia catecumenal”⁵⁵.

Esta ha sido la mente de los inspiradores del Camino y así viene ocurriendo hasta nuestros días. “Con el Neocatecumenado se abre al centro de la pastoral de la parroquia un camino de iniciación cristiana que desarrolla una pastoral de evangelización para adultos, reengendrando en la fe a tantos hermanos nuestros que viven un cristianismo rutinario”. Por eso “el Camino Neocatecumenal se vive dentro de la actual estructura parroquial, en comunión con el obispo, en régimen de pequeñas comunidades

formadas por personas de edad, condición social, mentalidad y cultura diversas”⁵⁶. Apreciación ésta, de acuerdo con Juan Pablo II: “Esto es neocatecumenado como una realidad temporal, que quiere decir: una comunidad que vuelve a encontrar en la parroquia la novedad de la vida cristiana, su frescura y originalidad”⁵⁷.

La parroquia está llamada a potenciar su tarea evangelizadora porque en ella la vida cristiana se desarrolla de una manera integral y no fragmentaria o especializada. “En esta situación, las parroquias pueden ser ayudadas eficazmente por el Camino Neocatecumenal”⁵⁸.

Ha sido motivo de desconcierto cómo se sitúan las pequeñas comunidades neocatecumenales en el seno de la más amplia “comunidad” parroquial. No es raro escuchar voces foráneas que acusan a estas comunidades de dividir la misma parroquia. El pequeño grupo convocado por la palabra, que la celebra con oído muy abierto, que celebra la eucaristía y va creando la comunión fraterna es un signo de la presencia y de la acción de Jesucristo. Allí se realiza esa pequeña comunidad, débil en sí, constituida por gentes muy diversas, de la que habla la L.G. 26. Las dificultades, cuando las hay, no vienen de la misma pequeña comunidad sino de los pastores o de los restantes grupos que no saben situarlas en el contexto de comunión viva. Pululan, a veces con exceso, grupos de jóvenes, de matrimonios o de cualquier otra clase que se reúnen y, si les parece, celebran la eucaristía. La pequeña comunidad

55. Pasotí: op. cit. 54.

56. Ibidem., p. 122.

57. Ibidem., p. 125.

58. Mons. R. Blázquez: op. cit. p. 376.

neocatecumenal encaja palabra, eucaristía y comunión en un proceso de iniciación, de caminar hacia la madurez de la fe, de experiencia existencial de Jesucristo. Es inconcebible que pueda despertar sospechas de fragmentarismo cuando cualquier parroquia puede presentar diversos grupos que, sin duda, no tienen un aglutinante tan fuerte como las pequeñas comunidades del Camino. Al tratarse de un proceso cada comunidad que va surgiendo tiene un ritmo, va marcando una etapa y va consiguiendo un grado propio de madurez. Al decir que son cerradas, hay que entenderlas en su propia realidad. Por una parte, no hay nada más abierto porque a todos se les invita, se les llama públicamente para que a todos llegue el pregón. A nadie se excluye por ningún motivo de edad, de cultura, de clase social, o de moralidad. La apertura de la llamada es total e incondicional. Ahora bien, una vez que se ha constituido la pequeña comunidad por los que han aceptado la llamada, aquélla comienza a caminar con propia personalidad y así caminará, en principio hasta el final del Camino.

La comunidad catecumenal es una realización local de la iglesia infra e intraparroquial. Dentro de la misma parroquia, en el corazón mismo vive la comunidad para realizar en ella la misma misión de la parroquia con un método progresivo e intensivo que, de hecho, interpela a toda la parroquia. Desde la Iglesia-comunión universal, pasando por la iglesia local presidida por el obispo y la iglesia-comunión parroquial, la pequeña comunidad neocatecumenal, parroquial por definición, realiza en un lugar concreto, con unas personas concretas, con unas realizaciones concretas la misión y la comunión de toda la iglesia. Nada más parroquial que una pequeña comunidad

neocatecumenal. El sano deseo de la cantidad, la vieja añoranza de la masa impide comprender la calidad de lo vivo, de lo pequeño, de la levadura. Podemos afirmar que la experiencia de la fe sólo puede lograrse en la pequeña comunidad como proceso normal, porque en ella la persona se va realizando de una forma auténtica y plena. Y en este proceso de fe no se trata de informar sobre los contenidos de la fe sino formar de tal manera que la persona llegue a una experiencia madura de fe. Es dar vida, no sólo doctrina.

Así lo ve Juan Pablo II: “El movimiento neocatecumenal trata de revivir lo que llevamos dentro. Muchos son los cristianos bautizados pero, tal vez, no han descubierto su bautismo. Están bautizados, su bautismo está en las actas, se encuentra en los registros, está registrado en la parroquia, está registrado también en su corazón, pero este registro interior se encuentra casi muerto, dormido. ¡Y hay que despertarlo!”⁵⁹.

“Es necesaria la experiencia. Podemos recibir los sacramentos no viviéndolos, no entrando en la profundidad del misterio que se celebra. Es necesaria esta experiencia, este aspecto experiencial de la vida cristiana. Y estoy contento por todos estos movimientos que hacen crecer y abundar esta experiencia cristiana”⁶⁰. Experiencia de fe, experiencia de Jesucristo, experiencia de iglesia, experiencia de comunión, experiencia de oración: una experiencia total que transforma interiormente la vida de la persona.

59. Pasotí: op. cit. p. 61.

60. Pasotí: Ibidem, p. 63.

La vertebración de todo el Camino Neocatecumenal se asienta en el trípode Palabra, Liturgia y Comunión a lo largo de todas las etapas.

La Palabra como acontecimiento salvador, como palabra actual y eterna, que habla a la situación de cada uno en cada momento de su historia. La Palabra que hace presente a Jesucristo, muerto y resucitado, a través de la cual el “kerigma” apostólico está vivamente resonando para iluminar, enseñar, estimular, consolar. Y toda la Palabra, Antiguo y Nuevo Testamento, porque en toda ella está la obra de Dios por Jesucristo. Y esta Palabra celebrada en ferviente escucha que hable no sólo a los oídos y a la inteligencia, sino al corazón, hasta las junturas del alma. La Biblia es el gran libro de texto del Neocatecumenado donde se escruta el misterio salvador. Se constata cómo en la medida que esta palabra es acogida cordialmente toda la vida se ilumina.

La Liturgia. La misma celebración de la Palabra ya es una liturgia, una acción de la presencia de Jesucristo. A lo largo de todo el Camino, además de las celebraciones semanales de la eucaristía y de las celebraciones de la penitencia, todos los pasos y etapas están jalónados con las oportunas celebraciones litúrgicas. Iluminadas por la palabra, estas celebraciones adquieren un alto grado de sinceridad y de eficacia.

La Comunidad que vive la comunión. Poner en común, con toda sinceridad, la experiencia personal y comunitaria es un momento importante. Gozos, esperanzas, desánimos, crisis, aspiraciones, conflictos personales o familiares: todo se pone en común. Se comparte desde la fe en las frecuentes reuniones de la comunidad. Es el combate de la fe que todos llevamos dentro.

El nervio de esta estructura es el siguiente:

La Palabra se celebra una vez por semana. Un pequeño grupo de cuatro o cinco personas prepara la palabra para celebrarla en medio de la comunidad. Este grupo elige cuatro lecturas normalmente, las moniciones y los cantos con los que necesariamente se responde a cada lectura. Cada uno voluntariamente expresa la resonancia de la palabra, se ora, se da la paz y los avisos oportunos.

Los sábados por la tarde o noche se celebra la eucaristía, según las normas de la Congregación para el culto. Y se prepara de la misma forma que la palabra en cuanto a moniciones y cantos.

Y por último, una vez por mes se reúne la comunidad un día entero donde se toma el pulso al proceso de la comunidad y a los problemas de los hermanos. Dos cosas importantes: los cantos son todos de contenido bíblico según un cantoral propio. Otro aspecto es la comunión de bienes según las necesidades de la comunidad que se hace cada vez más visible a medida que la comunidad avanza.

III. DESARROLLO DEL NEOCATECUMENADO

Es obvia la necesidad actual en la Iglesia de un Catecumenado como proceso de iniciación en una fe adulta y como instrumento insustituible para llevar a cabo la tan apetecida nueva evangelización.

Las líneas claves de este Catecumenado vienen marcadas cada vez con más precisión por los documentos de la Iglesia. Este proceso para que sea tal, ha de ir desarrollándose por etapas perfectamente estructuradas, donde deben aunarse la catequesis, la liturgia y la vida de comunidad y la realización activa de la Iglesia.

Tres pasos, en teoría, son los que fundamentalmente hay que dar:

- Evangelización y precatecumenado: anuncio de Jesucristo como Señor y Salvador, que, si es acogido, provoca y llama a una conversión y fe inicial.
- Catecumenado como un largo tiempo, fundamentalmente catequético donde se va iluminando la fe, moderando las actitudes, experimentando la fuerza de la fe que prepara para recibir los sacramentos de iniciación, o en su caso, la renovación de las promesas bautismales.
- La elección, momento breve, en el que los “elegidos” reciben los sacramentos de la iniciación para caminar

como cristianos integrados plenamente en la comunidad y en la comunión eclesial.

Estos pasos corresponden a etapas del proceso en cada una de las cuales se desarrolla la catequesis, ritos, escrutinios que prueban la sinceridad de la fe y la lenta maduración del catecúmeno.

La primera etapa abarca la evangelización y el precatecumenado. La evangelización se centra en el anuncio de la Buena Noticia, de Cristo muerto y resucitado que destruye nuestra muerte y nuestro pecado. Suscita una conversión inicial una fe informe, más bien un deseo de entrar en la experiencia personal de lo que anuncia. Este sería el precatecumenado a lo largo del cual la fe inicial se va clarificando y fortaleciendo. En esta etapa es necesario que el catecúmeno compruebe libremente la sinceridad de su decisión y que la comunidad a través de los catequistas la confirme.

La segunda etapa es el paso al catecumenado. Los considerados aptos entran al catecumenado, simbolizado en diversos ritos. Una etapa larga, en la que se explican las catequesis fundamentales que van madurando la fe, los contenidos y exigencias de la misma, el conocimiento vivo de la Iglesia como madre que los gesta y realizada concretamente en la vivencia comunitaria.

La tercera etapa tiene lugar cuando los que han sido declarados competentes por los padrinos-catequistas y por el discernimiento de la misma comunidad son “elegidos” para recibir los sacramentos de la iniciación y, si ya están bautizados, para renovar las promesas bautismales.

La cuarta etapa, cuando regenerados, entran de pleno en la Iglesia, en la participación eucarística y en toda la misión de la Iglesia.

Este es el proceso que desarrolla el RICA y sirve de bastidor para dibujar el proceso catecumenal. (Véase la Introducción).

Etapas del neocatecumenado

El RICA y el Neocatecumenado nacen a la par. Sin embargo, Kiko Argüello ha ido modelando un proceso catecumenal, sustancialmente parejo al RICA. Así, en la exposición que hizo del Camino en la Asamblea plenaria de la Congregación para la evangelización de los pueblos establece este orden:

- *Kerigma y precatecumenado*: anuncio de la Buena Noticia (kerigma), momento en que se forma la comunidad y se entra en el precatecumenado a través del cual se va consolidando la conversión y la verificación de la sinceridad de tal conversión. Tiene lugar un primer escrutinio y se procede a celebrar la primera parte del bautismo según el Ritual. Así se da paso a un segundo momento, más intenso que prepara, de inmediato, la entrada en el catecumenado. Después de una prueba que haga viva y real la sinceridad del candidato, en otra liturgia bautismal, se abre el paso al catecumenado.
- *Entrada al catecumenado*: que es el período más largo, marcado por momentos realmente trascendentales: iniciación en la oración de forma muy existencial; “tradicio” y “redditio symboli” y entrega del Padre nuestro. Termina con un escrutinio y un rito donde fundamentalmente se proclama el Credo y el Padre nuestro aunque en momentos diferentes.
- Por último, la “*elección*”, como preparación para la renovación de las promesas bautismales en la Noche de Pascua.

Sin embargo, el proceso neocatecumenal no es tan sencillo ya que se preocupa de extraer hasta el máximo la riqueza de cada momento.

Por eso, nos atenemos a la división de R. Blázquez, experto en estas cuestiones. Divide todo el Camino Neocatecumenal en cinco etapas: kerigmática, Precatecumenado, paso el catecumenado, catecumenado, y elección. A estas cinco etapas nosotros añadiremos una sexta totalmente necesaria: la mistagogia o neofitado⁶¹.

1. KERIGMÁTICA

Es un momento muy importante porque de él va a depender la constitución de la comunidad neocatecumenal. El párroco que quiere establecer en su parroquia el camino o convoca por todos los medios a su alcance. Todos han de ser llamados sin discriminación de ninguna clase. Jóvenes desde los catorce años hasta ancianos, solteros y casados, creyentes e incrédulos. La llamada ha de ir dirigida a todos, no sólo a los que están más sacramentalizados sino a los que han perdido todo contacto con la Iglesia. El camino va dirigido no exclusivamente pero sí fundamentalmente a los que por un motivo o por otro se han alejado. Cada uno viene con su problema, con su situación personal o familiar, aquejado del laicismo imperante, arrastrando su vacío interior, siempre buscando una respuesta a su vida.

Este anuncio kerigmático tiene muy en cuenta la situación personal del hombre para ubicarlo ante los interro-

gantes más profundos de su propia vida que, tal vez, no ha sabido descubrir.

El RICA, al ser un Ritual, este momento lo da por supuesto pero lo tiene muy en cuenta. Lo considera imprescindible. “El Rito por el que se agrega a los catecúmenos a los que desean hacerse cristianos se celebra, cuando recibido el primer conocimiento de Dios vivo, tienen ya la fe inicial en Cristo Salvador. Desde entonces se presupone, acabada la “primera evangelización, el comienzo de la conversión y de la fe, cierta idea de Iglesia”⁶².

“En este período se hace la evangelización; o sea, se anuncia abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo, enviado por él para salvar a todos los hombres.”⁶³ No puede iniciarse un catecumenado sin que este momento evangelizador esté presente de una forma directa, clara, existencial donde Cristo aparezca como la respuesta, dada por Dios, a los interrogantes más humanos, profundos y trascendentales del hombre y que la Iglesia hace presente al mundo, viendo en ello su única razón de existir y la plenitud de su misión en la historia.

Cómo se realiza

La metodología interna abarca tres momentos que se desarrollan a lo largo de dos meses, a razón de dos catequesis semanales, dirigidas por un equipo de catequistas que han vivido esta experiencia. Este tiempo concluye con una convivencia de tres días donde queda constituida la nueva comunidad, si procede.

62. RICA, 68.

63. RICA, 9.

61. Mons. R. Blázquez: *Comunidades Neocatecumenales*, p. 68 y ss.

Un primer momento trata de poner al hombre, a cada uno de los convocados, en su realidad más profunda. Cada uno acude con su problema inmediato, peculiar; hay que descubrirle la raíz de todos los problemas, no la superficie y aportarle la solución desde la fe, desde el compromiso de Dios.

A todos afecta el proceso de deschristianización que ha ido erosionando la misma preocupación por la trascendencia y la razón de ser de lo religioso y de lo santo. La fe cristiana ha desaparecido.

Otros, que conservan ciertas raíces cristianas, sin embargo son víctimas de la deschristianización. La fe se ha reducido a unos cuantos ritos cuya razón de ser no comprenden. Lo más que llevan dentro es una fe heredada o una religiosidad meramente natural. En esta línea pueden ser personas muy religiosas, incluso muy sacramentalizadas, más llevadas por el temor a lo desconocido que motivadas por la benevolencia y el amor de Dios.

No faltan los que viven el escándalo de la separación entre la fe y la vida, la dicotomía mental y práctica de los cristianos. La separación de la fe y de la vida, entre los grandes pronunciamientos eclesiales y la realidad personal y social caminando en la injusticia, la violencia y la mentira. A lo que hay que añadir el desconocimiento de la Iglesia, de su razón de ser y de su misión que poco o nada aporta a la solución de los problemas del hombre de hoy. El Dios que les queda es un Dios de oídas, que nunca se ha acercado al hombre, una idea de difícil comprensión e inasequible que nada nos clarifica ni nos resuelve.

Con todo esto, el hombre está escapando de sí mismo para refugiarse en soluciones fáciles e inoperantes, cuando no destructivas: el ateísmo, el agnosticismo, el hedonis-

mo, el sociologismo. Todo menos enfrentarse con el problema profundo, el sentido de su vida y de su muerte, el porqué y el para qué de su existencia, la raíz profunda de los desajustes que ve en su vida y en el ambiente que le rodea. Porque la única seguridad que tiene el hombre es que se muere y esta seguridad hace incierta e incomprensible la vida misma, nuestras ilusiones e ideales. En este momento aparece la Buena Noticia de Cristo muerto y resucitado, respuesta de Dios por Jesucristo a todos los problemas del hombre. Y esta buena noticia nos llega por la Iglesia de Jesucristo como luz, sal y fermento en la vida de cada hombre.

El anuncio explícito

El cristianismo que quiere dar a conocer y hacer presente a Jesucristo, no es un código de leyes morales que el hombre ha de esforzarse en cumplir y que siempre descubre su impotencia para dar la talla moral que el código le presenta. Ni es una simple filosofía, nacida de las humanas especulaciones que va construyendo su propia idea de Dios y de la forma de relacionarse con El. El cristianismo es, ante todo, una Buena Noticia, nacida de la libre, gratuita y eterna benevolencia de Dios para con el hombre y que se ha manifestado históricamente, en su momento culminante, en Jesucristo, Hijo de Dios.

Esta Buena Noticia nos hace presente que le ha antecedido una mala noticia. Esta situación del hombre de muerte y esclavitud -mala noticia- ha hecho brotar en el corazón de Dios un camino de vida y libertad por Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, sometido a la muerte y exaltado en la resurrección. Valga de resumen el texto de Hebreos 2,14-16: "Así como los hijos participan de la

carne y de la sangre, así participó El de los mismos para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte; es decir, al Diablo y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud". Hay un pecado, que engendra la muerte, por instigación del Diablo que así somete al hombre a esclavitud. Esta muerte a la que de por vida estaba condenado el hombre, no es tanto la muerte física cuanto la muerte más profunda del ser, del hombre que le lleva a ser esclavo de sí mismo y de todos los ídolos que lo reclaman.

La Biblia nos ha descubierto la raíz, el principio y la causa de esta situación que impide al hombre llegar a la plenitud de la libertad. Es la historia del Paraíso personificada en Adán y Eva. Adán y Eva somos cada uno de nosotros y lo que allí acontece acontece en cada uno de nosotros como protagonistas.

Adán y Eva -tú y yo- prestan oídos a la catequesis de la serpiente que les presenta al Dios creador como un ser tirano y celoso que no quiere más que hacerlos esclavos mediante la ley y la prohibición. Nada dice de que Dios los quiere, los ama, los cuida, los desea ver felices. Si rompen con El, si lo desobedecen y reniegan de su amor, entonces habrán conseguido la máxima libertad que un Dios celoso les niega: "Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal". El hombre ha caído en el pecado radical, negar el amor de Dios, la obediencia a Dios, la comunión con Dios. Al obedecer al maligno han caído y se han puesto bajo su obediencia. El Diablo que siempre es mentiroso, les ha dicho la más grande mentira. Al entrar el pecado en ellos, su ser se ha trastornado. Al romper el cordón umbilical que les unía al principio y fuente de la vida, han experimentado la muerte. El Paraíso huye de sus pies.

Se han encerrado en un círculo de muerte que los aprisiona, los replega sobre sí mismos y experimentan que ni ellos pueden amarse, acusándose uno a otro. También tienen la experiencia de que no pueden amar a los otros, que surge la envidia, la venganza y no saben a dónde dirigir sus pasos porque la vida ha perdido su norte, su orientación justa. Por otra parte, se sienten incapaces de volver atrás, de enderezar lo torcido.

Porque la raíz de todas las muertes, de todos los desajustes, de todas las violencias, envidias, egoísmos es el pecado que engendra el miedo a la muerte. Y por este miedo a la muerte el hombre odia, asesina, roba. Es fácil hoy justificarse echando la culpa a las estructuras, que son de pecado, y causa de todos los desórdenes interiores y exteriores al hombre. Pero las mismas estructuras, si son malas, son obra del pecado del hombre.

Si el hombre llega a tomar conciencia de que esta es su propia situación, de que su pecado, como en Adán, es la causa de todas las muertes que arrastra, se le puede dar la Buena Noticia: "El pecado ha sido destruido, la muerte ha sido vencida, hay un camino de libertad y felicidad para el hombre. El que nos ha dado gratuitamente esta victoria es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. Jesucristo ha roto el círculo de muerte y de esclavitud y nos ha vuelto a engendrar para la vida y la libertad". Jesucristo muerto y resucitado es la gran explosión del amor gratuito y liberador de Dios que rompe todas las barreras que impiden la realización integral del hombre, respuesta a todos nuestros sufrimientos y esclavitudes. Lo que el viejo Adán, que llevamos todos, destruyó por su desobediencia a la voluntad y al amor de Dios, el nuevo Adán

—que estamos llamados a ser— lo ha reconstruido hasta lo inefable por su total obediencia a la voluntad y al amor del Padre. Y todo esto nos lo da gratuitamente sin acepción de personas. Todos los pecadores tuvieron y tienen acceso a El porque es el único que no se escandaliza del pecado del hombre. Doblegó la fuerza del espíritu del mal, expulsando de nosotros el miedo y la mentira. Todos son acogidos como son, con sus traumas y debilidades porque El nos amó primero sin tener en cuenta nuestros pecados. Y no sólo es una garantía de vida eterna más allá de la muerte, sino la manifestación de su poder para engendrarnos a una vida nueva en medio de nuestra precariedad y de nuestras frustraciones.

Liberados de la muerte, del pecado y de la ley podemos hacer nuestro el grito de Pablo: “¿ Dónde está muerte tu victoria ? ¿Dónde está muerte tu aguijón ? El aguijón de la muerte es el pecado y la fuerza del pecado es la ley. Pero ¡gracias sean dadas a Dios que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo ! (1Co.15,55-57).

Esta catequesis se complementa proclamando varios “kerigmas” tomados de los Hechos y de Pablo donde se hace presente la fuerza de la Escritura. La predicación kerigmática de los primeros discursos apostólicos y la profunda exposición de Pablo tienen una fuerza convincente para provocar la fe salvadora, la fe que nos lleva a confesar a Jesús como el Señor y Salvador.

Después de una catequesis centrada en la penitencia, donde se hace presente la conversión inicial, se celebra, en un ambiente realmente elocuente, el Sacramento de la reconciliación. Convertíos y dejaos reconciliar por Dios.

Y en el ágape posterior se van conociendo unos a otros, personas que han llegado a un mismo punto desde situa-

ciones bien diversas y a quienes el Señor ha hecho confluir en un acontecimiento común.

Un segundo grupo de catequesis de este breve período de evangelización nos adentra en la Escritura, en algunos relatos concluyentes de la historia de la salvación donde aparece la acción de Dios, siempre gratuita, salvadora y liberadora. El catecumenado es un proceso que nos va llevando de fe en fe hasta la madurez, hasta la gestación del hombre nuevo. Es necesario ver el dinamismo renovador y transformador de la fe.

Esta historia de salvación que empieza con la elección de Abraham, el padre de todos los creyentes, es más que un símbolo, una verdadera iluminación de lo que el neocatecumeno va a descubrir, vivir y realizar. Dios llama a Abraham en una situación de frustración y de muerte; es viejo y no tiene una tierra ni un hijo que lo herede. Abraham se fia de esta palabra sin pedir explicaciones; ha de dejar aquella tierra y lo que le rodea y ponerse en camino sin saber a dónde. Esta obediencia a la llamada interior es la fe. Pasará dudas, sobresaltos, oscuridades pero la llamada resonará siempre dándole fuerzas para caminar. Después de muchos años puede verificar que la palabra no lo engañaba sino que se había cumplido en el hijo de la promesa, Isaac. Y aún esa fe era necesario purificarla, centrarla en la obediencia al Dios único. Y en este gesto de obediencia total no duda en disponerse al sacrificio de su hijo, su único hijo, el hijo de la promesa por obediencia a la voluntad de Dios. Este camino de fe es el que tiene que seguir el catecúmeno, fiado únicamente de la Palabra de Dios y cerrando los oídos a los ídolos y así pueda nacer en él una vida nueva, un nuevo Isaac. Abraham ha recorrido un largo camino hasta reconocer que sólo en la obediencia a Dios está la vida y la libertad.

“Ante la promesa divina, no cedió a la duda con la incredulidad; más bien, fortalecido en su fe dio gloria a Dios con el pleno convencimiento de que poderoso es Dios para cumplir lo prometido. Por eso le fue prometido como justicia”(Rm. 4,20-22). Y la justicia es participación en la vida de Cristo resucitado.

El Éxodo de Egipto es otro itinerario de fe que ha de recorrer, no una persona, como Abraham, sino todo un pueblo. La decisión de liberar a un pueblo de esclavos de la opresión de una nación prepotente como Egipto es de Dios. Lo imposible se hace posible por la sola voluntad y el poder de Dios. Es un largo camino a través del desierto donde el pueblo va a aprender a vivir de la palabra que sale de la boca de Dios. Dios rompe con potencia el cerco de muerte y esclavitud y, desplegando todo su poder, conduce al pueblo hasta la tierra prometida. Dudas, sobresaltos, rebeliones sacuden constantemente al pueblo. Con la fe, la entereza, la fuerza espiritual de su jefe, Moisés, siempre apoyado en la garantía de que Dios camina con el pueblo, pueden llegar a la tierra de promisión.

Todo esto que acontece en figura, será llevado a su plena realidad por Jesucristo. El catecúmeno ha de recorrer un camino igual, entre no pequeñas crisis, tinieblas, dudas, contradicciones y sólo guiado por la palabra de Dios, verdadero maná para el camino en la esperanza de que la palabra de Dios, hecha carne en Cristo, se cumplirá.

A estas catequesis se añade una catequesis iluminativa que, por una parte, destruya las nulas, pobres o falsas ideas sobre la Palabra de Dios y, por otro, le descubra el valor fundamental de la Palabra para andar el camino de la fe. Tres realidades se iluminan: la Palabra -manifestación propia de Dios en su acción e intervención en la historia de

la salvación-, la Escritura -el libro donde se relata las intervenciones salvíficas de Dios-, y la Iglesia que proclama iluminada por el Espíritu esta obra de Dios. Las tres guardan una perfecta relación.

Se termina con una liturgia, celebración de la Palabra misma, durante la cual se hace entrega de la Biblia, que desde ahora, será el libro de compañía del catecúmeno.

Por último este momento evangelizador termina en una convivencia de tres días en régimen interno. De nuevo aparece el “kerigma” realizado en la Eucaristía. Es una celebración exultante y gozosa que abre el espíritu del posible catecúmeno al gran misterio. Además se dedican un par de catequesis eucarísticas desvelando en lo posible el don supremo que encierra, el memorial de la muerte y resurrección de Cristo por el que somos sacados de la muerte a la vida, de la esclavitud a la libertad, del temor al amor. Estas catequesis, para dar a entender lo que Cristo hizo en la Última Cena dándonos su Carne y su Sangre, conectan con la Pascua que el pueblo de Israel celebraba anualmente como memorial de su liberación de Egipto con el gesto consecratorio que Jesús realizó en el Cenáculo, inaugurando y sellando la nueva y definitiva alianza que llevará a cabo en la cruz y la resurrección. Fácilmente se entra en un espíritu de exultación, alabanza, acción de gracias, tanto más impresionante y llamativo cuando se tienen de fondo las misas rutinarias y frías. Podemos decir que es un anticipo de la vivencia mistagógica del final del Camino.

Y para que el aspirante a catecúmeno pueda ir descubriendo los goznes del espíritu donde el camino se asienta, se proclama solemnemente el Sermón de la Montaña, síntesis del espíritu evangélico y cristiano y la presentación

de Jesucristo como el Siervo de Yavé, el que no dudó en morir por los hermanos en obediencia a la voluntad del Padre. El que se decida a seguir el camino ha de intuir de alguna manera a dónde le lleva y así su decisión pueda ser más libre. Estas palabras que se les proclaman no es para que las cumplan de inmediato pero sí para que tomen conciencia de que la fidelidad al espíritu hará posible que un día se den en ellos.

Antes de constituir la comunidad, se hace una exposición del Camino desde su inicio hasta su final como un proceso que va marcando los pasos y etapas.

Aquí aparece la figura de María, la que, como dice el Papa, ha hecho un itinerario de fe desde que recibe el anuncio del ángel, su obediencia a este anuncio que hace posible la concepción del Hijo hasta que la palabra se cumple y da a luz al Hijo al que, después de nacido ha de seguir cuidando y culmina en la cruz. Son los mismos pasos que ofrece el camino: el anuncio que han recibido, el asentimiento a este anuncio hará que el Espíritu vaya gestando una nueva criatura un nuevo hombre a imagen y semejanza de Cristo hasta llegar a la cruz y a la gloria.

Se pide a cada uno su decisión de caminar o no en comunidad y se pasa al precatecumenado. Se elige por votación a los responsables y a los que han de prestar los distintos servicios a la comunidad. Se cita día y hora para la primera celebración.

2. PRECATECUMENADO

Constituida la comunidad, ésta empieza a caminar con vida propia. Se inicia una etapa de conversión y de cono-

cimiento de sí misma a la luz de la palabra y el espíritu. La conversión de los ídolos que esclavizan al Dios único que nos libera por la palabra y la obra del Hijo. Es una etapa de “kenosis”, de descenso a lo más profundo de la realidad del hombre para entrar en la verdad y no vivir en la mentira. Para entrar en las aguas del bautismo donde quede enterrado el hombre viejo hay que descender los siete peladanos de los siete pecados capitales y después poder resurgir a la vida nueva revestido de la túnica cándida del hombre nuevo(Cfr.Flp.2,6). La conversión inicial nacida de la primera evangelización, es necesario clarificarla, potenciarla, dinamizarla para que el catecúmeno vaya muriendo a sí mismo y empezando a vivir del espíritu de Jesucristo.

Todas las mentiras en que vive el hombre más preocupado por su imagen social, por ser alabado y reconocido, y por las que el hombre anda interiormente vendido al padre de la mentira deben ir cayendo poco a poco hasta dejar al hombre interiormente desnudo ante Dios con su verdadera realidad.

Le es difícil al hombre reconocer su verdadera condición de pecador, hoy más que nunca, en que una ética individualista y relativista tiende a justificarlo todo. Podemos constatar que la conducta social del hombre puede ser estimada buena y sin embargo, el corazón está enfermo, está herido de muchas maneras. Porque todos buscan defenderse de su pecado, esconderlo, minimizarlo. Sin embargo, para que se dé un verdadero proceso de conversión es necesario reconocer su pecado, confesar su pecado, desde la experiencia interior con serenidad, sin escrúpulos ni traumas, como quien acepta una realidad inesquivable. Desde esa conciencia podrá ir iluminando la experiencia

del amor gratuito de Dios, que nos ama y nos acoge tal como somos y nos invita a amar a los demás así. Es que sin experiencia de pecado no puede haber verdadera conversión porque el pecado forma parte de la historia personal y existencial de cada hombre. Este momento inicia el espíritu de humildad: reconocimiento de nuestra condición pecadora delante de Dios y experiencia en lo más íntimo del ser; y por otra parte, la experiencia gozosa de la misericordia entrañable de Dios, manifestada en Jesucristo que nos acoge, perdona y levanta.

En este proceso de conversión paulatina, dinámica e interior, el catecúmeno va aprendiendo a vivir de la fe, a descubrir que la propia historia es una manifestación del amor de Dios, de que sólo en la medida en que se fía del amor de Dios puede ser libre y feliz. La fe no se obtiene por arte de magia. Ciertamente es un don de Dios al que es necesario estar sinceramente abierto como Abraham y María. Pero como ellos hay que aprender a creer, y este aprendizaje es un camino largo donde está implicada toda nuestra historia, la vida de cada día, los acontecimientos que nos sobrevienen. Este proceso de fe, que ha puesto su primer peldaño en el momento de la evangelización, ha de ir iluminándose, profundizándose, personalizándose a lo largo de todo el camino. Es un caminar constante, sin descanso, en medio de dificultades interiores y exteriores. Muchos, por no decir todos, de los que se acercan al camino creen y dicen tener fe, algunos mucha fe. Normalmente es una fe infantil o ritualista o sociológica de poca o nula influencia en su vida. Los más vienen de una religiosidad natural donde la fe tiene mucho de “idolátrica” y nada de una fe “teológica, de una verdadera fe. Pronto se dan cuenta de que han de dar un salto cualitativo de

una fe a otra para llegar a una fe creativa, transformadora y sincera.

Para ir descubriendo esta realidad profunda, es necesario enfrentar al hombre con la palabra de Dios, viva y directa porque va dirigida a la vida personal de cada uno. La palabra nos va retratando con rasgos que desconocíamos y nos desconciertan. La celebración de la palabra semanalmente, en comunidad, va realizando lentamente esta transformación. Ya el descubrimiento de la palabra como algo vivo, actual y operante causa no poco asombro entre los catecúmenos. Es como el descubrimiento de un gran tesoro. Además, la palabra proclamada en comunidad se enriquece con los ecos de los hermanos donde se va descubriendo la acción de la palabra en todos y cada uno. La palabra vive y se hace vida en la comunidad.

Como instrumento valiosísimo para preparar la palabra, desentrañar su sentido bíblico y seleccionar los textos a proclamar, se sirven del Vocabulario de Teología Bíblica de X. León-Dufour. Poco a poco se va entrando en el gusto y entendimiento de la Escritura y desentrañando el secreto de la historia de la salvación. Porque por un camino u otro, sin violentar la palabra, siempre se hace presente a Jesucristo como Buena Noticia.

La experiencia comunitaria es otro ámbito donde necesariamente se va realizando la conversión y se va purificando la fe a la que es llamado el catecúmeno. Ponerse a convivir de pronto personas tan diversas, en gustos, en actitudes, en expectativas, en edad, en experiencia necesariamente engendra situaciones difíciles y no fácilmente aceptables por todos. En un principio, cierto grado de buena educación puede paliar los problemas personales y cada uno puede disimular sus deficiencias y pecados. Pero

pronto, cada uno se manifiesta como es y las máscaras van cayendo. Cada uno quiere hacer la comunidad según su idea porque cada uno tiene una imagen particular de la comunidad. El grupo no tiene ningún punto de cohesión que lo aglutine. Y así en la comunidad se refleja cada uno como es, aparece el pecado de cada uno en el orgullo, la vanidad, la imposibilidad de aceptar al otro, las susceptibilidades. Y esto no se puede superar si no aparece el espíritu de Dios que aglutina e ilumina. Este espíritu va haciendo posible que estas personas puedan perdonarse, puedan amarse, puedan aceptarse tal como son, sin exigir nada al otro. Es un aspecto de la "kenosis" que ayuda a descender, a dudar de sus falsas seguridades, a buscar más allá de las personas la luz y la fuerza.

Esta purificación de la fe va llevando a confiar sólo en Dios, en ponerse permanentemente a su escucha, en reconocer que su fe es débil, infantil, más apoyada en aspectos humanos que en el espíritu del Señor. En este espejo de la comunidad pueden ver que su fe bautismal está muerta porque no saben amar gratuitamente y es necesario que esta fe se desarrolle y madure. Ayuda a experimentar la fuerza de la palabra y a conocer la dinámica de este caminar ver cómo actúa el espíritu en los hermanos, cómo la fidelidad a la palabra los va transformando, cómo sus vidas van adquiriendo otra autenticidad. Esta etapa precatecumenal en la que la persona actúa y vive con total libertad, sin que nada se le exija, sólo atenta a la palabra de Dios, termina con una convivencia de cuatro días que va marcando los mojones por donde discurre el camino.

En esta convivencia, catequesis y ritos unidos, se realiza un verdadero escrutinio -el primero- en que cada uno ha de examinarse a sí mismo, entrar en su interior en tres

puntos claves que darán la medida de conversión a la que se ha llegado en el tiempo transcurrido.

Este escrutinio condensado lo tiene la Iglesia en la primera parte del Ritual del bautismo y lo expone el RICA, nº 75ss. Allí se pregunta el nombre, se pregunta sobre la fe, se realiza un exorcismo y se hace la señal de la cruz, y se advierte a padres y padrinos de que han de enseñar al bautizado el amor al sólo y único Dios y no a los ídolos.

En esta convivencia, pues, se propone una encuesta donde cada uno ha de ver si realmente tiene fe, después del tiempo que ha sido iluminado por la palabra. El catequista expone una profunda catequesis sobre la fe que ayude a situar a cada uno en el camino de la verdadera fe. Siempre se constata que la fe o no se tiene o es débil e ineficaz, que no se tiene porque sí, sino que hay que pedirla con humildad.

Una segunda encuesta busca escrutar los ídolos que cada uno lleva en sí. Un ídolo que siempre domina es el de las riquezas, no sólo en el aspecto material sino en otros más sofisticados y difíciles de descubrir. Y para que aprendan a descubrir estos ídolos y poder renunciar a ellos, otra catequesis ilumina la situación.

Por último, una tercera encuesta sobre la cruz. La cruz es el signo de lo que nos destruye, de todo lo que desearemos alejar de nuestra vida. El hombre se pasa la vida huyendo de la cruz. Y sigue una catequesis sobre la Cruz gloriosa. La cruz es el secreto del cristiano, la llave para entrar en el camino seguro de la voluntad de Dios. En la cruz está la verdad y la vida y es el camino para la vida eterna. Jesús muriendo en la cruz destruyó la muerte y la hizo gloriosa al resucitar. En el amor a los enemigos, a todo lo que nos destruye, a la historia de cada día que

Dios hace con nosotros, sin rebelarnos sino acogiéndola como obra de su amor está el secreto para convertir la cruz en un camino glorioso, de sabiduría escondida y de vida nueva. Aquí aparece de nuevo la imagen del Siervo de Yavé, Jesucristo que “aprendió padeciendo a obedecer”, a conquistar la libertad y a abrirnos el camino de la vida eterna. Contemplar la cruz gloriosa es una experiencia profunda de liberación y una transformación de criterios y actitudes. Porque el cristiano por su fe está llamado a ser este Siervo de Yavé. Palabra que espanta y escandaliza para los que no tiene la sabiduría de la fe.

Termina la convivencia con una celebración en la que se realizan los cuatro ritos de la primera parte del bautismo.

La inscripción del nombre en el “libro de la vida”. Cada uno de los que quieren seguir adelante escribe su nombre en la Biblia. El nombre queda grabado en medio de la palabra de Dios. Al final del camino, los “elegidos”, volverán a inscribir su nombre y podrá constatarse la palabra del Señor: Cuántos fueron llamados y cuántos han sido elegidos.

A continuación viene el diálogo sobre la fe. ¿ A quién tienen que pedir la fe ? Es la Iglesia la que tiene la gracia de dar la fe y a ella hay que pedírsela.

Sigue un exorcismo en el que se representa la expulsión del demonio, principio de esclavitud y se imponen las manos pidiendo el don del Espíritu, principio de vida y libertad.

Por último, es necesario que cada uno tenga iluminada su cruz: persona o acontecimiento que está incidiendo en su vida y que desearía apartar. Es necesario que descu-

bra que esa cruz es un signo del amor de Dios. Es un gesto simbólico, el presidente unge la frente del catecúmeno haciendo la señal de la cruz. La Iglesia, simbolizada en los catequistas acoge a los neocatecúmenos y se comprometa a guiarlos por el camino escogido.

3. PASO AL CATECUMENADO

La etapa última del precatecumenado es la preparación inmediata para orientar convenientemente al espíritu y las disposiciones de fe para poder entrar por la puerta del catecumenado. La dispersión interior en que vive el aspirante en la primera parte del precatecumenado se ha centrado en tres puntos básicos: la autenticidad y sinceridad de su fe en el Dios único en cuyo amor y voluntad está la vida; la situación vital y existencial ante los ídolos que roban la gloria de Dios: los afectos desordenados, la esclavitud del dinero, el apego a los criterios del mundo; por último, la actitud ante la cruz que es tanto como decir a la propia historia vista desde el Siervo de Dios, que la ha hecho gloriosa.

El precatecúmeno cae en la cuenta de que tiene que humillarse más, morir a todo lo que no es voluntad de Dios, descender hasta el conocimiento profundo de sí mismo, de su propia realidad sin fantasías ni mentiras. Ha de entrar en la verdad, que es la humildad, para vaciarse de todo lo que oscurece y esclaviza el corazón. Reconocer que Dios no es el único para él, que son muchos los apegos que lo dominan y que la cruz no entra en sus planes e iluminar a quienes quieren entrar por la puerta del catecumenado. Ha de llegar a reconocer que nada sucede por

azar, que todo está conducido por el amor de Dios, que la historia personal es una obra del amor y de la misericordia de Dios, nada está mal hecho.

Para iluminar este proceso, la celebración de la Palabra, que sigue semanalmente, se dotará de un nuevo contenido: el estudio, presentación, celebración y reconocimiento interior de la Historia de la salvación. Esta historia se divide en diversas partes, empezando por Abraham hasta llegar al Apocalipsis. Se trata de descubrir y vivenciar lo que Dios ha hecho a través de la historia para la salvación del hombre. Esa historia es nuestra propia historia. Somos no sólo espectadores sino, de alguna manera, actores y destinatarios de esa historia. Detrás de tantas situaciones turbulentas, que parecen hasta absurdas, está la mano amorosa de Dios que se va a desplegar en la historia más insólita y salvadora, la de Cristo muerto y resucitado.

La preparación es muy vivencial y comunitaria. Cada grupo de cinco o de seis personas prepara cada uno de los temas que serán presentados semanalmente a la comunidad durante cinco semanas. Teniendo como punto de partida la lectura de la Biblia, en los pasajes correspondientes, sirviéndose de otros libros que tratan la respectiva historia, en la primera semana el equipo preparador proclama los textos más característicos del tema, acompañándolos con moniciones oportunas e ilustrativas. En una segunda semana, cada uno de los componentes del grupo da una catequesis sobre algún aspecto del tema. Todos son capaces, después de haberlo estudiado tanto más que no se trata de dar una fría instrucción sino una iluminación vivencial del tema. No se trata de hacer maestros en Escritura sino de hacer que la palabra se convierta en un mensaje de vida. En una tercera semana, la celebración será en pequeños

grupos en una de las casas. Es una verdadera celebración en la que tomando como base las preguntas referidas al tema que ha preparado el equipo, se trata de que cada uno descubra en sí mismo el mensaje salvador. Cada etapa de la historia de la salvación se ha cumplido en Jesucristo y ha verse cumplida en uno mismo. Una última celebración comunitaria proclamará, como es habitual, cuatro textos propios del tema. A continuación se celebra la convivencia mensual que tendrá como centro volver sobre el mismo tema, su incidencia en cada uno. La experiencia personal y comunitaria hace que el mensaje de salvación penetre en las actitudes de fe y en la iluminación de la propia vida. Estamos en una etapa de conversión más profunda para descubrir y acoger los planes de Dios de aprender a entrar en la voluntad de Dios por encima de todo.

Shemá

Al año de este proceso, se celebra una convivencia de tres días, la convivencia del “Shemá”. Es un momento único, fuerte y directo, que llama a la conversión: a poner a la persona en su experiencia actual para que vea si Dios, el único, es realmente para él el único, por cuya fidelidad y amor está dispuesto a abandonarlo todo, a tener un corazón libre. La proclamación de la palabra de las vírgenes, del sembrador y otras nos pone en guardia, no sea que nos hayamos dormido o descuidado o que no hayamos trabajado convenientemente nuestra tierra y nuestra fe haya quedado estéril. En tal caso no se puede pasar al catecumenado. La proclamación y catequesis del “kerigma” vuelve a colocarnos en el punto central donde nuestra fe debe asentarse. En el primer escrutinio se les entregó una palabra: “Ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres y

después, ven y sígueme". Es necesario poner la fe a prueba frente a todos los ídolos y es necesario constatar, de hecho, si se ha cumplido y cómo esta palabra. Unos han negociado con ella, otros no se la creyeron en toda su real exigencia, otros la han olvidado y pueden quedarse fuera y encontrarse con la puerta cerrada: "No os conozco". El dueño de este talento que es la fe vendrá a pedir cuenta de lo que nos dio. Sólo los que se hayan probado y tengan la lámpara encendida podrán entrar al banquete de bodas. El gran tesoro es Dios que se nos ha dado en Jesucristo y hay que arriesgarlo todo para poder adquirir en plenitud este tesoro.

Segundo escrutinio

El paso inmediato para acceder al catecumenado es un momento de excepcional importancia en este proceso neocatecumenal. Cuanto se anunció en el primer escrutinio y se volvió a hacer presente en el "Shemá", es necesario constatarlo de una manera real y efectiva para poder entrar con garantías en el catecumenado. El "Shemá" es la palabra que preside este momento: "Escucha Israel: Yavé, nuestro Dios, es el único Yavé. Amarás a Yavé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas" (Dt. 6,4-5). Se hacen presentes las palabras que Jesús dijo al joven rico: "Si quiere ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres. Después ven y sígueme". (Mt. 19,21). Es necesario poder constatar que este primer mandamiento que Jesús sitúa como principio y fuente del espíritu evangélico se ha convertido en una realidad. Es el mandamiento, la palabra, que Yavé dio a Israel y nunca la cumplió. Es la Palabra que Jesús acogió como razón de sus relaciones con el Padre y la cumplió hasta la muerte. Es la

palabra que se da al que busca un seguimiento real de Jesucristo.

En una convivencia de tres días, cada uno debe escrutarlo sinceramente ante Dios; la comunidad entera ha de escrutarlo también. Para ello, quien se prepara al catecumenado ha de hacerse consciente de su victoria o de su derrota ante las tentaciones fundamentales con que el demonio se contrapone a la voluntad de Dios. Como Jesús en el desierto ha de situarse ante las tres grandes tentaciones que experimentó el pueblo de Israel en el desierto, que experimentó el mismo Jesús y que todo hombre, que quiere llegar a confesar su fe en el Dios único experimenta. La fe siempre está puesta a prueba y para vencer, es necesario llegar a la raíz de los problemas que cuestionan la fe.

La primera tentación es la del pan, la búsqueda de la seguridad o de las seguridades. Son muchas las cosas que diariamente ofrecen al hombre una seguridad y a las que el hombre se agarra como tabla de salvación. Es necesario ver interiormente si la seguridad está en la que sale de Dios, en la fidelidad a la voluntad de Dios, si se vive "de la Palabra que sale de la boca de Dios". Nos encontramos con la seguridad que da el dinero, el poder, el trabajo, los afectos, etc. Y no es difícil que el demonio nos engañe y nos impida fundamentar la vida sobre roca firme.

La segunda tentación es la de la historia, la de poner a prueba al mismo Dios, la de rechazar la historia que Dios ha hecho con cada uno de nosotros y querer cambiarla por otra que consideramos mejor que la que Dios nos ha dado. Israel se rebeló muchas veces frente a la historia que Dios hacía con Él, puso a prueba a Yavé hasta dudar de su existencia y de su asistencia. También Jesús hubo de soportar la prueba

que Satán le pedía. ¿Por qué no forzar de Dios un milagro ante el pueblo que lo liberara de su vida oscura y lo presentara con todo poder y grandeza? Es preciso sanar la propia historia, aprender a verla como obra del amor personal de Dios y aceptarla con amor porque sólo ella llevará a la salvación. Dios todo lo hace bien y sus caminos son los caminos auténticos. Rebelarse contra ellos es negar el amor de Dios y caer en la mentira diabólica.

La tercera tentación es la tentación de los ídolos, la de suplantar a Dios por otras cosas, la de querer buscar a Dios por el camino de la adoración de los ídolos. Israel se fabricó su propio becerro de oro ante el que se inclinó reverente. A Jesús se le ofrecieron todas las riquezas del mundo. Y a cada uno de nosotros la llamada de los ídolos es persistente y astuta. Aquí vuelve a aparecer el dinero como símbolo de todos los ídolos que tentan al hombre ofreciéndole todo cuanto puede apetecer.

Cada uno personalmente y todos como comunidad, a la luz de esta palabra han de dilucidar sinceramente su situación. Desde el comienzo de la comunidad, después de haber escuchado la palabra, después de haber sido prevenidos e iluminados en el primer escrutinio y en el “Shema”, ha hecho un camino largo de conversión y este es el momento de dilucidarlo. El Señor nos escruta y nos conoce profundamente y, a la vez, vela por nosotros. En presencia de Dios tienen que ver como estaban en el momento de acoger la llamada al camino y como se encuentran en este momento. Qué ídolos los esclavizaban entonces, qué victoria han conseguido con la fuerza del Espíritu que se les entregó. Han de preguntarse si realmente han cumplido la palabra que se les dio para que la cumplieran de hecho: “Ve, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, sin que sepa tu mano izquierda lo que hace

tu derecha”. En definitiva, han de constatar si de hecho se han librado de las falsas seguridades, se han vaciado de sus apetencias humanas para vivir del amor y de la voluntad de Dios, en la precariedad de quien todo lo fía a este amor de Dios.

Este escrutinio es tan fundamental para el paso al catecumenado que no basta el discernimiento que cada uno hace de sí mismo, es necesario que los catequistas y la comunidad lo avalen. Despues de la convivencia, durante el tiempo que sea necesario la comunidad y los catequistas, como garantes de la misma, van escrutando uno a uno haciéndole entrar en toda la realidad, iluminando su situación, si no la tiene clara y exhortándole a la fidelidad. Se trata de comprobar si se ha llegado a la situación interior que el proceso catecumenal reclama para este momento. Las argucias del diablo son muchas y hay que desenmascararlas y ponerlas de manifiesto. Pasar al catecumenado sin tener aclarada la situación es hacer un mal a la misma persona. “Apoyado en la experiencia de las comunidades de un lugar u otro, se puede afirmar que la superación del segundo escrutinio marca profundamente a los hermanos y la vida en el futuro no será la misma”⁶⁴. Hacemos nuestra esta experiencia. Y no se trata de una terapia de grupo, ni de recursos puramente psicológicos, sino de discernir la acción del espíritu en la vida de fe de cada uno, lejos de todo moralismo vacío.

Terminado el escrutinio, los catequistas disciernen si la comunidad como tal ha logrado el punto de sazón y madurez requerido para pasar al catecumenado. Si sólo

64. Mons. R. Blázquez. Ibid.p.77.

fueran algunos hermanos a los que no se les considera preparados, se les deja abierto el escrutinio hasta otra oportunidad próxima para que en este tiempo de espera vayan consiguiendo la madurez requerida.

Si toda o la mayor parte de la comunidad está en condiciones de pedir el paso al catecumenado, éste se celebra con un rito apropiado. Este rito va precedido de una palabra abundante que recuerda siempre el “Shemá”, haciendo presente la alianza de Yavé con Abraham, con Jacob en la lucha con El, con el pueblo conducido por Josué a la tierra prometida: “Nosotros serviremos a Yavé” (Jos. 24,21).

La comunidad entera hace profesión de servir sólo a Dios y de arrojar de sí todos los ídolos. Y como signo y aval de la sinceridad de esta decisión, cada hermano arroja en el “cesto de los ídolos” un signo material que le recuerde esta alianza que hace. Este signo normalmente es en dinero, como símbolo de todos los demás ídolos. También pueden ser cosas u objetos que expresan los ídolos a los que cada uno estaba apegado. Este botín, generalmente cuantioso, se contabiliza y se transforma en dinero lo que puede venderse y se entrega al “anatema”: en este caso, se destina a los pobres de la parroquia o parroquias que hacen el escrutinio.

Cuando el hermano, con la palabra y con el gesto de renuncia, se decide a entregarse al Señor, pide al Presidente ser admitido en el catecumenado. La Iglesia lo acoge y lo fortalece con un nuevo exorcismo: expulsión del espíritu de Satanás que lo había tenido esclavizado y la donación del Espíritu por la imposición de las manos para que lo fortalezca en el combate que empieza.

Termina esta celebración con el “rito de la sal”. En el reformado Ritual del bautismo se ha suprimido el rito de

la sal que pervivió largo tiempo. No obstante, el RICA (89) lo admite como un rito auxiliar donde hubiere costumbre. Aquí adquiere este rito un profundo significado antes de iniciar el catecumenado. Es la “alianza de la sal” que es más valiosa que el oro. Este no sirve para mantener la vida, aquella, sí. Toda ofrenda a Yavé había de ser salada y pasada por el fuego. Jesús a los apóstoles les inculca que tengan sal dentro de ellos, que ellos mismos son la sal de la tierra que deben mantener su eficacia en medio del mundo. La sal degustada es signo de la sabiduría de Dios de la que debe llenarse el catecúmeno. La sal destruye la corrupción, lo que atenta contra la vida, y conserva la vida. La sal nos hace entrar de nuevo en Jesucristo muerto y resucitado, verdadera sal del mundo que previene al hombre de la corrupción y le da la vida. Cada uno, como ofrenda que se ha hecho a Dios, debe ser salado y pasado por el fuego de la cruz. Esta sal degustada es un signo “sacramental” que nos lleva a entrar en la comunión con Jesucristo.

Después de bendecida solemnemente, a cada uno se le entrega una piedrecita de sal, “la piedra blanca” de la que habla el Apocalipsis. El Presidente la entrega diciendo: “Recibe la sal de la sabiduría de Dios que ella te guarde para la vida eterna”. Es el “sacramento del catecúmeno”.

El realismo de este momento es francamente impresionante, la actitud de conversión es fuerte. Nada sitúa al hombre ante Dios, ante sí mismo y ante el mundo como este paso que ilumina y fortalece el camino de la vida. El camino de la conversión no termina nunca, pero aquí se ha dado un paso decisivo. Se ha entrado en la humildad, en la “kenosis”, en el vaciamiento interior, en la experiencia de que “sólo Dios basta” para dar paso a una nueva

etapa de sencillez, de infancia espiritual y caminar en la docilidad a la voluntad de Dios.

Por último, el catecúmeno debe mantener constantemente el espíritu de desprendimiento de los ídolos. La comunidad vivirá la comunión de bienes de modo que a ninguno le falte lo necesario y puede ayudar a las necesidades de los pobres, de la parroquia, de los catequistas y de promover la evangelización. El dinero es un enemigo permanente contra el que siempre hay que combatir de forma efectiva y no con vanos deseos.

4. EL CATECUMENADO

El catecúmeno es considerado por la Iglesia como un cristiano y ella lo va a conducir gradualmente en el conocimiento y en la experiencia del Dios al que ha acogido como su único Señor y en cuya voluntad quiere estar después de haber renunciado a los ídolos. Para llegar aquí, ha tenido que pasar por una experiencia de purificación interior, descubrir su precariedad, no escandalizarse de su condición pecadora porque “el justo peca siete veces” pero se levanta siete veces.

Ahora tiene que aprender a vivir en la simplicidad, en la sencillez de espíritu. Ha experimentado lo mal que se vive en las tinieblas, en la confusión y también ha experimentado la fuerza de la luz y del espíritu de Jesucristo para destruir todas las tinieblas. La luz va a descender sobre él a través de los distintos momentos de esta etapa fundamental del catecumenado; etapa necesariamente larga, de hondo calado catequético, en la que se van a ir desplegando ante sí todas las maravillas que Dios gratuitamente nos ha revelado. Sólo

un espíritu sencillo puede percibir con claridad la insondable riqueza de Dios, dada a conocer por Jesucristo.

El catecúmeno tendrá que aprender a vivir en precariedad que es la verdadera pobreza del espíritu. Y esta precariedad le dará un corazón totalmente libre, con la libertad que viene de Dios. Libre ante el dinero para tenerlo o no tenerlo: no será más su dios. Libre ante los afectos para tenerlos a no: la seguridad del corazón está sólo en Dios. Libre ante los acontecimientos porque todo será don y voluntad de Dios. Lejos de todo moralismo vacuo, irá recomponiendo todo su mundo interior y exterior, iluminado y apoyado en el Dios que se le ha manifestado y se le seguirá manifestando cada vez más potentemente.

El espíritu de precariedad le llevará a no proyectarse en el futuro, a vivir la realidad de cada día, porque sabe que Dios todo lo dispone con amor y para bien nuestro. Nada puede acontecer que no esté dentro de la voluntad de Dios. Habrá de mantener la lucha de Jacob con Yavé para experimentar que sólo Dios es fuerte y que en la alianza con Dios está nuestra propia fuerza: fuerte con Dios.

Al pasar al catecumenado, también cambia el ritmo de las celebraciones de palabra sin romper la continuidad con el paso precedente. Celebrados los momentos centrales de la Historia de la Salvación, el catecúmeno va a ir descubriendo con más inmediatez y vivencia esta misma historia de salvación a través de los personajes que han protagonizado esta historia hasta llevar a Jesucristo. Personajes que, si por una parte son tipo y antícpio de Jesucristo, por otra, también hablan a cada uno de nosotros, iluminando nuestra historia personal desde la fe iniciada. Verse implicado en la actitud de cada uno de estos personajes es descubrir al que anuncian, Jesucristo, y descubrir

nuestras propias actitudes ante la vida, la misión y el mensaje del mismo Jesucristo.

A cada personaje, empezando por Adán, si no es muy extenso, como Abraham, Moisés, se le dedican dos celebraciones. La primera es una celebración doméstica, en pequeños grupos, en una de las casas. En ella se leerán los textos correspondientes, se escrutará la palabra correspondiente sirviéndose de las notas y paralelos de la Biblia de Jerusalén y se pondrá en común lo escrutado en doble dirección: cómo se ve reflejada la persona de Cristo y cómo cada uno se ve reflejado en el personaje. No se trata de hacerse eruditos, de realizar una exégesis científica, sino de descubrir el mensaje y la actualidad de cada uno de los personajes. El catecúmeno ha de verse reflejado en cada uno de ellos con sus luces y sus sombras, con su propio pecado y con la acción graciosa de Dios. Fidelidades e infidelidades, orgullo y obediencia, venganza y amor, todo ayuda a descubrir la verdad de nuestro corazón. Y en medio de este bosquejo, aparece Jesucristo con todo su amor, su misericordia, su humildad, su fidelidad insobornable a la voluntad del Padre y con toda su fuerza liberadora.

Después de la celebración doméstica, este mismo personaje vuelve a celebrarse en una liturgia de la comunidad. Las cuatro lecturas con sus correspondientes moniciones, harán revivir el espíritu y el mensaje que el personaje encierra para todos y cada uno. Todo conduce a un mayor y mejor conocimiento de Jesucristo y del catecúmeno. En la convivencia que sigue, la comunidad volverá a revivir el ejercicio mediante la experiencia de todos y cada uno, proclamada en medio de la comunidad.

Este adentramiento paulatino en la historia de la salvación prepara para las etapas sucesivas. Uno de los defectos de la catequesis actual es haber olvidado el estudio de

la historia de la salvación tan recomendada por los Padres y, especialmente por San Agustín en su libro “Como catequizar a los ignorantes”. Porque todo esto prepara para entrar en la comprensión de la oración, del Credo y del Padrenuestro y en, general, de todos los sacramentos.

Iniciación a la oración

El catecumenado es un combate interior, el combate de la fe. Es necesario pertrechar al catecúmeno con las armas oportunas y adecuadas al carácter especial de este combate. Es un combate interior y las armas deben poder llevar a la victoria interior del hombre. Es un combate contra el espíritu del mal, contra la acción espiritual del demonio, el tentador, tremadamente fuerte e incisiva. Porque el demonio siempre atenta contra la fidelidad a Dios y más en aquel que ha sido llamado a vivir sólo de esta fidelidad. Frente al espíritu de las tinieblas sólo se puede luchar con las armas de la luz. Al catecúmeno se le ha exorcizado varias veces y varias veces se le han impuesto las manos invocando la venida del Espíritu. Es necesario dinamizar esta presencia y esta acción del Espíritu. A esto viene este momento de la iniciación en la oración para aprender a manejar, constante y habitualmente el arma más poderosa que el cristiano tiene para vencer en el combate de la fe frente a los enemigos que, de alguna manera anidan en su corazón. La mayor conciencia de la propia debilidad, la sencillez y precariedad de espíritu, lo disponen a vivir de la oración, a acudir a ella como una necesidad vital.

El tiempo de iniciación a la oración comienza con una convivencia de tres días a la que siguen siete catequesis bíblicas sobre la oración y concluye con la entrega del Libro de las Horas u Oficio divino.

¿Cómo podrá el catecúmeno caminar en la fidelidad al Dios único, triunfando sobre los ídolos? ¿Cómo podrá vivir el espíritu de la cruz, el amor al enemigo, el no resistir al mal siguiendo el ejemplo de Jesucristo? Solamente si empuña el arma de la oración siguiendo el ejemplo del Maestro que oraba constantemente. Porque la oración es un don de Dios, es el “agua que salta hasta la vida eterna”, es la energía interior del espíritu que actúa en el corazón del catecúmeno y lo ilumina, lo fortalece, lo recrea constantemente para que pueda hacer las obras que Dios quiere.

Es necesario pedir con insistencia, con humildad, desde el silencio del corazón, desde la conciencia de la propia indigencia, desde el sufrimiento de la necesidad, oportuna e importunamente, desde el gozo y el dolor, desde la angustia y desde la serenidad, para poder entrar en la voluntad de Dios, caminar subido a la cruz con paz y gozo. Toda una serie de personas que pasan al lado de Jesús nos enseñan cómo debe ser la oración. El primero el mismo Jesús a todas horas y, especialmente en Getsemaní; la Samaritana pidiendo el agua; los ciegos pidiendo ver; el publicano pidiendo misericordia; la viuda pidiendo justicia. Cada uno en su propia situación, en su precariedad, en su necesidad. Este “combate de la oración” es duro y hay que acostumbrarse a él bajo la acción del espíritu.

La Biblia tiene el libro más completo, más profundo y más potente para llevar al hombre a la oración: el libro de los salmos. En ellos se ora a Dios con palabras de Dios. Fue el libro de oración para Jesús como lo era diariamente para el pueblo de Israel: es el libro de oración para el nuevo Israel, la Iglesia. Orar con los salmos es orar con el mismo espíritu de Jesucristo reflejado en todos ellos. Este libro para la mayor parte de los cristianos es un libro

cerrado, sólo abierto a sacerdotes y religiosos. Así sólo una parte de la Iglesia ora cuando toda la Iglesia tiene que ser orante y todo cristiano tiene derecho a gozar de esta riqueza de los salmos donde encontrará el camino de la intimidad con Dios, de su presencia en cualquier situación en que se encuentre. Sin la oración y sin esta oración bíblica y eclesial no se puede andar el camino, pronto vendrá el desfallecimiento. Esta oración será el motor que, desde dentro, alimente la fe, impulse la esperanza y anime el amor a Dios. Sin ella nada se podrá.

Una liturgia en la que se proclaman textos bíblicos que abran la mente y el corazón al rito de la entrega del salterio pone fin a este momento. En esta liturgia de nuevo se realiza un exorcismo como el de Jesús expulsando al demonio sordo y mudo. Es necesario abrir el espíritu del catecúmeno para que pueda escuchar a Dios que habla y ora en los salmos y darle el nuevo espíritu para poder proclamar las maravillas de Dios y así entrar en la bendición a la que el catecúmeno está llamado. Después se hace entrega del Libro de las Horas, que, junto con la Biblia, debe acompañar siempre al catecúmeno. Se cumple así una de las recomendaciones del Concilio: “Que también los laicos reciten el oficio divino, bien con los sacerdotes o reunidos entre sí, e incluso solos”⁶⁵.

El proceso celebrativo ahora conlleva una novedad. La celebración doméstica estará centrada en escrutar un salmo con un fondo cristológico y vivencial. Los salmos se van escrutando cada quince días según el orden de la Escritura en actitud de oración. Leído el salmo, se con-

fronta con las notas y paralelos que lo acompañan. Y en actitud de oración, a la luz del espíritu, el catecúmeno ha de discernir cómo el salmo se ha cumplido en Jesucristo y cómo se está cumpliendo en sí mismo. Esta doble interiorización ya es oración y una llamada constante a la presencia de Cristo en la vida. “A la lectura de la Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando escuchamos sus palabras” y “desconocer la Escritura es desconocer a Cristo”⁶⁶ que está presente en toda ella.

Otra novedad es el rezo diario de Laúdes antes de ir al trabajo o de empezar las faenas de la casa. Habrá que medir el tiempo para no andar con prisas que son un obstáculo para una oración provechosa. Los matrimonios deben rezar laúdes juntos aunque sólo uno vaya a trabajar y el otro se quede. Es la pequeña iglesia que ora con la oración de la Iglesia. Al rezo de los salmos de pie y de la lectura breve, se añade la lectura del Oficio de Lecturas y a continuación se abre la Biblia y se proclama un pasaje evangélico, bien al azar, bien el que corresponde a la lectura del día. A continuación se tienen 15 minutos de oración personal silenciosa, en actitud orante, en lucha con las distracciones, con la imaginación, sosegados y en paz. La fidelidad a esta oración es necesaria para vivir el día en la alabanza divina y dar al trabajo toda su fecundidad humana.

Otra novedad de este momento es la oración en familia. Han de orar los padres con los hijos de modo que realicen con ellos una verdadera acción catequética. Para ello,

todos los domingos, a la hora oportuna, se reunirán los padres con los hijos para rezar Laúdes. A los hijos mayores se les invita a participar aunque no es bueno obligarles. Los niños han de sentirse parte de la comunidad de los padres, especialmente los que han hecho la primera comunión y la comunidad en un acto sencillo los ha acogido como miembros hasta que ellos se integren en su propia comunidad o tomen otra decisión.

En esta celebración en la que los niños según la edad pueden participar leyendo algún salmo, los padres le irán explicando la historia de la salvación y respondiendo a las preguntas que los niños puedan hacerles. De esta manera y desde un primer momento van transmitiendo la fe a los hijos. La experiencia nos dice que esta celebración doméstica dominical es de enorme trascendencia para los hijos. Familiarizarse con la palabra de Dios, despertar el espíritu de oración y de confianza en Dios, ir descubriendo las verdades fundamentales de nuestra fe de forma paulatina y adecuada, el ejemplo y la vivencia de los padres despierta en los niños el deseo de seguir los pasos de sus mayores. Es un verdadero hallazgo catequético que supera cuanto en la catequesis parroquial o en la escuela puedan aprender. Según el testimonio de los maestros y catequistas de niños, los hijos de padres catecúmenos tienen una vivencia y una claridad espiritual superior al resto.

Entrega del símbolo de la fe. (Traditio)

En el proceso de iniciación cristiana un momento de singular importancia catequética es la “entrega del Símbolo de la fe”, el Credo de la Iglesia católica. Es la fe de la Iglesia la que ha de confesar el catecúmeno para poder acceder al bautismo o a la renovación de las promesas bau-

tismales y, en general, a los sacramentos de la iniciación cristiana. La profesión y confesión del Credo, tal como la Iglesia lo ha recibido por “tradición” garantiza y expresa la legitimidad de la verdadera fe sin la cual no se puede acceder al bautismo.

El Símbolo concentra toda la catequesis de la Iglesia, expresa en una síntesis completa todo el contenido de nuestra fe, toda la riqueza del “kerigma” apostólico, nos adentra en la realidad trinitaria del Dios vivo y en la misión trinitaria hacia el mundo. La maravilla que Dios es y las maravillas que Dios ha realizado y sigue realizando se contienen en el Credo. Él es el “santo y seña” del cristiano que tiene una fe iluminada y operante. Toda catequesis debe girar en torno al Credo tal como lo hemos heredado y tal como la Iglesia, depositaria de esta herencia, nos lo propone. “Como el grano de mostaza contiene en un grano muy pequeño multitud de ramas, de igual modo, este resumen de la fe encierra en pocas palabras todo el conocimiento de la verdadera piedad contenido en el Antiguo y Nuevo Testamento” (San Cirilo: Cat. III). Pero no basta “saber” el Credo que, tal vez, desde niños repetimos de una forma rutinaria; es necesario “saborearlo”, convertirlo en vivencia propia para que la fe con la que creemos esté iluminada y nutrita de aquellas verdades que creemos. Porque el Credo no sólo ha de ser confesado con palabras sino con el corazón para poder proclamarlo ante los hombres. Los contenidos de la fe han de ser aceptados y a la vez explicitados en la propia vida de forma que el catecúmeno llegue a ser testigo de la fe recibida en la que ha encontrado su razón de ser y de vivir y ha aprendido a contemplar su propia historia como obra del amor de Dios. La confesión del “kerigma” se dilata y

enriquece en la confesión de fe desarrollada en el Credo apostólico. La Iglesia se hace luz cuando transmite esta fe a los hombres. El estudio, meditación, celebración y asimilación del Credo forma la parte catequética fundamental del catecumenado. La experiencia de fe vivida hasta aquí de forma muy personal, en este momento adquiere una garantía y una significación eclesial que robustece y orienta la misma fe. Es natural que este momento dure varios años y sea un acontecimiento de maduración de la fe eclesial.

También este momento comienza con una convivencia de tres días. Estas convivencias iniciales de cada paso o momento importante son una profusión de luz y de energía espiritual que impulsa todo el proceso subsiguiente, lo dilucida siempre a la luz de la palabra de Dios y suponen un punto de avance de todo el camino. De ahí la importancia que tienen por los contenidos catequéticos, la resonancia de la palabra y la significatividad de los ritos.

Situados en un proceso avanzado de fe, es necesario tomar el pulso a esta fe, cómo ha ido iluminando la fe, hasta qué punto el catecúmeno ha aprendido por la iluminación y la experiencia de la palabra a ver la presencia y la acción de Dios en todas las cosas, en la propia vida, en la propia historia. La palabra que siempre está al fondo, verdadero foco iluminador del camino, es el “kerigma” desde donde Dios nos ha dado a conocer su poder, su misericordia y su salvación.

La “traditio simboli” es una entrega que tendrá su “reditio”; es decir, su devolución. Se nos entrega la fe para que confesemos la fe porque la fe que no se confiesa es inoperante. Recordamos la parábola de los talentos: “cinco talentos me diste y te devuelvo otros cinco”. Se entrega el

Credo y hay que devolverlo multiplicado después de que haya germinado en el espíritu del catecúmeno.

Escrutar la propia fe no es una empresa fácil; necesita una gran carga de luz y de sinceridad. Porque somos ciegos para ver la obra de luz en nosotros, para escuchar y acoger la palabra de Dios que es luz y vida. Hay que lavarse en la piscina de Siloé, del Enviado, para poder recobrar la vista y ser iluminados para confesar con la palabra y el corazón ante los hombres que Jesús es el Señor y así alcanzar la vida eterna. Sirve de marco evangélico para escrutar la propia fe la curación del ciego de nacimiento (Jn.9,1-41). Es un pasaje con una gran carga catecumenal con todo el trasfondo del bautismo como iluminación y con la secuencia de la confesión de fe. Un ciego de nacimiento, que nunca ha visto la realidad que le circunda, tranquilo en su ceguera, curado por las aguas del Enviado, que ha untado sus ojos con la saliva de la palabra y ha confesado que aquel que le ha abierto los ojos es el Señor.

El catecúmeno ha de constatar si realmente antes de entrar en el camino era ciego, qué es lo que no veía, cómo, cuándo y por qué se le han abierto los ojos, qué es lo que ha empezado a ver, quién le ha abierto los ojos y qué piensa de aquel que se los ha abierto. Y toda esta confesión de la actitud y el dinamismo de su fe no puede hacerlo desde teorías aprendidas en un libro sino desde la constatación de su propia experiencia vital. No se trata de repetir doctrinas de Santo Tomás o de cualquier catecismo sino de ver hasta qué punto en él se ha ido realizando el milagro del ciego que le ha hecho pasar de la tinieblas a la luz, de la confusión a una fe explícita y actuante. Todos, personalmente y por equipos, han de hacer una cala profunda en su realidad íntima para descubrir la obra de Dios, para

que aparezca su poder y su gloria, para que sea manifestado a los hombres, por su testimonio, las maravillas que Dios hace en cada hombre que se somete a la obediencia de la fe.

La convivencia termina con un rito que pone en marcha la nueva etapa: por una parte la entrega del Credo de parte de la Iglesia, y por otra, el envío al anuncio del Evangelio por las casas de la parroquia.

Teniendo delante la afirmación de San Cirilo: "Al aprender y profesar la fe, adhiérete y conserva solamente lo que ahora te entrega la Iglesia, la única que las Santas Escrituras acreditan y defienden" (Cat.V). Los catecúmenos reciben el Credo de la Iglesia adulta, representada en los hermanos de las comunidades que ya han dado este paso. Mientras estos hermanos cantan el Credo, los catecúmenos escuchan y acogen en silencio para terminar con el amén de la aceptación.

Al aceptar el Credo han de aceptar también ser enviados a proclamar el evangelio que han recibido, a testimoniar la fe que la Iglesia les ha regalado. Proclamar a todos el "kerigma" que han recibido, que los está salvando, que los ha liberado de la muerte y que ha de ser conocido por todos los hombres. "Lo que gratis habéis recibido, dadlo gratis" (Mt.10,8). Se pide libremente el consentimiento de la comunidad para aceptar ser enviados.

Se va a esta misión en nombre de Jesucristo y de la Iglesia, no en nombre propio ni para hacer proselitismo. Las armas son las armas del Espíritu que también en un exorcismo, la Iglesia les entrega "para que no hablen vanamente sino en aquel poder y gracia con que Jesucristo libró al hombre del mal".

Desde este momento, cambia el proceso catequético. Las celebraciones se centrarán en el estudio, meditación y celebración de cada uno de los artículos del Credo. Y lo harán de forma comunitaria y activa. Se divide la comunidad en grupos y a cada uno se le asigna un artículo. Durante un tiempo, el equipo prepara el tema sirviéndose de la Escritura y de otros libros oportunos. En una primera celebración se presentará el artículo proclamando las lecturas escogidas de la Biblia, intercalando los cantos y, al final, uno del grupo dará una catequesis sobre el artículo respectivo. En una segunda celebración, doméstica y por grupos, se proclamarán tres pasajes de la Escritura previamente señalados por el equipo y se hará una reflexión personal y vivencial sobre la incidencia del artículo en la propia vida de fe. En una tercera celebración comunitaria se proclaman cuatro textos, los hermanos del equipo dan su propia experiencia así como los demás hermanos que quieran hacerlo. En una cuarta celebración, antes de la convivencia mensual, se volverá a escrutar en celebración doméstica el salmo correspondiente.

La misión a la que son enviados ha de hacerse por las casas de la parroquia. De dos en dos, hombres y mujeres separados, se distribuyen las calles de la parroquia y cada pareja va a visitar a las familias que le corresponde. Naturalmente ha de hacerse con la autorización del párroco y llevando un aval de presentación del mismo. No se trata de hacer proselitismo ni de la parroquia ni del camino sino de anunciar a Jesucristo llevando la paz a las casas. Es una proclamación del “kerigma” en forma condensada y vivencial, explicitando lo que Jesucristo ha hecho en cada uno de ellos. Siempre se proclama una palabra, y se ora pidiendo por las necesidades de esta familia. Si se encuen-

tran con problemas que ellos no pueden resolver, los remiten al párroco.

Acaece con frecuencia en los matrimonios que sólo uno de ellos camina en la comunidad. Entonces se le encomienda la misión doméstica; es decir, durante este tiempo de misión deja de asistir a las celebraciones normales de la comunidad para entregarse plenamente a su misión de esposo o esposa con el otro cónyuge procurando encontrar ahí la voluntad de Dios. Si pasado este tiempo, cree oportuno volver a la comunidad, hará también la profesión de fe. Si cree que el Señor le llama a seguir en esa misión doméstica, deja la comunidad.

Esta etapa es tan importante para iluminar, fortalecer y madurar la fe de los catecúmenos que, pasado cierto tiempo, vuelve a repetirse la misma convivencia (retradiccio). El catecúmeno, más iluminado, vuelve a replantearse la sinceridad y fortaleza de su fe.

Ciertamente sabemos que no es igual confesar la fe en el santuario de la propia conciencia haciendo de la fe algo exclusivamente personal y privado que proclamarla libremente ante las gentes que no conoces y cuya situación ignoras. Porque la fe madura al proclamarla ante los demás, se descubre que es un verdadero don. Al contraste con la vida de los demás se aprecia la acción de la fe en uno mismo, se descubre la propia debilidad y la necesidad de la oración. Es un medio para hacer del catecúmeno un testigo y un apóstol. Es una experiencia dura y gratificante a la vez y hay que vencer muchas dificultades interiores para imponerse la visita a las casas una vez por semana. Si la familia lo desea, pueden volver a visitarla.

Devolución del símbolo (Redditio)

Para poder acceder al bautismo, antes hay que profesar la fe de la Iglesia tal como se nos transmite en el Credo. En este proceso catecumenal hacia el bautismo éste es el momento en que el catecúmeno, bautizado o no, (RICA.c. V) ha de hacer la profesión de fe. Y es necesario confesar y testificar esta fe con el corazón, las palabras y los hechos. Los catecúmenos, a los que en la etapa anterior se les entregó el Credo, como símbolo, resumen y entraña de nuestra fe, ya han hecho un primer signo de esta confesión a través de las visitas a las familias de la parroquia, allí donde fueron recibidos. Han tenido que proclamar el “kerigma” desde su propia experiencia de fe a lo largo del camino y exponer ante los demás no sólo lo que Dios ha hecho, sino también lo que Dios ha hecho en cada uno de ellos y en sus hermanos. Es preciso poner en juego su propia vida, su propia realidad, dónde estaban y a dónde y por dónde los ha llevado el Señor. No pueden recitar unas palabras escuchadas o aprendidas, como suele ocurrir en una catequesis de niños, sino hablar con franqueza y libertad de la obra de Dios en ellos. Que puedan decir como los samaritanos a la samaritana que los puso delante de Jesús: “Ya no creemos por tus palabras que nosotros mismos hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn.4,42). Hemos visto y sabemos que Jesús nos ha salvado de todas las esclavitudes y nos ha llevado al reino de la verdad. Han visto la obra del Padre, dador gratuito de la vida que nos ha llamado a la divina filiación. Han visto la obra del Hijo que por un amor también gratuito se ha ofrecido por los pecados y nos ha abierto el camino de la salvación. Han visto la obra del Espíritu que ilumina y transforma la vida en la lucha con el espíritu del mal.

A lo largo de este tiempo la fe se ha hecho experiencia que se puede contar. Como Marta y María cuando vieron a Lázaro resucitado; como el ciego cuando pudo ver la luz; como la samaritana cuando ve iluminada su historia; como la Magdalena cuando ve perdonados sus pecados. Han visto “milagros” y por eso pueden ser testigos de las obras que Dios hace por la fe (Cfr.Heb,11).

Para preparar la “redditio”, que tendrá lugar delante de la asamblea parroquial, precede una convivencia de toda la comunidad. El fondo catequético que prepara el espíritu es la parábola de los talentos(Mt.25,14-30). En la “traditio”, especialmente, al catecúmeno se le han dado unos talentos y se le han dado para que los negociara, para que los hiciese producir. Se le ha dado el talento de la fe en Cristo Señor, que es el mismo Jesucristo. Se lo entregó la Iglesia que es la que posee las riquezas de la fe y lo envió durante un tiempo para que lo pusiera en juego. Ahora, en la “redditio” el catecúmeno ha de dar razón de su preocupación por multiplicar este talento. Y para ello, se le dio la gracia del Espíritu. A cada uno se le dio según su capacidad. No se le pedirá más de lo que pueda exigírselle: al que recibió cinco, cinco; al que recibió dos, dos. Sólo éstos pueden entrar en el banquete por su fidelidad, no así el que por miedo no se atrevió a negociar. Este no estaba convencido de la misión a la que se le enviaba, le faltaba madurar, no confiaba en la fuerza del poder de Dios, no conocía verdaderamente a Dios. Confesar la fe supone energía interior, voluntad firme, confianza en el que envía. Porque la fe no se proclama a título personal, como un acto propio de bondad, sino en nombre de la Iglesia y con la garantía del Espíritu. Si uno ha de arrostrar dificultades, desprecios, desplantes, tergiversaciones por el

Evangelio no lo puede hacer apoyado en sí mismo. Nadie puede ir al martirio porque sí, sino por la “obediencia de la fe”. “Sin Mi, nada podéis hacer” que sea digno de la vida eterna.

Se ha de escrutar el catecúmeno no sólo si cree, sino por qué cree. Ciertamente apoyado en el magisterio de la Iglesia, pero también ha de dar razón de su fe a través de lo que esta fe ha operado en él, en qué medida ha enriquecido su vida. Y esta fe ha de ser completa, tal y como se contiene en el Credo. Por qué cree en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu. Qué han operado en El. Si la Trinidad se da, en qué medida reconoce que se le ha dado a él y así poder testimoniarlo.

El rito con que se celebra esta devolución del Credo o “redditio” tiene lugar por la tarde en el rezo de Vísperas y en las misas dominicales. Está invitada la parroquia así como las comunidades, especialmente las que ya han dado este paso. Aquejlos que, después del escrutinio de la propia comunidad, hayan sido considerados en forma para hacer la “redditio”, uno por uno harán pública profesión de su fe. Siempre se celebra durante los días de la cuaresma.

Rezadas las Vísperas, se lee y comenta por el catequista un texto bíblico adecuado preparando a la asamblea para la profesión de fe.

El catecúmeno se acerca al celebrante que pronuncia sobre él el “effetá” para que pueda proclamar de viva voz la fe que ha escuchado. A continuación hace la profesión de fe proclamando cuanto Dios, uno y trino, ha hecho en su vida, terminando con la recitación del Credo. Así aparece la vida iluminada por la fe, se le exhorta a la perseverancia para mantener la fe recibida y confesada con las

palabras de Pablo a Timoteo (1Tm 6,13). Se termina con la imposición de las manos invocando al Espíritu sobre el catecúmeno.

Esta profesión de fe personal de cada catecúmeno termina con la profesión de fe comunitaria en la liturgia del domingo de Ramos. A los catecúmenos que han profesado la fe se les entrega una palma verde e irán en procesión pública hasta el lugar donde se celebra la Eucaristía. Irán acompañados de otras comunidades y de cuantos quieren asociarse y, como comunidad, cantarán solemnemente el Credo. Esta palma verde será el testimonio de la fe que han profesado que puede llevarlos hasta el martirio, suprema confesión de fe. Durante todo el año penderá de sus balcones recordando la profesión que han hecho y como testigo de que allí habita un cristiano que ha hecho pública confesión de su fe.

A partir de la “redditio”, en que han confesado su fe delante de la Iglesia, los catecúmenos empezarán a realizar una “pastoral de mediación” dentro de la parroquia. En este proceso gradual es necesario que el catecúmeno se ejerze en la misión a la que ha sido llamado. Según sus capacidades y su propia disposición, de acuerdo con el párroco habrán de asumir los trabajos pastorales que él designe: caridad, liturgia, catequesis, etc. No puede dar catequesis quien no tenga consolidada su fe y experimentado la importancia de transmitir lo que uno ha recibido. Una de las causas del fracaso de muchas catequesis es que se intenta transmitir ideas o saberes carentes del componente vital que da la fe vivida y experimentada.

El catecumenado prepara hombres que hayan percibido profundamente la grandeza y el dinamismo de la fe de donde le nazca el impulso de darlo a conocer siendo testi-

gos del mismo mensaje que transmiten. Dentro de las acciones normales de la parroquia, que los catecúmenos habrán de asumir en comunión con los demás grupos actuantes ya que no vienen a suplantar a nadie, habrá otras necesidades y misiones que el párroco puede encenderles. Todo a su tiempo y en su momento. Y este es el momento en que los que han profesado la fe y la van a seguir madurando en las etapas siguientes, se asomen de una manera más activa al mundo de la parroquia para ejercer su misión de enviados a los que están más cerca. Sin olvidar que no son pocos los que sienten su llamada a la "itinerancia" para dejarlo todo e ir a evangelizar a otros pueblos y naciones donde son requeridos o en las parroquias de la misma diócesis donde los párrocos quieran abrirse al camino. Otros optan por la vocación sacerdotal o religiosa y parten a donde su carisma, bien discernido, los lleva. No se puede enviar al catecúmeno cuando apenas ha empezado a gustar y percibir los destellos de la fe sino cuando esta fe se ha consolidado e iluminado.

Entrega del Padre Nuestro

El bautismo, al que se dirige el catecúmeno, implica la conformación con Cristo, Hijo de Dios y la participación de su espíritu de Hijo. En esta etapa final del catecumenado, la iniciación a la vida cristiana se hace más profunda, más existencial y más gozosa. La entrega del Padre Nuestro, de la Oración del Señor, abre la puerta del corazón del hombre hacia los más grandes misterios que iluminan con luz más potente la profundidad y la grandeza de la vida en Cristo. Desvelando el gran misterio de Dios, en su realidad de Padre que nos llama a participar de su vida como hijos, se desvela el gran secreto de la personali-

dad auténtica de hombre como hijo del Padre. Se nos manifiesta lo que somos y lo que seremos. "Ahora somos hijos de Dios y aún no se nos ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste seremos semejantes a El porque lo veremos tal cual es". (1Jn 3,2-3).

En el Credo confesamos a Dios como Padre, pero como Padre de Jesucristo. En el Padrenuestro, la palabra de Jesús da un paso en profundidad para desvelarnos que aquel a quien El llama su Padre también es nuestro Padre y como a Padre podemos dirigirnos a El. Los Padres de la Iglesia sienten un gran estremecimiento al entrar en lo sorprendente de esta palabra. La misma liturgia eucarística cuando nos invita a proclamar la Oración dominical lo hace con cierto temblor: "Aleccionados por la Palabra y transformados por el sacramento del bautismo, nos atrevemos a decir..." (Cfr.R.Bláquez:p.82.nota) "Ninguno de nosotros se atrevería a pronunciar este nombre en la oración si El no nos lo hubiera permitido" (S. Cipriano.). Y San Gregorio de Nisa, el místico capadocio, nos dice: "Qué corazón habría que tener para poder usar esta palabra: Padre. Qué intimidad tendríamos que tener para poder decir esta palabra que expresa su inefable naturaleza, qué corazón hay que tener para reconocer que la naturaleza de Dios es bondad, santidad, potencia, gloria, pureza, eternidad. Está claro que ningún hombre razonable se permitiría nunca usar este nombre de Abbá, Padre, si no reconociese que existe una semejanza entre Dios y él". De esta nueva generación por el Padre debe nacer en el hombre, el bien, la santidad, la gloria, la eternidad.

En la Oración dominical tocamos el extremo del misterio de Dios, Uno y Trino, y el misterio del hombre en su radicalidad más profunda. El ser más trascendente y re-

creador del hombre, al que Dios se le revela como Padre y el que llama al mismo hombre a participar de la divina naturaleza, a ser hijos de Dios en verdad. El Hijo que participa de nuestra humana naturaleza nos reengendra haciéndonos participar de su naturaleza divina con una realidad más que adoptiva. El ser del hombre alcanza aquí su máxima realización y la cima de su personalidad. Entre los dones preciosos que Dios nos ha dado, en la raíz está el “habernos hecho copartícipes (consortes) de la divina naturaleza”, como afirma San Pedro.

Al catecúmeno se le llama a ser “templo de Dios”, a ser poseído del espíritu de Dios, del Espíritu de Jesucristo, para hacer las obras de Dios, las obras del Padre tal como el Hijo nos lo ha dado a conocer y el Espíritu nos enseña. En el bautismo el catecúmeno recibirá la acción de la Trinidad, no de forma transitoria, sino para que viva y actúe en él. Será un hombre nuevo, el hombre del espíritu. Para ello, ha de renunciar al hombre viejo, al hombre que se guía por la catequesis del mundo, el demonio y la carne. Será revestido de la condición sacerdotal para que pueda ofrecer a Dios la alabanza y el sacrificio digno de Dios porque nace del espíritu del Hijo, y del Espíritu “que ora en nosotros con gemidos inefables”.

Esta primera convivencia y las catequesis y celebraciones que le siguen preparan para un gran combate en el interior del hombre. Es el combate que Jesús mantuvo con los fariseos (Jn 8). Para ser hijos de Dios, hay que hacer las obras que el Padre nos ha encomendado, las mismas que ha hecho el Hijo: vivir de la voluntad del Padre, agradar siempre al Padre, creer en el que el Padre ha enviado, el que ha vivido siempre buscando la voluntad del Padre de la que ha hecho su comida y su alimento. Para ello, hay que destruir

nar el ídolo de nuestro yo para poner allí al Padre de cuya voluntad el hombre puede vivir en paz y seguridad. Sólo escuchando al Hijo y poseyendo su espíritu podemos hacer las obras del Hijo: el amor a la cruz, el amor al enemigo en la dimensión de la misma cruz, el amar nuestra historia como obra del amor de Dios. En una palabra, vivir gozosamente pendientes del amor del Padre a quien el Hijo nos la ha dado y nos lo da a conocer. Sólo por este Espíritu podemos llamar a Dios Abbá. El que hace las obras del Padre ese es hijo de Dios, como Jesús, Hijo de Dios, hacía las obras que había visto a su Padre. Quien hace las obras del mundo, del demonio y la carne, ese no es hijo de Dios. “Es necesario acordarnos, cuando llamamos a Dios Padre, de que debemos comportarnos como hijos de Dios” (San Cipriano). Y San Juan Crisóstomo puntualiza más: “No podéis llamar Padre vuestro a Dios si mantenéis un espíritu cruel e inhumano, porque, en ese caso, ya no tenéis en vosotros la señal de la bondad de Dios”.

Jesús, en la diatriba con los fariseos, es contundente: vosotros decís que tenéis por padre a Abraham. Si así fuera, haríais las obras de Abraham, que vio mi día y se regocijó. También decís que tenéis por Padre a Dios, y no hacéis la obra de Dios, que creáis la palabra del que el Padre ha enviado. Vosotros sois hijos del diablo, el padre de la mentira, por esos sois hijos del diablo. No basta que digáis que sois hijos de Abraham porque descendéis de él, si no hacéis las obras de Abraham, si no vivís la fe, la docilidad a Dios, como él la vivió. No basta estar bautizado para considerarse hijo de Dios, es necesario hacer obras dignas de tal Padre: el perdón, la misericordia, la confianza total, huir de toda murmuración y juicio, dejarse llevar por el Espíritu que El nos ha dado.

El proceso para entrar en esta experiencia de la paternidad divina, en el secreto de la vida y de la manifestación de Dios Padre y con El, del Hijo y del Espíritu, es a través de escudriñar, escrutar la palabra de Dios, así como Jesucristo nos manda. Esta Palabra que tiene en sí la lucidez del Espíritu que nos hará entrar en la alabanza y la contemplación del Dios que mora en nosotros.

Se divide el Padrenuestro en ocho partes: - Padrenuestro que estas en los cielos, -santificado sea tu Nombre.. La comunidad se divide en ocho grupos y a cada grupo se le asigna una parte. El grupo, durante el tiempo conveniente preparará su parte sirviéndose principalmente de la Biblia, escrutándola, y de otros tratados sobre el Padrenuestro, especialmente de los Padres, que escribieron hermosas páginas para los catecúmenos. En el día de la semana señalado, se celebrará la palabra en comunidad con las cuatro lecturas a las que se añade una catequesis sobre el tema por uno del grupo que ha preparado. Los otros componentes del grupo aportan su experiencia.

Los dos domingos siguientes, los miembros de la comunidad personalmente, en su casa, escrutarán, la petición correspondiente. La escribirán según lo que cada uno ha logrado escrutar e interiorizar. Durante la semana, por grupos, hacen una celebración doméstica donde se pone en común lo escrutado. La semana siguiente se celebra la palabra en comunidad y, los que deseen, aportan también su experiencia. Sobre ello se volverá en la convivencia comunitaria que ha de seguir a esta celebración.

Junto con la novedad de escrutar la palabra siguiendo una pedagogía activa al alcance de cualquiera (no hace falta ser expertos en Escritura), otra novedad que aporta este paso es el nombramiento de garantes o hermanos que

ayuden a los otros a caminar. Son verdaderos servidores de los hermanos que hacen las veces de padrinos, tal como se prescribe en el RICA, 144. Son testigos de la fidelidad del espíritu del Señor.

En la práctica, según el número de hermanos que componen la comunidad, se hacen grupos de siete u ocho hermanos y se nombra un garante para cada grupo. Este se reúne una vez por mes, en ambiente de oración. En esta reunión cada hermano ha de aportar su situación, sus dudas, problemas, crisis, experiencias, vivencias a fin de que los demás hermanos, y especialmente el garante, puedan ayudarle en la situación en que se encuentre. Los garantes serán testigos, junto con toda la comunidad, en el momento oportuno de cómo el catecúmeno ha dado signos de una fe madura.

Esta entrega del Padrenuestro es una segunda iniciación a la oración. La primera fue la entrega del Libro de las Horas. Iniciado en la oración, el catecúmeno puede entrar en el conocimiento, celebración y experiencia del misterio de la oración dominical. Además del rezo de Lades como se exhortó en el rito de la iniciación a la oración, desde ahora han de rezar además la Hora intermedia y Vísperas en los momentos oportunos, uniéndose así a la oración de toda la Iglesia y viviendo su misión sacerdotal unida a todo el Cuerpo de Cristo y a Cristo mismo que ora siempre ante el Padre. Esta actitud orante ha de durar toda la vida.

El estudio, la celebración y la contemplación de la paternidad de Dios llevan al catecúmeno al conocimiento de otro misterio: la Maternidad de María. "Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a María por Madre". El itinerario de fe que ha de recorrer el catecúmeno tiene su correlato en el itinerario de fe que hubo de recorrer María, como Juan Pablo II

expone tan bellamente en su Encíclica *Redemptoris Mater*. La fidelidad a la escucha y al seguimiento de la Palabra de Dios, la gestación del hombre nuevo, la santificación de su propia historia, la experiencia de la cruz, la docilidad a la voluntad del Padre; todo esto que María vivió en su andadura mortal de forma tan sublime, es lo mismo que debe vivir el catecúmeno hasta conformarse con Cristo y engendrar en él un hombre nuevo, Jesucristo mismo. María nos descubre a Cristo al que hemos de conformarnos de la manera más perfecta en este camino de fe.

En María también se nos hace patente el misterio de la Iglesia. Madre de Cristo y Madre del Cuerpo místico, su ejemplo, su donación y su presencia activa iluminan y potencian el camino de la fe. Entrar en el misterio de María como parte del misterio de Cristo, más allá de pías devociones, nos hace más sensibles y acogedores de toda la historia de la salvación.

Para vivir este momento, la comunidad realiza una peregrinación a Loreto donde, según la tradición se conserva la casa de María donde tuvo lugar el misterio de la Encarnación del Señor y de la Maternidad de María. Dios nos llama a hacer una familia y familias como la de Nazaret teniendo a Dios por Padre y a María por Madre y así poder vivir en humildad, sencillez y alabanza.

En esta peregrinación se renovará la profesión de fe ante el sepulcro de Pedro y en la basílica de San Pablo, en el Coliseo, donde los mártires con su sangre sellaron su fe, en las catacumbas donde reposan tantos testigos de nuestra fe.

Y una manera práctica de revivir diariamente esta presencia de María es el rezo del rosario que se entrega a cada uno en un rito sencillo, y la salutación del Ángelus que

nos recuerda el misterio de la Encarnación del Verbo, principio de nuestra fe.

Ciertamente, el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Los hijos de Dios son los que se dejan mover por este espíritu que les lleva a llamar a Dios con toda confianza: Abbá. Y es necesario que el Espíritu nos convenza de esta realidad y nos conduzca a la experiencia interior, la más honda, sin duda, que podemos vivir al contacto del misterio revelado en el Hijo. Entramos en una nueva dimensión de relación con Dios Padre, y, por lo mismo, en una nueva relación con el Hijo y con el Espíritu. La palabra celebrada, meditada, estudiada; la comunidad alentada por este nuevo espíritu va haciendo permeable la mente y el corazón del catecúmeno.

Antes de que la Iglesia le entregue este regalo del Padrenuestro, ya tiene que saber qué es lo que recibe, tiene, de alguna manera, que haberlo gustado, tiene que haber discernido en su interior hasta qué punto realiza las obras del Padre, es fiel al Espíritu en la imitación del Hijo; o por el contrario, son obras de la carne, del hombre viejo. Sólo podrá recibir el Padrenuestro aquel que rectamente busca sólo la voluntad del Padre.

Y antes de la entrega de la Oración dominical, una convivencia comunitaria pone sobre aviso al catecúmeno antes de dar el paso. La comunidad, los garantes y los catequistas discernirán de la verdad del corazón de cada uno. En medio de una celebración, como señala el RICA, los catecúmenos reciben solemnemente el PADRENUESTRO de los hermanos de otras comunidades que han pasado por esta etapa. Así se transmite de unos a otros.

A través de este paso, el diálogo con el Dios vivo se hace más íntimo, más real y lleva a entrar más espontáneamente

en la alabanza y glorificación del Padre. La misma forma de rezar el Padrenuestro en la comunidad se hace más firme, cálida y sincera. La mirada hacia atrás, contemplando todo el camino recorrido, releyendo la propia historia a la luz de esta palabra, se hace más gratificante porque se comprueba la constante acción gratuita de Dios sobre la vida de cada uno. Podemos expresar estos sentimientos con las palabras de Jesús: “Gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla” (Mt.11,25). Al llegar este momento, podemos contemplar cómo, en esta etapa de sencillez y de iluminación catecumenal, los contenidos fundamentales de la fe que enseña la teología católica se han convertido en una doctrina viva y transformadora. La fe personal se ha iluminado y enriquecido con la fe objetiva. La ciencia de Dios se ha convertido en alimento: la mente se ilumina, el corazón se fortalece, el espíritu se recrea y el hombre todo alcanza la seguridad de lo que es y de lo que está llamado a ser: ser semejante a Dios.

5. LA ELECCIÓN

La etapa de la elección culmina todo el proceso catecumenal. Ante la elección nos encontramos con otro gran misterio y otro don de la bondad gratuita de Dios. Porque gracia es haber sido “llamados”, pero gracia culminante ser “elegidos”. Porque sólo ellos podrán acercarse a las aguas del bautismo y ser transformados en hijos de Dios. El bautismo sellará la fe libre, consciente e iluminada y será el principio de la regeneración, del nacimiento de la nueva criatura a imagen y semejanza de Cristo.

Es necesario asentar bien este paso para culminar la obra según el beneplácito de Dios que nos ha llamado. Por una parte, hay que tener clara conciencia, a la luz del espíritu, no sólo de que Dios nos ha llamado, sino de que nos ha elegido para ser sus hijos y miembros de su Cuerpo. Esta elección es totalmente gratuita, ni se puede merecer ni se puede alcanzar por propias fuerzas. Pero sí hay que desearla con un espíritu tan sencillo y abierto a la gracia que no encuentre nada en el corazón y en las obras que contradiga la voluntad del Padre. La elección es una alianza con el Padre, son las bodas con el Cordero y hay que estar totalmente purificados para acercarse humildemente a ella.

Por otra parte, se precisa una determinación personal y libre, no apoyada en puros sentimientos ni en factores humanos. Ha de ser exclusivamente una respuesta a Dios que nos busca y nos ofrece la comunión con Él. Es necesario, por tanto, haber destruido todos los ídolos a los que servíamos. Surge un combate entre la grandeza del Dios que llama y la conciencia de debilidad del llamado; entre los ídolos que siempre tientan y el Dios único y verdadero a quien debemos servir como el Único.

Para ayudar al catecúmeno a tomar una decisión libre, consciente y sincera y a toda la comunidad a hacer un discernimiento decisivo ante este momento, una convivencia pone las cosas en su punto e ilumina a la comunidad y a cada uno de sus miembros. La historia de la salvación, a través de personajes paradigmáticos pone delante cómo es esta elección de Dios y cómo es la respuesta del elegido. Abrahán, Moisés, David, María, Pedro son algunos de los muchos personajes sobre los que se proyecta esta elección divina y la misión que de ellos quiere. Son expresión

determinante de la fidelidad de Dios a la alianza que sella con ellos. El mismo catecúmeno tiene ya una fuerte experiencia de esta fidelidad de Dios, que siempre ha salido a su encuentro, “que nunca abandona si no es antes abandonado” (S. Agustín). Ya sabe también a qué lo llama el Señor: a vivir en esta fidelidad al Espíritu de Jesucristo.

Queda un tiempo, antes de la renovación de las promesas bautismales, para la iluminación y decisión a través de la palabra que va a acompañar en este momento. La obra a la que está llamado el cristiano es la práctica de las Bienaventuranzas y del Sermón de la Montaña. Allí se nos da todo el espíritu de Jesucristo, el camino de la verdad y de la libertad. El cristiano, el que ha sido elegido y ha sido regenerado, es el hombre nuevo que vive en la precariedad y confianza absoluta en Dios, que ama en la dimensión de la cruz, que no devuelve mal por mal, que ama a los enemigos, que no juzga ni condena, que vive de la vida eterna.

En este tiempo, las celebraciones se ceñirán al estudio y asimilación de estos temas bíblicos. En una primera celebración, el grupo que con antelación lo ha estudiado y preparado (bienaventurados los pobres, amor al enemigo, etc.) con el soporte de la proclamación de la palabra correspondiente, escrutada a través de toda la Escritura, expone catequéticamente el tema a toda la comunidad. En una segunda celebración doméstica, cada grupo escrutará durante un tiempo una palabra relacionada con el tema y expondrán en común la iluminación de la palabra. En una tercera celebración comunitaria, se celebrará de nuevo el tema con textos diferentes de la Escritura que ahonden más en la penetración evangélica del tema. En esta celebración, cada miembro, delante de la comunidad

hace una “alianza” con Dios como respuesta viva y personal a lo que el Señor le ha comunicado. Normalmente termina con un ágape como parte de la misma celebración que sella esta alianza. Y aún después, en la convivencia comunitaria se volverá sobre la experiencia interior que el tema ha suscitado. Ante la grandeza de esta palabra de Dios, el catecúmeno puede descubrir si se fía de la gracia, del poder y de la fidelidad de Dios. En cada uno de estos temas, nos encontramos con un ídolo potente: el dinero, la humana seguridad, la esclavitud de los afectos, los odios secretos, las intenciones perversas que sólo pueden vencerse con la fuerza del espíritu de Cristo. Si el Señor nos ha liberado del pecado y del miedo a la muerte, ahora quiere librarnos de la esclavitud de la ley. No se puede vivir ya bajo la ley sino bajo la acción del Espíritu.

Al final viene la elección definitiva. Una convivencia pone al catecúmeno en situación de fe y confianza, después de haber recorrido el Sermón de la Montaña. El mismo catecúmeno, conociéndose a sí mismo, puede expresar ante Dios y la comunidad si se siente elegido y si acoge la elección. Una introspección a su propia historia, y, sobre todo, al camino recorrido, puede ayudarle e iluminarle. La perseverancia en el camino, la fidelidad a la palabra, la vivencia de la comunión pueden ser signos de esta elección. En este conocimiento, para evitar sentirse engañado por uno mismo, le ayudan los garantes o padrinos que han seguido más de cerca el proceso de conversión. Y ayuda toda la comunidad que juzga si de verdad el hermano ha dado signos suficientes de conversión y madurez. Ayudan también los catequistas que a lo largo de los años de camino han ido guiando y orientando a la comunidad a través de los diversos pasos y escrutinios.

Si se observa que algún hermano no está convenientemente preparado porque los signos de conversión no son convincentes, se le retrasa por un tiempo el momento de la elección. Esto le ayudará a entrar más en el conocimiento de sí mismo, a detectar en sí lo que debe sanar y a desear más vivamente entrar en la alianza con Dios.

Renovación de las promesas bautismales

Esta celebración está presidida por el Obispo, como garante de la fe de los candidatos, o por un representante suyo. Delante del Obispo se confirma la elección que previamente en el escrutinio han hecho de cada candidato los catequistas, los garantes y la comunidad.

El Obispo confirma esta elección después de haber preguntado si estos candidatos son competentes, si han asistido normalmente a la palabra y a la instrucción apostólica, si han puesto en práctica las enseñanzas del evangelio, si han procurado la comunión fraterna y si están decididos a sellar su alianza con el Señor renunciando a los ídolos.

A continuación escriben su nombre en la Biblia, “el libro de la vida”. En el primer escrutinio de la comunidad también se inscribió el nombre de los que eran “llamados”, ahora se inscribe el de los que han sido “elegidos” o “competentes”, los que han combatido juntos hasta el final. Y el Obispo hace una oración sobre ellos.

La imposición de las manos y la invocación al Espíritu simboliza la donación de los dones para que empiecen a caminar como cristianos. Así son admitidos como miembros del Cuerpo de Cristo en la comunión plena de la Iglesia.

Este rito se completa con la imposición de la vestidura blanca, una túnica de lino puro, símbolo de la dignidad de cristiano y de haber sido revestido de Cristo. Con esta túnica participarán en el Banquete de la Eucaristía. La lectura del Apocalipsis desvela el mismo misterio de este signo como anticipo de la participación en el banquete de la vida eterna. “Ésos que están vestidos con vestiduras blancas ¿quiénes son y de dónde han venido? Yo le respondí: Señor, tú lo sabes. Me respondió: Éstos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestiduras y las blanquearon con la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios dándole culto día y noche en el Santuario y el que está sentado delante extenderá su tienda sobre ellos” (Ap.7,13-15).

6. MISTAGOGIA

Vigilia Pascual

La consumación del proceso de iniciación cristiana culmina en el descubrimiento sacramental de la Eucaristía, en la introducción del misterio de nuestra fe, el misterio de la presencia real del Señor, raíz y culmen de toda la vida cristiana. “El neófito se encuentra, al menos teóricamente, con la gran sorpresa de la primera comunión en la participación en la “liturgia de los fieles” a continuación del bautismo”⁶⁷. Y no es menos sorpresivo el encuentro con el misterio pascual en los bautizados que han seguido el Camino. Habien-

67. R. Trevijano: *Orígenes del cristianismo*. Universidad Pontificia de Salamanca, p. 372.

do compartido y celebrado muchas vigilias pascuales, ésta, con la que se consuma el catecumenado, tiene unos acentos de realismo y comunión totalmente nuevos.

La teología kerigmática que ha vertebrado el Camino Neocatecumenal conduce de una manera coherente a sellar el proceso en la Gran Vigilia Pascual, presidida por el Obispo. Este misterio pascual “nos sitúa, en su sentido teológico, en el origen del nuevo pueblo de Dios, del nuevo culto y de la nueva alianza”⁶⁸. Así los neófitos participan del sacerdocio real de Cristo, ofreciendo y participando en el sacrificio de Jesús y pueden gustar qué suave es el Señor que los alimenta con un manjar mejor que “la leche y la miel”.

Al participar en la Vigilia Pascual, se hace verdad la palabra de Juan Pablo II: “El mensaje mesiánico de Cristo y su actividad entre los hombres termina con la Cruz y la Resurrección”⁶⁹. Este Cristo que ha venido precediendo todo el camino de la iniciación, Hombre y Dios, que nos ha sacado de la muerte a la vida, nos conduce a la cima de la experiencia cristiana.

El neófito ve celebrada sacramentalmente la palabra que permanentemente se le ha proclamado y la esperanza que le ha llevado a perseverar en el camino. Porque el “misterio pascual es el misterio personal y filial de Jesús, el Cristo, expresado en sus dos dimensiones: la humana de kenosis (la redención) y la divina de glorificación (el amor misericordioso de Dios) que convergen en la Cruz”⁷⁰.

68. D.Borobio: *La celebración en la Iglesia*. Ed.Sigueme, p. 309.

69. *Dives in misericordia*, nº 7.

70. D.Borobio: *Idem*, p. 311.

Ya en las primeras catequesis los catecúmenos recibieron una exposición sobre el sentido bíblico de la Eucaristía como culminación y transformación de la Pascua judía en cuyo contexto Jesús celebra la Última Cena y entrega su Cuerpo y su Sangre. Pero sólo después de la iluminación recibida a través del Camino pueden entrar en la contemplación y gozo del misterio pascual. En esta noche se realiza. Y aún el neófito descubre más. “La Iglesia se realiza como esposa inmaculada del Señor en la liturgia, manifestándose plenamente la alianza matrimonial y el amor nupcial entre Cristo y la Iglesia en las celebraciones litúrgicas”⁷¹. Es antípico de la liturgia celeste que celebra las bodas del Cordero. El neófito está llamado a vivir esta alianza y estas nupcias. En esta Vigilia Pascual participa revestido con la túnica blanca, como traje de bodas, signo de un amor purificado del que ha encontrado al Esposo y no lo soltará jamás.

Esta Vigilia, después de las promesas bautismales, se celebra en presencia del Obispo y presidida por él. El Obispo es el esposo de la Iglesia a través del cual nos llega la comunión plena con el Señor. Naturalmente, todo esto está condicionado a las circunstancias que el mismo Obispo señale.

Después de la Vigilia, como continuación de la misma, se celebra un banquete, verdadero banquete de bodas, que invita a la exultación y a la alegría.

Misas de neófitos

El hombre nuevo, recién nacido del bautismo, necesita ser atendido adecuadamente de tal forma que la fe recibida se consolide cada vez más y dé más fruto. Nos dice el

71. D.Borobio: *Idem*, p.339

RICA, nº 40: "Como la índole y la fuerza propia de esta etapa procede de experiencia personal y nueva de los sacramentos y de la comunidad, el principal lugar de las "mistagogías" lo constituyen las llamadas "misa de neófitos". Tiene en cuenta la participación eucarística, dirigida a los neófitos durante los domingos del tiempo pascual. En esta participación eucarística encontrará el neófito la fuerza para vivir la fe recibida.

La etapa pascual la celebra el Camino Neocatecumenal de forma gozosa y solemne como una permanente actualización de la Vigilia Pascual. Todos los días, al atardecer, la comunidad se reúne para celebrar la Eucaristía. La impresionante liturgia de estos días es un canto de la Iglesia al misterio pascual, a la gran obra que Dios ha realizado en Jesucristo, manifestación de alegría por los nuevos hijos nacidos en la Noche de Pascua, la experiencia de las primeras comunidades cristianas y la "fracción del pan" como el centro y la fuente de energía de la vida nueva. En estas celebraciones es fácil llegar a experimentar que allí está "el culmen y la fuente de toda la vida cristiana". Porque se experimenta presente al Señor Resucitado. Y desde ahora, allí estará el centro de toda la comunidad. Seguirá alimentándose de las celebraciones de la palabra, paladeando todo el mensaje salvador que sigue activo en la Escritura. Pero en torno a la Eucaristía girará el espíritu de la "nueva iglesia".

Viaje a Tierra Santa

Durante estos días pascuales, la Comunidad peregrina a Tierra Santa como en un viaje de bodas. Después de haber recorrido mentalmente durante varios años los luga-

res donde tuvieron lugar los hechos de la historia de la salvación, el acercarse "in situ" a ver, tocar y venerar estos lugares, a parte de la natural emoción, produce una especie de afianzamiento en la fe, una compenetación con los lugares, personas y acontecimientos que allí sucedieron. Rememorarlos, celebrarlos, hacer resonar las palabras que de allí salieron, hacer realmente presente al Señor en la Eucaristía del Cenáculo. Son impresiones fecundas para hacer la fe más sencilla, más humilde y más auténtica. Cada lugar es un trozo de historia, una palabra de Dios, una experiencia de la cercanía tan humana de Dios a los hombres. Hemos dicho que es un viaje de bodas y, por lo tanto, lleno de exultación y alegría, tras las huellas del que nació allí, predicó allí, allí murió y allí resucitó y, desde allí ha extendido la palabra de vida y la fuerza de su mensaje a toda la tierra.

IV. TEOLOGÍA DEL CAMINO

La Teología del Camino es una teología “en camino”. Va nutriendo la vida del catecúmeno a medida que avanza y se hace claridad interior a lo largo de todo el proceso y de toda la experiencia catecumenal. Podría asemejarse a la misma experiencia de San Pablo: desde su caída en el camino de Damasco y de su encuentro con el Resucitado ve iluminar la nueva concepción de Dios, de la salvación, de la palabra de Dios, de la donación de Dios, del encuentro del hombre con Dios, la raíz del pecado y la fuerza de la gracia.

Ya Mons. R. Blázquez en su libro *Las Comunidades Neocatecumenales*, ha expuesto de manera muy acertada las profundas intuiciones teológicas del Camino Neocatecumenal. Carezco de este conocimiento teológico; sin embargo, quiero exponer, en lo posible, la experiencia teológica que he ido descubriendo en el catecumenado. Es una teología para la vida, para la vida cristiana, y descubres su autenticidad cuando compruebas que se va haciendo vida en los hombres. Que el discurso teológico estructurado en las teorías, se convierte en carne y sangre para los que se acercan a él en busca de la verdad, del camino y de la vida. Esta experiencia viva que va modelando al que quiere ser cristiano de forma consciente y madura es como un “nuevo lugar teológico” que te con-

firma en la verdad y puedes decir: lo que enseña la teología es verdad operante, transformadora y vivificante.

Teología de la Cruz

Descubro una espina dorsal en la teología del Camino que la vertebría de tal manera que en ella se entronca cuanto la teología dice y enseña. Esta columna vertebral es, para mí, la TEOLOGÍA DE LA CRUZ. Esta teología, de raíz tan fuertemente paulina y que algunos han querido tratar de protestante al incidir tan fuertemente en la vida interior de cualquier hombre, como el mismo Lutero percibió, es un foco de luz tan potente que, a su contacto, el hombre empieza a ser otro, a renovarse y hacerse “hombre nuevo”.

En la “*Relatio finalis*” del Sínodo Extraordinario pueden leerse estas palabras que iluminan cuanto digo: “La Iglesia se hace más creíble si, hablando menos de sí misma, predica más y más a Cristo Crucificado y lo testifica con su vida.. Nos parece que en las circunstancias actuales, Dios quiere enseñarnos de manera más profunda el valor, la importancia y la CENTRALIDAD DE LA CRUZ. Por ello, hay que explicar, a la luz del misterio pascual, la relación entre la historia humana y la historia de la salvación...La salvación integral sólo se obtiene si estas realidades humanas son purificadas y posteriormente elevadas a la familiaridad con Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo”⁷².

Esta centralidad de la Cruz aparece en el proceso catecumenal a lo largo de todo el camino, bajo diversas formas, pero siempre iluminando las diversas etapas: desde llamar al hombre a enfrentarse con su propia realidad exis-

tencial hasta el descubrimiento gozoso de la paternidad de Dios, del Dios que es el Padre del Crucificado y en el que se ha dado a conocer de una manera histórica y real. “El Crucificado habrá de ser punto de partida para el concepto de Dios”⁷³.

El anuncio del “kerigma”, de fuerte impacto, nos descubre la Cruz como la fuente de la vida. “Si por un árbol entró la muerte, por otro árbol nos ha llegado la vida”.

Si no se entra en la Cruz no se puede entrar en la Resurrección. La Cruz resume todo lo que es consecuencia del pecado, que destruye la vida del hombre, que le impide ser realmente libre, cuestiona toda su existencia. En la Cruz se concentran todas las secuelas de la desobediencia, de la negación de Dios, del “viejo Adán”. Por la Cruz ha sido vencida la muerte, el miedo a la muerte y todas las muertes que socavan la felicidad del hombre. El Crucificado es el Señor resucitado que nos acompaña en el camino de la vida. La Cruz es, pues, el camino de la victoria.

Aquí resuenan con fuerza las palabras de Pablo: “Nosotros predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas, para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios, Sabiduría de Dios” (1 Co 1, 23-24).

En un proceso kerigmático la Cruz tiene que estar en primer lugar: el que se escandaliza huirá de la cruz y no experimentará la salvación; el que la acoge se adentra en el conocimiento de toda la acción creadora y recreadora de Dios.

72. *El Vaticano II, don de Dios*. PPC. p.84.

73. I. Rodríguez: *La cruz de Jesús y el ser de Dios*. Publicación: Universidad Pontificia de Salamanca, 1992, p.252.

Naturalmente, el misterio de la Cruz tiene que ser desvelado al catecúmeno a medida que va entrando en la voluntad de Dios. Así, en el primer escrutinio se le adentra en el conocimiento de la Cruz a través del descubrimiento de su propia cruz. Desde la cruz personal descubrimos la Cruz de Cristo, como salvación, y desde ésta se ilumina la propia cruz. ¿Cómo descubrir que la Cruz no mata sino que es fuente de vida? ¿Cómo descubrir que la Cruz no es un fracaso sino un signo de victoria? ¿Cómo descubrir que la Cruz no es ignominia sino gloria? Viendo en la Cruz el signo supremo del amor de Dios al hombre. Es en la Cruz donde Dios ha manifestado históricamente y realmente el amor de Dios al hombre. No sólo en enviarnos a su propio Hijo, sino dándonoslo Crucificado. Cuando el catecúmeno descubre que precisamente en su Cruz concreta con la que va cargado Dios le está manifestando su amor, aquella Cruz se torna gloriosa y radiante. Ahí va naciendo el hombre nuevo que empieza a vivir de la voluntad de Dios, sin rebelarse, sin poner a Dios a prueba, aceptando su propia historia como regalo del amor de Dios. En la Cruz de Jesucristo se hace acontecimiento histórico la compasión del Padre y su dolor por el pecado del hombre. Y en la Cruz de cada uno se hace acontecimiento real el amor del Padre y su corazón de misericordia para nuestros pecados. Difícilmente se puede seguir el camino si no se tiene la Cruz iluminada y se convierte en un foco de luz para la interpretación y aceptación gozosa de la propia historia.

Como sabiduría que es de Dios, que supera toda ciencia, el catecúmeno descubre que a ese amor de Dios crucificado que lo salva y lo libera sólo puede responder con amor tal que ponga toda su seguridad y esperanza en el

seguimiento de Cristo. “Quien se deja herir por Dios también se deja curar por Él. Y no por un Dios invulnerable sino por un Dios herido hasta lo más íntimo”. Sus heridas nos han curado. Este amor correspondido nos adentra en la voluntad del Padre, renunciando a todo lo demás porque en ella está la vida y la vida eterna. El que no se reservó su propia vida por amor a los hombres nos enseña a no reservarnos nuestra vida en la mentira de nuestras vanidades para entrar en la vía de la salvación integral. Aquí se purifican todas las realidades humanas para elevarlas a la amistad y familiaridad con Dios, como Cristo lo sacrificó todo para vivir de la voluntad del Padre.

Aquí, en la Cruz, se pone a prueba la fe, la fe que salva, la fe que lleva a conformarnos con el Hijo de Dios, Hombre como nosotros. Sólo tenemos garantía de que caminamos tras las huellas del Señor crucificado cuando, como Él, entramos en la Cruz, sin huir de ella. La fe es la victoria que vence al mundo y esta victoria está sellada en el Crucificado. Las obras de la fe es creer que Dios mandó a su Hijo al mundo como propiciación por nuestros pecados. Él es el quicio, el fundamento y la razón de nuestra fe, la que nos traslada del mundo de las tinieblas al mundo de la luz. Huir de la Cruz es negar a Dios como Señor de nuestra historia, es darle la razón al diablo acogiendo su mentira y cerrarnos el camino a la comprensión de nosotros mismos y del mundo que nos rodea. El que se escandaliza de la Cruz no podrá gustar la fe y caminará en las tinieblas.

El Crucificado ha sometido todas las esperanzas humanas por la confianza en el Padre y la esperanza de que será glorificado y exaltado ya en la misma Cruz. El catecúmeno vivirá de la esperanza de la vida eterna sacrificando todas las esperanzas terrenas que los ídolos le pre-

sentan a cada paso. Las mismas esperanzas humanas se verán iluminadas por la esperanza de la vida eterna que se nos ofrece en Jesucristo.

El siervo de Yavé

Otra visión del Crucificado y exaltado está en la figura del Siervo de Yavé. La visión profética de Isaías respecto a este Siervo está recogida en las narraciones evangélicas presentándonos a Jesús como el Siervo que con su historia de dolor, abandono y muerte realiza la salvación del pueblo. La figura del Siervo es presentada ya en las primeras catequesis como imagen de lo que el catecúmeno llegará a ser cuando de verdad, llegue a ser cristiano. Obediente a la voluntad del Padre con la docilidad del discípulo, con el oído siempre abierto para escuchar su voluntad, sometido al vejamén, al desprecio y a la muerte por los pecados de los suyos, llevando en sus heridas las transgresiones del mundo para sanar al mundo con sus propias heridas.

Esta figura del Siervo se agiganta en la conciencia de las catecúmenos a lo largo de todas las etapas del camino. Y siempre es una palabra redentora y liberadora. Contemplada desde el plan de Dios, hace patente de nuevo los caminos por donde Dios lleva su plan de redención. Contemplada desde el hombre, le descubre la tragedia de su pecado, de su negación de Dios para hacerlo entrar en la realidad de lo que verdaderamente es. Contemplada desde el cristiano, tiene dibujada con trazos firmes la imagen de lo que debe llegar a ser. Cuando el camino termine y el catecúmeno haya sellado su fe en el bautismo, el Siervo de Yavé será el espejo en el que deba mirarse: amar al enemigo, no devolver mal por mal, no condenar, ser el último; en una palabra cumplir el Sermón de la Montaña. Es

necesario vivir en la obediencia plena a la voluntad del Padre, no como un gesto de sumisión o impotencia ante la vida, sino como un combate por lograr la verdadera liberación de todo lo que destruye al hombre.

El rostro de Dios se hace presente en el Siervo de Yavé. Este es nuestro Dios y en ningún otro lugar podemos contemplar la realidad de nuestro Dios con más veracidad y autenticidad. A Dios no podemos dibujarlo según nuestras fantasías sino con el rostro, los gestos y las obras con las que Él se ha dado a conocer. Instintivamente, esta visión entra en contradicción con la visión de este “Varón de dolores” y querriámos volver la vista para no contemplarlo. De ese rostro destruido nos viene la luz que ilumina la historia y de esas llagas viene la sanación del hombre. El amor de Dios al hombre pasa por la Cruz y el amor del hombre a Dios por la Cruz ha de pasar. Este signo de la Cruz con que es admitido el catecúmeno quedará marcado como garantía perpetua e indeleble.

Profundizando más en la observación de una Cristología existencial es necesario contemplarla desde la Cruz, para traducir a la vida los sentimientos de Cristo ante la historia que el Padre le planifica. Este aspecto tiene en el camino una incidencia altamente iluminadora y una fuerza especial de conversión. Si convertirse es volverse a Jesucristo, cimentar la vida en Él, podemos preguntarnos a qué Jesucristo tiene que convertirse el catecúmeno, qué tiene que convertir en sí mismo para seguir el camino de Jesús. El Camino echa mano del texto de Pablo a los Filipenses (Flp 2,1-11). Este himno paulino o prepaulino que es como una radiografía del espíritu de Jesús, es también una imagen que el catecúmeno debe reproducir en sí mismo. Es la “kenosis” del Hijo de Dios hecho hombre: desde las alturas de la divinidad des-

ciende a través de la Encarnación a la condición de hombre, de allí a la condición de Siervo, colma su condición de siervo con el suplicio de los esclavos, la Cruz, para recibir del Padre la resurrección, la exaltación y el señorío.

La “kenosis” sacramentalmente se realiza en el bautismo: el catecúmeno baja a las profundidades del agua, de la muerte, para resurgir a la vida nueva simbolizada en la vestidura blanca del neófito. Pero esto acontece después de que el catecúmeno ha recorrido las etapas de este descenso y ha dado pruebas de la verdad y sinceridad de su conversión. Tiene que descender hasta las profundidades de su realidad. Esta realidad es algo que el hombre se resiste a reconocer: su propio pecado. Descender a la muerte real, a la muerte óntica, a la conciencia clara de que no vivimos del amor de Dios, de la voluntad de Dios, sino más bien de nuestros ídolos que son los siete pecados capitales. Para que queden sepultados en las aguas del bautismo hay que irse desnudando de ellos a lo largo de todo el catecumenado. “Kenosis” y catecumenado son parejos: aquélla nos conforma con lo más íntimo de Cristo, éste nos va guiando lentamente hasta alcanzar esta conformidad. A través de la kenosis se van desconchando todas las mentiras en que el hombre vive para entrar en la verdad profunda. El mundo, el demonio y la carne desfiguran la verdadera imagen del hombre según el modelo de Jesucristo y es necesario irse desprendiendo de ellas para que aparezca el rostro y la figura verdadera. Este es el proceso de la conversión iluminada y asumida existencialmente y el ámbito donde se hace realidad en el hombre la historia de salvación. El combate entre el endiosamiento del hombre y la llamada a vivir de la gozosa servidumbre del amor al Dios Uno y Único.

En este contexto se ilumina la realidad del pecado como algo inmerso en la naturaleza adámica del hombre. El pecado es un constitutivo ineludible en la presente economía de la salvación. Y no el pecado que está fuera de nosotros sino el que está dentro de nosotros. Sólo Dios es bueno, el hombre está vendido al dominio del pecado. Así nos dice Pablo en otro texto familiar al Camino: “No hago el bien que quiero sino el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, no soy yo quien obra sino el pecado que habita en mí” (Rm 7,19-20). Jesucristo mismo, que no tenía pecado, ha experimentado en su cuerpo las consecuencias del pecado: el mal y la muerte. El paradigma del pecado que se presenta al catecúmeno desde el primer momento, es la experiencia de Adán y Eva en el Paraíso. El endiosamiento de ambos, engañados por la serpiente, que les lleva a desobedecer a Dios, a negar su amor, a romper la comunión con Dios del que viene la vida. El reconocimiento del pecado, el hacer suya la experiencia de Adán y Eva, lleva al hombre al conocimiento de su más profunda realidad. Esta experiencia lleva al hombre a la soberbia, al odio, a la envidia, al desamor a los demás; en definitiva, a la muerte. Así se descubre la raíz de nuestros males y, una vez conocidos, podemos acogernos a la fuerza de la gracia, a la justificación que viene por la fe en Jesucristo. El nuevo Adán viene a destruir el pecado del viejo Adán. Para creer en el perdón de los pecados es necesario creer en el pecado y no de una forma abstracta sino en “el pecado que habita en mí”.

De ahí que en el Camino se revive y se renueva con una fuerza extraordinaria el sacramento de la Reconciliación, la Penitencia. Se trata de catecúmenos bautizados y este sacramento, que se celebra con un fuerte impacto, se celebra con mucha frecuencia a lo largo del Camino

para crear un corazón limpio, abierto a la palabra de Dios. Para los catecúmenos ya bautizados, la Penitencia es un segundo bautismo, una nueva recreación, un nuevo nacimiento en el seno de la Madre Iglesia que hace presente y vivificante la misericordia de Dios. Y hablamos del pecado en su realidad ontológica de donde nacen todos los desajustes del corazón del hombre que lo encierran en la muerte. Negar el pecado es negar la salvación de Jesucristo y vaciar de sentido toda la historia de la salvación. No podemos hacer inútil la salvación de Cristo.

El “kerigma”, la “kenosis”, la Cruz que nos hacen entrar en la experiencia del Crucificado por el Resucitado nos hace entrar en el camino de la fe, la gracia y la justificación. La Resurrección es la entrada en la vida nueva por la fe en Aquel que destruyó el pecado y la muerte. Él fue constituido Señor y a nosotros nos hace partícipes de su señorío. El poder de Dios resucitando a su Hijo de la muerte nos convence del mismo poder para sacarnos de la muerte y regalarnos la vida eterna. El bautismo va a sellar este prodigo. Sabemos que donde abundó el pecado sobreabundó la gracia y el espíritu del Resucitado nos libra de este cuerpo de muerte para caminar en una vida nueva. Esta palabra que San Pablo acentúa en la carta a los Romanos corre por todas las entretelas del Camino como una savia nueva y recreadora. Cruz y gloria, muerte y resurrección, pecado y gracia van sellando e iluminando los pasos de este Camino bautismal.

Escatología

Otra realidad teológica que se ilumina como fuente de vida es la garantía de la vida eterna. En general, toda la escatología: muerte, juicio, infierno y gloria. Son realidades que

emergen con fuerza de la teología del “kerigma” y de la Cruz. La fe en el Señor Jesús ya es garantía de la vida eterna, que colmará la plenitud de la vida. El sabor de la vida eterna pueden percibirlo los “viatores” antes de llegar a su término. Porque “la fe da la vida eterna”, decimos en la primera parte del rito bautismal que los catecúmenos reviven en el primer escrutinio. Al final del Camino los “elegidos” entrarán a tomar parte en las bodas del Cordero.

El proceso catecumenal se dibuja como el camino estrecho que conduce a la salvación. No es que el catecúmeno, por el hecho de serlo, esté salvado, pues continúa aún sujeto a la tentación y porta el tesoro de la fe en vasos de barro quebradizo. También es cierto, que la andadura del Camino desde el primer momento se presenta como un camino de victoria sobre la muerte y, por ende, como una experiencia anticipada de la vida eterna. La teología bautismal, insertada en la médula del catecumenado, es una declaración del triunfo de la gracia sobre el pecado, de la vida sobre la muerte, de la libertad sobre la esclavitud a través de la muerte y Resurrección de Cristo, de cuyo triunfo glorioso participa el cristiano. Como Jesucristo ha pasado las aguas de la muerte para entrar en la gloria, el bautizado, pasando por las aguas, heredará la vida eterna. Cuando la fe del catecúmeno se va desplegando en su interior, aparece con mayor evidencia y experiencia la claridad de la vida eterna. Al final del camino puede entrar en alabanza como expresión de gracias por la vida eterna conocida a través de la fe.

Pneumatología

El Camino, como proceso de iniciación cristiana, lleva al catecúmeno a la experiencia del Espíritu y de la Eucaristía. Ciertamente, la Confirmación como sacramento de

la donación del Espíritu no se puede repetir, pero la iniciación cristiana ha de desarrollar una pneumatología ya que al Espíritu exhalado por Jesucristo se le ha encomendado llevar adelante la salvación plena. Esta pneumatología diríamos que es, ante todo, experimental porque el catecúmeno la va descubriendo, digiriendo y concienciándola a lo largo de todas las celebraciones. Todas ellas empiezan con una invocación solemne al Espíritu de cuya presencia y acción se espera la fecundidad de la celebración. Sin la acción del Espíritu, el catecúmeno aprende que la palabra que se proclama está muerta, inoperante. Y, a la vez, percibe que, cuando el Espíritu actúa, todo se clarifica y embellece. El catecúmeno aprende que sin la acción del Espíritu nada puede hacer para vencer su pecado y su debilidad. Y no pocas veces se asombra de ver en él realizadas obras y actitudes que sólo pueden venir del Espíritu. En todos los pasos, cuando el catecúmeno ha de emprender una etapa nueva, que le exige una decisión, se le imponen las manos invocando el Espíritu como la única fuerza para llevar adelante la fidelidad al Camino. A lo largo del Camino cada vez se hace más firme y lúcida la experiencia del Espíritu que va convenciendo al catecúmeno de que sólo por el Espíritu de Jesús puede creer, puede esperar y puede actuar en cristiano. Los conflictos y problemas personales y comunitarios nunca se resuelven con fórmulas humanas sino con la obediencia al Espíritu de Jesús.

No son las obras de la carne las que dan la libertad sino las obras del Espíritu. En su momento oportuno, después de haber renovado las promesas del bautismo, se signa al cristiano simbólicamente, recordando y actualizando su carácter de confirmado. Al Espíritu se le conoce actuando

y así el catecúmeno descubre este Espíritu como Don de Dios a la Iglesia, como Maestro de la verdad, como abogado frente al demonio, como consolador misericordioso, como fuerza de Dios. En la vigilia de Pentecostés como culminación de la Pascua, el Espíritu es celebrado como la gran epifanía del Amor y la acción de Dios que conduce la comunidad.

El misterio Eucarístico

Todo proceso de iniciación cristiana tiene su meta en la vivencia eucarística ya que la Eucaristía es “fuente y cáliz de toda la vida cristiana” (S.C.,10). Es al final del Camino cuando la Eucaristía alcanza su grado máximo de explosión de fe, de alabanza y de descubrimiento inefable. La mistagogia, toda ella concentrada en la celebración eucarística, a lo largo de todo el tiempo pascual, es una experiencia iluminadora e impactante. Todos los signos llevan a la iluminación del misterio, de captar la presencia real de Jesucristo, a sumergirse en la alabanza y en la acción de gracias. Es el banquete de las bodas del Corredor con los elegidos que expresan el agradecimiento al que derramó su Sangre y trituró su Carne y ahora nos la entrega como sacramento de vida y anticipo de la vida eterna. Los signos se hacen presentes y desaparecen a la vez, ante la contemplación por la fe de la realidad de Dios, alimento perenne del hombre.

Pero ya antes de este momento final y perpetuo, al catecúmeno bautizado que viene de una experiencia eucarística pobre, cuando no deformada, desde el primer momento se le adentra en la importancia de la Eucaristía que va a celebrar comunitariamente todas las semanas al atardecer del sábado.

La iluminación teológica del misterio eucarístico arranca de la explicación de la Pascua judía. En esta celebración, Jesús va a realizar el gesto de sustituir el cordero pascual por la entrega de su propia Carne para el perdón de los pecados. E igualmente la copa de la bendición va a ser su propia Sangre que inaugura la Nueva Alianza. Es un gesto sencillo pero definitivo y determinante en la economía de la salvación. Si la Pascua judía era el memorial de la actuación de Dios, liberando al pueblo de la esclavitud que lo destruía para conducirlo a la libertad de la Tierra prometida, Jesús, en la Pascua que inaugura, va a liberar al hombre de una esclavitud más férrea, la esclavitud del pecado y de la muerte para llevarlo a la libertad de la vida eterna, al goce de la vida de Dios. Memorial perpetuo de esta liberación y de esta vida nueva, que llevará a su realidad muriendo y resucitando, será la Eucaristía, verdadero sacrificio de valor plenamente expiatorio y verdadero banquete que, como nuevo maná, nos acompañará y alimentará en la travesía del desierto. La figura cede a la realidad, el rito antiguo deja paso al nuevo rito.

La Eucaristía es la gran explosión de la vida de Dios que se derrama para dar la vida a todos los hombres. El bautismo recibido, símbolo sacramental de la participación en la muerte y resurrección de Cristo, alcanza aquí su plenitud en la participación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. De nuevo se hace aquí presente la Cruz de Cristo, su “kenosis” profunda, el Siervo sufriente y a la vez, el poder de la resurrección. “El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene en sí la vida eterna” (Jn.6,54). Hacer eucaristía es comer la Palabra de Dios hecha Carne para vivir de la obediencia y de la voluntad de Dios. El hecho de celebrar la Eucaristía en la pequeña comunidad, que

comparte la misma experiencia, de fe, hace más rica y viva la experiencia eucarística. La Eucaristía se aprende viviéndola y experimentando cómo cada eucaristía ilumina y gratifica a la persona en cualquier situación en que se encuentre.

El Don de la Trinidad

Si el bautismo se confiere “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, el proceso catecumenal va alumbrando la presencia y la acción de la Trinidad. Desde el primer momento se afirma la unidad y la unicidad de Dios. En el amor al Dios Uno y Único está el camino de la vida. La acción de Dios a través del Antiguo Testamento es celebrada continuamente. Un Dios que se manifiesta y se da a conocer actuando, que inicia con Abrahám una historia de salvación, que proyecta su presencia y su acción en el pueblo elegido, siempre fiel a la alianza, que perdona constantemente y deja oír su voz por medio de los profetas.

Este Dios, “al que nadie ha visto nunca” se nos da a conocer en el Hijo, anunciado como Mesías y que realiza la obra de salvación llevándola a plenitud. El Hijo es el prometido del que hablan todas las Escrituras. Todas las lecturas que se proclaman del Antiguo Testamento se contemplan a través de Jesucristo. Los catecúmenos aprenden a leer la historia de las promesas a través de aquel que nos la ha dado cumplidas. De hecho perciben que no puede entenderse la misión del Hijo en el Nuevo Testamento sino es a través del conocimiento del Antiguo y viceversa. Al Espíritu se le percibe actuando ya en la antigua ley y manifestándose poderosamente en el Ungido, Jesús. Concebido por el Espíritu, ungido por el Espíritu, guiado por el Espíritu y haciendo donación de este Espíritu a su Igle-

sia. La Trinidad de personas va apareciendo en la realización de la obra de salvación.

El catecúmeno lo traduce a su propia vida y va descubriendo cómo la obra de salvación en su propia historia es una obra de la Trinidad.

Esta fe en la Trinidad se iluminará en el estudio y celebración del Credo, síntesis de toda la fe. La confesión de la fe ha de estar cimentada en la obra de salvación que las Tres Personas han realizado en la propia existencia del catecúmeno.

Se iluminará este misterio trinitario al contemplar y celebrar el Padre nuestro donde descubrirá que, por la acción del Hijo y del Espíritu, está llamado a la filiación divina y a entrar en la familia de Dios. Y un Dios tan cercano que ha puesto su morada en el corazón del creyente para que viva la misma vida de la Trinidad. Y así se siente elegido para la alabanza de la Trinidad Santísima. Todo este descubrimiento paulatino de la acción de Dios en la historia del mundo y, especialmente, en la historia de cada persona se desarrolla en un ámbito muy concreto: es la IGLESIA DE JESUCRISTO la que ha recibido la Palabra y la ilumina y garantiza bajo la acción del Espíritu. Es la Iglesia la que ha recibido los sacramentos y nos comunica su virtud salvífica; es la Iglesia la que realiza la comunión en la caridad.

La Iglesia es una realidad que hay que iluminar al catecúmeno que viene poseído normalmente de ideas y experiencias negativas o deformadas. No tardará en descubrir con una fuerte experiencia que en la Iglesia tiene cuanto necesita para dar sentido a su vida y que, por otra parte, la Iglesia lo pone todo a su disposición. Porque su misión es dar cuanto ha recibido y darlo gratis: el don de Jesucristo a través de la Palabra, los Sacramentos y la vivencia de la comunión y del Amor.

Desde las primeras catequesis se pone delante del catecúmeno cuál es la misión que Jesucristo ha encomendado a su Iglesia. Cada uno trae su idea, cada uno tiene su experiencia, pero lo importante es entrar en el Espíritu de Jesucristo y descubrir sencillamente qué papel juega la Iglesia en la historia de la salvación. Ciertamente la Iglesia “es instrumento o sacramento de salvación para todos los hombres” según expresión del Concilio. Pero interesa más cómo la Iglesia lleva a cabo esta misión. Las palabras “sal, luz y fermento” en medio del mundo explicarán esta misión de la Iglesia. La sal, la luz y el fermento son cosas pequeñas, insignificantes en comparación con la amplitud de lo que han de salar, de lo que han de iluminar y de lo que han de fermentar. Pero su virtualidad interior, su fuerza renovadora es tan intensa que pueden salar todo, iluminar todo y fermentar todo. La sal se diluye, el fermento desaparece, la sal se difumina y, muriendo, cumplen su misión. Como Cristo muriendo dio la vida al mundo, la Iglesia muriendo a sí misma vence la corrupción, disipa las tinieblas y hace digerible la existencia humana.

Cuando esto se transforma en experiencia personal, los catecúmenos van descubriendo que, efectivamente, la Iglesia está iluminando su vida con una luz nueva que va disipando todas sus tinieblas y dándoles un conocimiento nuevo de sí mismo y del mundo. Descubren cómo la Iglesia sala su propia conciencia, sana, limpia y purifica el pecado del hombre y le da un gusto nuevo por las cosas de Dios. Experimentan, por fin, que la Iglesia transforma interiormente el hombre con una serie de valores distintos de los del mundo, que si antes vivían en la muerte, ahora pueden sentir el gozo de una vida nueva.

El nervio y el espíritu de la Iglesia, la COMUNIÓN, crece a medida que la comunidad va progresando en el camino de la fe. Poner en marcha una comunidad ya es comenzar la vida de comunión. No hay duda de que reunir en una misma comunidad a personas de toda edad, clase y condición ya es una convocatoria del Espíritu. Al principio serán más operantes los lazos afectivos a nivel humano. A medida que los miembros de la comunidad se van conociendo, aparecen los pecados y las debilidades de cada uno, la dificultad para la mutua aceptación y actitudes que siempre están amenazando la verdadera comunión. Todos y cada uno van viendo lo que los separa, lo que los desunen y descubren que, sólo pasando a una actitud de fe, aceptar al otro tal cual es, amarlo por encima de las debilidades y buscar lo único que puede unirlos: la fidelidad a la palabra del Señor más allá de los gustos y conveniencias de cada uno. Es necesario discernir que la comunidad la lleva el Señor, que está en medio de ellos y que cada uno tiene que ir despojándose y muriendo a sus propias concepciones. La comunión viene de la fidelidad al Espíritu. Siempre aparece el ejemplo de las primeras comunidades tal como nos refieren los Hechos. Pero también aparecen las dificultades y controversias que Pablo hubo de soportar con sus comunidades. Sólo una actitud abierta a la conversión permanente da la clave de la solución y la madurez en la comunión.

Cuando, en el primer escrutinio, hayan descubierto que no tienen fe y que la que creían tener no les sirve, se postrarán ante la Iglesia pidiéndole la fe, conscientes de que sólo la Iglesia puede dársela. Aparece la Iglesia como madre, a ejemplo de María, que los va a gestar en su seno hasta que aparezca en el catecúmeno la imagen de Cristo.

Esta Iglesia que los va a regenerar en el seno de la pila bautismal, los va a gestar también durante un tiempo hasta que nazca el hombre nuevo. María, figura de la Iglesia y símbolo del catecumenado, ilumina la misión de aquélla.

La experiencia y el conocimiento de la Iglesia, su ser y su misión, llegan a través de la misma vida de la comunidad que nace y se desarrolla dentro de la estructura parroquial. Si no existiera una estructura parroquial, saben que la comunidad no podría caminar por mucho tiempo. Esta comunión hace surgir un amor nuevo, aprender a perdonarse, a no exigir nada al otro, a vivir en libertad sin falsas posturas convencionales. No sólo no se sienten desvinculados de la parroquia sino que, en realidad, son la misma parroquia enseñando a los mismos bautizados el camino para llegar a la madurez de su bautismo. Algunos vienen de una experiencia de parroquia tan pobre, deformada y negativa que han de convertirse hasta este extremo. La pequeña comunidad donde se celebra la Palabra, la Eucaristía y la comunión, donde aparece Jesucristo, descubre una iglesia real, concreta, localizada, con calor humano. El misterio de la Iglesia se vive con más intensidad y veracidad. Desde este espíritu es más fácil descubrir la iglesia local, la diócesis presidida por el Obispo. Con respecto a la diócesis, la comunidad representa una cédula pequeña pero llena de vigor que fortalece a la misma iglesia local. Con relación al Obispo, éste aparece como el pastor y responsable, a través del párroco y los catequistas o con su misma presencia. La obediencia al Obispo es constitutiva de la comunidad ya que sin aquélla ésta no podría existir. Y aún más fácil es elevarse a la presencia del Papa como Pastor y responsable de la Iglesia universal. La obediencia al Papa como al Obispo, la fidelidad a sus orientaciones

son asumidas desde la fe como algo irrenunciable. Es garantía de verdad, de autenticidad, de caminar según la voluntad del Señor.

Poco a poco, en la comunidad van surgiendo los carismas que explicitan el sentido misionero de la misma iglesia. Cada uno va concienciándose de la misión a la que el Señor lo llama. Unos carismas son más explícitos y visibles como el del catequista itinerante al servicio de la Iglesia, o las vocaciones religiosas en hombres y mujeres. Y junto a estos, otros más sencillos y ocultos dentro de la misma comunidad o parroquia. Aún antes de renovar las promesas bautismales, ya reciben una misión al servicio de la fe.

El espíritu de comunión y misión se hace presente en la ayuda y corrección fraternal. La comunidad siempre tiene una palabra para el hermano que necesita ser amonestado, descubrirle su pecado, ayudar a superar sus situaciones de conflicto. Problemas que superan a la comunidad son presentados a los catequistas como equipo que ilumina, orienta, corrige y amonesta. Así nos lo mandó el Señor. La garantía de que Cristo está en medio de la comunidad y que su Espíritu la dirige, con la libertad que da el mismo Espíritu, en medio de las situaciones más o menos difíciles, va ahormando y purificando a la comunidad que en todos los casos es llamada a conversión.

El don de la Iglesia

El catecúmeno que ha recibido en la comunidad el don de Jesucristo a través de la Iglesia sabe que tales dones no son para él sino que debe comunicarlos con su palabra y con sus obras; que su misión es la misma misión de la Iglesia: anunciar a Jesucristo. Y anunciarlo desde su propia experiencia, desde lo que Cristo ha hecho en él. Para ello, no hacen falta

palabras sabias ni lecciones aprendidas sino poner en juego su propia vida al servicio del Señor. Esta conciencia de misión se hace más vital al final del camino cuando la comunidad despliega toda posibilidad misionera.

La comunión eclesial

La comunión de bienes es otro aspecto inherente a la comunidad. Ya desde el principio aprenden a compartir de forma que nadie pase necesidad. Este espíritu de comunión se desarrolla de manera especial en alguna etapa del camino de forma que este desprendimiento de los bienes sea un signo de liberación del ídolo del dinero y además, atienda a las necesidades de los pobres.

Bien podemos aplicar, como resumen, cuanto narran los Hechos de la primera comunidad cristiana, con las limitaciones que, sin duda, también ellas tenían: "Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones" (Hch 2,42). "Nadie llamaba sus bienes sino que todo era común entre ellos" (Hch 4,32). Y todo en libertad y en generosidad que no nacen de la ley sino del espíritu.

V. ESPIRITUALIDAD DEL CAMINO NEOCATECUMENAL

La transformación y regeneración del hombre por la gracia del bautismo despliega en él una vida espiritual en el sentido más profundo de la palabra. La conformación con el espíritu de Jesucristo, vivir la nueva vida en Cristo, ejercitarse en la imitación del espíritu del Señor. Vivir en Cristo es la misión fundamental del cristiano y para lo que, fundamentalmente, se prepara al catecúmeno a lo largo de todo el proceso catecumenal.

Afirmamos sin ambigüedad que todo el proceso de una vida espiritual cristiana tal como lo desarrollan los grandes maestros del Espíritu, está presente en la espiritualidad del Camino Neocatecumenal⁷⁴. Por no citar otros maestros, tengamos presentes a San Juan de la Cruz y San Ignacio de Loyola tan cercanos y actuales.

San Juan de la Cruz en el proceso del alma hasta la cima del Monte Carmelo la hace caminar por las tres vías o tres etapas: purgativa, iluminativa y uníriva. Desde la purgación del espíritu, desposeyéndolo de todos los apetitos y humanas seguridades hasta la unión con Dios en fe

74. Clr. A.Fuentes, "La espiritualidad del Camino Neocatecumenal" en Vida Sobrenatural. PP. Dominicos.,Año 1995

y amor. Un proceso de desmantelamiento interior para llegar a la experiencia de la Nada y poder encontrarse y gozarse con el Todo.

De otra forma, San Ignacio en sus Ejercicios empieza provocando una profunda conversión interior, renunciando a todo lo que roba la gloria de Dios para llegar a la contemplación para alcanzar amor después de haber contemplado de manera tan inmediata y tan viva la palabra y el espíritu de Jesucristo.

Con otro método aún más sencillo, el Camino Neocatecumenal va dirigiendo al catecúmeno desde la “kenosis”, el vacío de sí mismo y de todo lo que no es Dios hasta la experiencia de la unión con la Trinidad y la contemplación de aquello que es el antípico de la gloria, la Eucaristía. En tres palabras resume el Camino este proceso que marcan sucintamente las tres etapas fundamentales: humildad, simplicidad y alabanza.

Partiendo del “kerigma”, del anuncio de Jesucristo muerto y resucitado como la gran respuesta de Dios a todas las inquietudes del hombre, y partiendo de este deseo inconcreto de conocer y seguir a este Jesús para participar vivamente de su muerte y resurrección, va surgiendo una espiritualidad, una nueva forma de pensar, de vivir, de actuar, de comprometerse y de entender la historia y la sociedad. Necesariamente esta teología de la Cruz, que hemos descrito “desemboca en una espiritualidad para nuestro tiempo de ausencia de Dios, en una praxis nueva que busca a los abandonados y alejados y ora desde ellos; desemboca en una imagen de Dios muy distinta de la que la metafísica había impuesto al Dios de Jesucristo”⁷⁵. El

hombre va hacia el Dios-Amor, como siempre exclama San Agustín, y este Dios-Amor se descubre en la Cruz.

La espiritualidad del catecumenado, por definición, tiene su raíz fundante en el bautismo. Es bautismal de una manera total y consciente sin más adjetivos. Arranca, pues, de lo que el Conc. Vat. II afirma: “La espiritualidad que nace del bautismo es la llamada radical y universal a la santidad”. “Los miembros (del Cuerpo Místico) tienen la misma dignidad por su nueva regeneración en Cristo, la misma gracia de hijos, la misma vocación a la perfección, una misma gracia, una misma fe, un amor sin divisiones. Todos están llamados a la santidad” (L.G. 32). Poner el acento en su aspecto bautismal quiere decir que es básica y fundamental, sin lo cual no puede desarrollarse ningún tipo de espiritualidad. Es la savia nutritiva de toda la vida cristiana. Edificar fuera de ella es edificar en falso.

Esta espiritualidad la desarrolla el catecúmeno dentro de la comunidad, creando y viviendo la comunión. Es, por lo tanto, también comunitaria. “Se puede decir que la espiritualidad evangélica es esencialmente comunitaria”⁷⁶. La persona se realiza como cristiano dentro de la comunidad, sufriendo y gozando con la comunidad, experimentando la acción de Cristo en la comunidad y a través de la comunidad. Es un pueblo unido el que camina hacia la santidad, “sois un pueblo santo”. Es la comunidad la que suministra los medios, la palabra, los sacramentos, la oración.

75. F. Rodríguez: op. cit. p. 285.

76. J.M. Castillo: *Espiritualidad para Comunidades*. San Pablo. 1995, p.14.

La comunidad tiene como modelo de esta espiritualidad a la familia de Nazaret que vive estas actitudes de humildad, simplicidad y alabanza de forma singular. Y consiguientemente, la espiritualidad del Camino lleva a vivirla en familia, en la pequeña iglesia, creando un tipo de nueva comunión, nutrido por la palabra y la presencia del Señor.

En un primer momento, la incidencia del camino tiene como objetivo descubrir la realidad más profunda del hombre. A la luz de la palabra, que va iluminando una nueva forma de vivir distinta del mundo, se ilumina el interior del hombre. Se descubre el desamor, la soberbia, la autocomplacencia, las envidias, las violencias y toda esa carga de actitudes que, hasta ahora, se han visto como normales, pero se empieza a otear que por allí no anda el amor de Dios.

Una palabra sintetiza la lucha interior de este momento: la “kenosis”. Teniendo delante el ejemplo de Cristo, que se vació hasta su propia vida, se comprende la necesidad de vaciarse interiormente de todo lo que no es Dios, lo que no es voluntad de Dios, de lo que no nace del amor de Dios para purgar lo más íntimo del hombre y dejar lugar al espíritu de Jesucristo. Todo este proceso de conversión interior, que tan detallada y autorizadamente explica San Juan de la Cruz, es el trabajo que ha de hacer el catecúmeno bajo la acción de la gracia. La verdad del pecado se hace cada vez más luminosa, la experiencia de la propia impotencia para liberarse de él, y la necesidad de la gracia, de la nueva energía que sólo viene de Cristo para ir destruyendo lo que esclaviza el corazón. A la vez, se constata la debilidad de la fe y la necesidad de pedirla.

Donde San Juan habla de la noche que purifica los sentidos y el espíritu, el Camino habla de la muerte que es

una noche más oscura. Aprender a vivir de la fe, como Abrahám, como María, como el pueblo del Éxodo, exige una muerte de sí mismo, de todas las seguridades que vienen de dentro o fuera. Hay que sacrificar todos los ídolos de dentro y de fuera, desde el ídolo de uno mismo hasta los ídolos del mundo: dinero, afectos, poder, fama, etc. Con la mirada de la fe naciente puesta en el “Shemá”: Amarás a Dios y sólo a Él con todo el corazón, tu ser y tus fuerzas, el catecúmeno experimenta que no vive esta palabra, que hay muchas cosas que se interponen y se anteponen al amor de Dios. Y todo esto hay que vivirlo en medio de un mundo que está sembrado de ídolos, como vio San Pablo camino del Areópago. Y en medio de esta situación ha de buscar al “Dios desconocido”, al menos a nivel de una experiencia fecunda. Todo esto es una experiencia de muerte de todo lo que no es Dios para que Dios lo sea todo. Este descenso hasta la profunda realidad de uno mismo es una experiencia desconcertante porque el catecúmeno pierde las seguridades que tenía y aún no encuentra la plena seguridad en Dios.

La comunidad le ayuda para que no se pierda en su propio desconcierto. A través de las mismas celebraciones, de la fuerza de la palabra que siempre viene a clarificar la situación personal de cada uno, por medio de las observaciones de los hermanos y, especialmente, por la dirección de los catequistas y de los presbíteros se va realizando un discernimiento personal y comunitario que ilumine la verdad de la situación de cada uno.

Para ayudar a este discernimiento y hacerlo con garantía, los frecuentes escrutinios a los que responde toda la comunidad y los catecúmenos, siempre acompañados de catequesis iluminadoras, son un instrumento eficacísimo.

Tanto más eficaz cuanto que no se parte de teorías, siempre difíciles para incipientes, sino de la iluminación de los hechos y de la historia de cada uno a la luz de la fe. Es necesario atacar los engaños del Maligno desde todos los ángulos que abarca la vida del hombre. Y los engaños son muchos, y no fácilmente detectables, en el ámbito de las falsas seguridades, del dinero o de los afectos sublimados. Sobre todo en nuestro mundo religioso, más construído sobre leyes al margen de la vida y que con frecuencia quiere cristianizar hasta los mismos ídolos. Recordemos, a este respecto, las palabras de Jesús: "El que quiere a su padre o a su madre más que a Mí no es digno de Mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a Mí no es digno de Mí; el que no toma su cruz y me sigue no es digno de Mí" (Mt.10,37). El seguimiento de Cristo que al catecúmeno se le propone, como exigencia de su bautismo, es evangélico y, por eso, liberador y sanante. ¿Dónde vivió Jesús esta experiencia de humildad, de vaciamiento, de muerte? Ya en la Encarnación desciende de su categoría de Dios; en la Cruz asume la condición de esclavo, de Siervo y su historia terrena es de anonadamiento y de negación de sí mismo. Sólo le importa la fidelidad a la voluntad del Padre. Estos puntos de referencia a los que constantemente nos remite la Escritura son los que ayudan al catecúmeno a entrar en el conocimiento de sus falsas seguridades y a encontrarse con la única seguridad, la que vivió Jesús: vivir de la voluntad del Padre, hacer de ella su alimento.

Cuando el catecúmeno, en su momento, haga una renuncia real y simbólica a los ídolos, es porque ha caído en la cuenta de sus tinieblas y esclavitudes y buscará entrar en la luz que le lleva al bautismo.

Esta es la etapa de humildad, de purificación, de ascensis, de "kenosis". Es un momento fundante de la iniciación cristiana en el camino de la fe. Esta experiencia interior tiene que acompañar al catecúmeno a lo largo de toda su vida en la lucha constante con todo aquello que, dentro o fuera de sí, lo empuja a escaparse del camino de la fe, de la vivencia del "Shemá", de confesar a Cristo como el Señor.

Es un paso importante en la iniciación cristiana, totalmente necesario para vivir la espiritualidad evangélica, la opción por el seguimiento de Cristo, haber iluminado su realidad más íntima, enseñarle a conocerse desde la fe en Cristo. Esto es poner los cimientos para levantar un edificio. Cuanto más haya cavado en su condición pecadora, cuanto más entre en esta realidad más segura será la construcción. Un catecúmeno camina hacia el bautismo, hacia la participación en la muerte y resurrección de Cristo. Si ha experimentado la muerte, necesita entrar en la iluminación que transforme su ser y su vivir para vivir en Cristo la vida nueva.

Aprende a vivir en la gratuidad, todo es gracia y todo le es dado; no tiene de qué gloriarse. Toda su historia ha sido un don de Dios, una expresión del amor de Dios. Aun aquello que puede haberle traumatizado o por lo que puede sentirse fracasado, también ha sido un regalo de la benevolencia de Dios. Celebrando la palabra, se da cuenta de que todas las intervenciones de Dios, en personas y acontecimientos, llevan el sello de la acción misericordiosa, gratificante de Dios. Nada ocurre por azar, nada escapa a la acción de Dios, ni nada se oculta a sus ojos. Con mirada simple, el catecúmeno ha de vivir de esta visión de fe. Aprende a vivir en la precariedad; es decir, a aceptar la voluntad de Dios cada día, dejando todo el futuro en las manos, siempre paternales, de Dios.

El catecúmeno se cura de la tentación de un pelagianismo (Herejía de Pelagio) siempre al acecho. Es difícil reconocer, de hecho, que “el hombre es nada con pecado encima”. (S. Catalina) o que “Dios nos ama no por nuestros méritos sino a pesar de nuestros deméritos” (S. Agustín). Una espiritualidad evangélica no se puede centrar en el propio esfuerzo y, consiguientemente, en su propio mérito. Es necesario, en esta etapa de simplicidad, vivir de pura gracia, de la única seguridad, que es Dios, que le pone a salvo de vivir en la mentira. Dios hace ver muy pronto a aquellos que quieren apoyarse en sí mismos, en sus propias fuerzas, que no les lleva a ninguna parte e, incluso, compromete su fe. La vida cristiana lleva a la esterilidad y al abandono. No podemos olvidar la catequesis del mundo que afirma con ufanía que “el hombre se hace a sí mismo”, que él es dueño de su destino y que en sus manos está el futuro. Cuando la verdad es que es Dios quien construye y reconstruye al hombre con su gracia, que el dueño de nuestro destino es Dios y Él es el único Señor. Detrás de muchas exigencias del “compromiso cristiano” se esconde una carga de pelagianismo que enerva hasta el propio compromiso. El compromiso cristiano es la fidelidad a la voluntad de Dios, la vivencia del amor gratuito de Jesucristo; lo demás es añadidura que sólo es válida cuando nace de pura fe y no de otras connotaciones discutibles cuando no acristianas.

¿Cómo entrar en este espíritu? ¿Cómo mantenerlo y fortalecerlo? Sólo hay un camino que es el de la oración. Desde la precariedad más consciente, buscar la alianza con el Dios fuerte que se ha manifestado sacando a Jesús de la muerte y llevándolo a la exaltación. Una oración evangélica, orando como Jesús oró y orando como Él nos ense-

ñó a orar. Orar como ora el publicano y no como el fariseo; orar como la viuda insistente o como el amigo inoportuno; orar como Jesús en la Cruz en la cumbre de su angustia y abandono, fiéndolo todo a la voluntad del Padre, despertar la necesidad de orar ante todos los acontecimientos y situaciones para descubrir la voluntad y el amor de Dios. La oración evangélica nunca se busca a sí misma sino que trata de descubrir el camino para el seguimiento de Cristo, para conformarse con Él.

Además de evangélica y para que lo sea de verdad, el catecúmeno se ejercita en la oración eclesial y comunitaria. Porque ha de saber que ora desde el Cuerpo Místico, desde la Iglesia que le garantiza y hace más viva la presencia del Señor. Orar con la comunidad y en la comunidad, siempre, en todas las celebraciones de la palabra o de la eucaristía. Y también orar con la comunidad cuando está en el silencio de su alcoba. Para eso, desde el principio, pero especialmente en una etapa del Camino se le enseña a orar con la Liturgia de las Horas todos los días. El rezo y la meditación de los salmos, que Jesucristo vivió, la lectura del evangelio, la oración silenciosa son las armas con las que se pertrecha el catecúmeno para luchar el combate permanente de la fe.

En este proceso oracional, de iluminación gratuita, aprenderá a orar con el Credo, con los misterios fundantes y expresivos de nuestra fe. Adentrarse en la riqueza de los misterios del Credo no puede hacerse más que por el camino de la fe para que no sea pura erudición sino una palabra de vida que nos sumerge en la vida de Dios. Es la iluminación más potente de la fe contemplar a la luz de la gracia iluminante la sorprendente y sobrecogedora acción de la Trinidad y de cada una de las Tres Personas. La ora-

ción más comunitaria es orar con el Padre y el Hijo y el Espíritu. Hacia esta confesión va el catecúmeno que llega a ser, en la comunidad, lo que la Iglesia es o debe ser: "una comunidad confesante y orante".

En este proceso de oración y de iluminación, ha de llegar a simplificar más su espíritu en la meditación y contemplación de la sencilla Oración dominical: Abba, Padre. Iniciarse en la contemplación de este misterio del Dios Padre, Abba, con la sencillez del que se siente llamado por gracia de Dios a vivir la filiación divina para poder hacer las obras de Dios, poseer el espíritu del Hijo es tocar la cima de la luz y de la sencillez. Porque esto es vivir en Cristo que no hizo más que realizar "las obras que había visto hacer a su Padre". Esta palabra adentra al catecúmeno en la intimidad de Dios, en el secreto escondido del amor de Dios, en la necesidad de escuchar la palabra del Padre y dialogar con Él "tratando de amor con aquél que sabemos nos ama". Es descubrir "la fonte" de donde mana y corre la vida, la vida eterna.

Hay una etapa conclusiva del camino que es la elección. Si ha sido conducido gradualmente hasta el descubrimiento sobrecogedor del Dios Padre, de la Trinidad que vive en el espíritu, no es para una pura contemplación desencarnada. Sin duda, lleva a una oración de alabanza, de acción de gracias, de exultación interior ante tanto misterio que desborda. Y todo esto debe derivar en una praxis como respuesta: vivir el espíritu de Jesucristo. Y este espíritu se nos da a conocer en las Bienaventuranzas, en el Sermón de la Montaña. El catecúmeno que se acerca ya al bautismo, que ha sido iluminado por el Espíritu, que va a sellar sacramentalmente el seguimiento de Cristo, tiene que sumergirse en esta nueva palabra donde

Jesús nos da a conocer cuál es la ley del espíritu, la que Él vivió. Si ha habido una victoria sobre el pecado y sobre la muerte, ahora se dará la victoria sobre la Ley. Como aquí el hombre experimenta la incapacidad absoluta para obrar las obras de Cristo: vivir la misericordia, la paz, la pobreza del corazón, el amor al enemigo, el no resistirse al mal, necesita con más fuerza la oración, entrar en una alianza más fuerte con Dios, vivir totalmente de la gratitud. La lucha con el espíritu del mal y del mundo se hace más fuerte porque intenta convencernos de lo absurdo y paradójico del mensaje. La única salida es apoyarse en el poder de Jesucristo y vivir todo el día en oración para no dejarse sorprender. Aquí nos volvemos a encontrar con otra cima del "verdadero compromiso cristiano" para no perder la brújula de la sincera voluntad de Dios. Viene en nuestra ayuda el gran don de la alianza del Padre por Jesucristo en el Espíritu: la Eucaristía. El catecúmeno, regenerado en el bautismo se acerca al misterio de la alabanza, de la exaltación y exultación, de la contemplación de la insondable presencia del Jesucristo muerto y resucitado, de cuya memoria ha de alimentar toda su vida cristiana. Es la gran sorpresa que culmina el proceso de iniciación. Dice San Jerónimo: "Mientras vivíamos en el mundo nuestros ojos estaban sumergidos en el abismo y nuestras vidas se arrastraban por el cielo, mas desde el momento que fuimos arrancados de las olas, hemos comenzado a ver el sol, hemos comenzado a ver la luz verdadera y, por eso, llenos de alegría desbordante le decimos: Espera en Dios que volverás a alabarlo" (A los recién bautizados, sobre el salmo 41.) De aquí brota la oración de alabanza permanente. Es el misterio que sella nuestra alianza, la comunión con la Trinidad Santísima,

la comunión con toda la Iglesia, las primicias de la vida eterna.

.....

Hemos de resaltar que en el catecumenado se trata de un proceso de iniciación cristiana donde se ponen los fundamentos y los secretos para vivir ya en adelante la vida de Cristo. En la vida espiritual no todo procede linealmente. Es una vida siempre en movimiento que constantemente lleva al cristiano a vivir en estado de conversión, en humildad, en sencillez y alabanza. Es el Espíritu el que mueve las almas según lo que necesita para caminar en el seguimiento de Cristo por la fuerza de su espíritu. Terminado el catecumenado, el bautizado ha de seguir madurando y realizando las promesas de su bautismo.

VI. FLECOS SUELtos

Pastores

En la Carta a Mons. Cordes, ya aludida, Juan Pablo II hace este llamamiento a los pastores: obispos y presbíteros: “Deseo vivamente que los hermanos en el episcopado valoren y ayuden -junto con los presbíteros- a esta obra para la Nueva Evangelización, para que se realice según la líneas propuestas por sus iniciadores, en espíritu de servicio al Ordinario del lugar y en comunión con él, en el contexto de la unidad de la iglesia particular con la Iglesia universal”.⁷⁷

A pesar de todo, es cierto que el Camino encuentra no poca oposición entre los pastores, obispos y sacerdotes. Tal vez, no han entrado en la enjundia pastoral y renovadora de la fe que el Camino aporta y cuyos frutos el mismo Papa resalta en su Carta. Es una vieja novedad y como toda novedad, en principio siembra desconcierto y confusión. Hay que acercarse a ella con espíritu sencillo.

Algunos escrúpulos se levantan en torno a las celebraciones litúrgicas: misa vespertina, para la pequeña comunidad, bajo las dos especies. Problemas anecdóticos, ya resueltos por la Congregación pertinente, como en otro

77. Mons. R. Blázquez: *Iniciación cristiana...*, p. 341. Acompaña un comentario a la misma.

lugar hemos expuesto. Sobre estos aspectos, Mons. Corde, profundo conocedor del Camino, acaba de publicar un libro sobre la participación litúrgica en las “pequeñas comunidades”, aun no traducido.

También circula el cliché, hartamente repetido, que divide a las “comunidades” en comunidades “calientes” o espiritualistas y comunidades “comprometidas”, con el fin de revalorizar a éstas e infravalorar a aquéllas. La división nos parece trasnochada e inconsistente, como en el orden político la división de derechas e izquierdas. La fe es la fe como la verdad es la verdad. Y para actuar desde la fe, lo importante es tener fe, y una fe madura y consecuente. Poner el acento de la fe en un compromiso social y político, que, ¡mira por donde! ha de ser de izquierdas y no puede ser de derechas, me parece una corrupción de la misma fe. “Si no actuamos desde la fe -decía el Card. Vilh- estamos perdiendo el tiempo”.

Párrocos

La Comunidad neocatecumenal tiene su origen, su centro y su desarrollo en la institución parroquial. Es la misma parroquia que abre un camino de iniciación cristiana para llevar a las personas a la madurez de la fe. Es, por tanto, la acción fundamental que justifica la necesidad de la parroquia. Muchos párrocos recelan del Camino porque supone una dura y permanente tarea. No cabe disimularlo, así es. Cuesta tanto desprenderse del “maximalismo” y de la masificación tradicional que dedicar tiempo a los pequeños grupos puede parecer perder el tiempo. Será bueno recordar el adagio latino: “non multa sed multum”. Volvamos a considerar lo que es el grano de trigo, la sal, el fermento, la luz: poco pero eficiente. Así acontece con la comunidad.

Otros, que han empezado el Camino, pronto sienten la necesidad de transformarlo, de corregirlo, de darle otra impronta personal. El Camino, como dice el Papa, “debe realizarse según las líneas propuestas por sus iniciadores”. Lo otro sería fundar una cosa distinta pero no el Camino Neocatecumenal. Sería desvirtuarlo y vaciarlo de sentido. Esta fidelidad requiere obediencia, paciencia, saber esperar a que la acción de la palabra madure a su tiempo.

Otros se apresuran a “instrumentalizar” la comunidad, a servirse de ella para otros fines distintos a los que la comunidad está llamada. Esto supone desvirtuarla y destruirla.

Para obviar estas situaciones, es fundamental que el “párroco haga el camino”, siga desde dentro de sí, como un catecúmeno más, todo el proceso catecumenal y así podrá ejercer su misión de pastor con mayor equilibrio y acierto. Compartir las experiencias propias con los hermanos como “hermano entre hermanos” como una “kenosis” altamente beneficiosa.

La parroquia

Calificar con acento peyorativo, a las Comunidades Neocatecumenales -también a otros grupos- como “iglesia paralela”, es frecuente sobre todo entre aquellos que más censuran a la Iglesia su inmovilismo o falta de audacia. También se las tilda de “grupo de élite”, que hace sonreír a los que tienen experiencia del Camino.

Que la parroquia, en su afán evangélico, opte por un proceso de iniciación cristiana, como oferta a todos los feligreses, no está creando algo paralelo a sí misma, sino introduciendo un vino nuevo que necesita odres nuevos.

Todos son invitados permanentemente a iniciar el Camino en libertad y a nadie se le cierra la puerta ni se le ponen condiciones. En una comunidad conviven la experiencia catecumenal desde los que intentan liberarse de la droga hasta los adictos a toda clase de novenas. Ciertamente, cuando una comunidad ha empezado a caminar, constituye una unidad que va dando sus propios pasos. Quien desea entrar en una comunidad ha de hacerlo desde el principio; no se pueden dar saltos.

No es extraño escuchar que las Comunidades tienen un nivel de exigencia que sólo es apta para gente con una vocación especial. Tratándose de la iniciación bautismal, nada más lejos de la realidad: el bautismo es igual para todos y las exigencias del bautismo atañen a todos por igual. Lo mismo que Pablo pedía a sus comunidades. La llamada a la santidad es común a todos los bautizados y estas exigencias, derivadas del bautismo ni se deben rebajar ni se deben exagerar. El evangelio no es para héroes, es sencillamente para cristianos.

Otros se quejan de que las Comunidades no hacen nada en la parroquia. Hay un tiempo, de suyo largo, que bastante hacen con cultivar su fe en comunidad, en ir descubriendo, a través de la palabra, y vivenciéndolo, todo el mensaje de la fe. Llega un momento, cuando esta fe es más fuerte e iluminada, que asumen su propia misión al interior de la parroquia. Primero la semilla, después la caña, luego la espiga y, al final, el fruto. Las prisas no son buenas para nada. A su momento, con aire nuevo, la comunidad asumirá la responsabilidad pastoral de su fe.

El párroco, o los presbíteros de la parroquia, habrán de atender a dos frentes: el de la pequeña comunidad o comunidades y el de la macroparroquia. Habrán de saber ejercer

su conciencia pastoral en cada uno de ellos con el espíritu que cada uno reclama. No se trata de dividir ni de suprimir, sino de proceder con gran discreción y prudencia pastorales. Todo lo que, con mayor o menor intensidad, ayuda a una verdadera evangelización, es bueno y hay que saber caminar, en unidad de espíritu, en medio de diversas tareas. Sabemos que la vida del párroco está dividida y dispersa, solicitado por muchas y variadas actividades; por eso, es necesario discernir qué es lo realmente conduce a una evangelización profunda y sistemática de la fe, válida para los que están cerca y para los que están lejos. Atentos a los signos de los tiempos, hay que tener presente la apreciación de Pablo VI: "Hay que renovar la Iglesia desde sus cimientos como si hasta ahora nada se hubiera hecho".

En esta tarea de la integración de la comunidad a la comunidad parroquial en medio de la cual nacen y se desarrollan, es poco lúcido lo que afirma un moderno pastoralista: "Las comunidades neocatecumenales realizan esta misma tarea (de incorporación a la comunidad parroquial), pero dentro de las comunidades de su mismo tipo, con lo que se corre el grave riesgo de identificarse con la totalidad de la Iglesia o con el exclusivismo de sentirse ellas solas Iglesia"⁷⁸. Las comunidades neocatecumenales tienen claro que no son la Iglesia, sino que actúan y viven en la Iglesia y menos en exclusiva. Esto, si no fuera ignorancia, sería una vejación.

Tampoco es coherente afirmar de las Comunidades "que una Iglesia concebida catecumenalmente se muestra

78. J.Ramos, *Teología pastoral*. BAC 1995, p.372.

más preocupada de la constitución de la propia comunidad que del testimonio y la misión en el mundo, tema que pasa a un segundo lugar⁷⁹. En el testimonio y la misión aterriza todo el proceso catecumenal. Todo a su tiempo. Ya en el proceso de iniciación, el testimonio y la misión forma parte del mismo proceso. Finalizado el proceso son enviados a testimoniar su fe en medio del mundo y a extender el Reino de Dios allí donde cada uno lo lleve el propio carisma descubierto.

Los escrutinios

Un aspecto delicado e importante del Camino son los escrutinios. Y lo son por dos motivos: cuál es el objeto de los escrutinios y quién, debe hacerlos.

El RICA (154) aclara la finalidad de los escrutinios y en qué dirección deben hacerse. Y así dice: "La finalidad de los escrutinios es fundamentalmente espiritual. Porque el objeto de los escrutinios es purificar las almas y los corazones, proteger contra las tentaciones, rectificar la intención y mover la voluntad, para que los catecúmenos se unan más estrechamente a Cristo y prosigan con mayor decisión en el esfuerzo por amar a Dios". Es, pues, una ayuda espiritual que colabora con el catecúmeno a caminar en la verdad y la sinceridad y a que no sea víctima de autoengaños que torpedeen su proceso de conversión. Hay un respeto a la conciencia íntima y personal y es el mismo catecúmeno el que pide ayuda para clarificar espiritualmente su situación. La palabra de Dios acogida y las catequesis van dando unas pautas de autocomprensión y de luz para que el mismo

catecúmeno sea el que se escrute a sí mismo. No es correcto urgir excesivamente en la conciencia de cada uno sino ayudarle a vivir y caminar en la verdad en medio de los hermanos con quienes caminan y conocen, tal vez mejor, su verdadera actitud. No puede ser una confesión de pecados sino una presentación de actitudes para orientarlas en la dirección de una fe clarificadora. En este sentido, los que escrutan han de ser siempre lúcidos y misericordiosos. Es posible que, a veces, con el mejor deseo se pueda forzar la intimidad del escrutado y que la misma comunidad caiga en juicios impertinentes. Pero no debe ser así.

Otro aspecto es el de quién ha de realizar los escrutinios. El mismo RICA (158) dice: "Los escrutinios se celebren por un sacerdote o un diácono al frente de la comunidad". En puridad, quién debería hacer los escrutinios es el presbítero que preside la comunidad. Sin embargo, en las Comunidades Neocatecumenales ha adquirido un fuerte protagonismo el catequista o equipo de catequistas que ha ido marcando a la comunidad los distintos pasos o etapas. No hay duda de que se plantea un conflicto, al menos teórico entre el ministerio del catequista y el ministerio presbiteral y cabe preguntarse quién está supeditado a quién. En la práctica todo se resuelve en un espíritu de comunión; sin embargo, no es un problema suficientemente aclarado en la andadura del Camino. Porque el presbítero es el primero y legítimo representante del Obispo y de él recibe el poder de discernir por sí o por los catequistas.

Duración del camino

El Camino neocatecumenal es largo, excesivamente largo. La misma índole de su nacimiento, fruto de una fuerte vivencia y no de unas previas teorías, ha supuesto

79. Idem.

un esfuerzo de roturación que necesariamente prolongaba los pasos y etapas. No es igual arrancar de un programa preconcebido y estructurado que ir paso a paso, experimentando, analizando, madurando cada uno de los pasos.

Ciertamente, no puede señalarse un tiempo fijo y determinado. Hay una realidad viva, que es la comunidad, y no todas avanzan al mismo ritmo, ni todas maduran al unísono. Cada comunidad ha de mantener su ritmo, sin forzarla. Sin embargo, cuando muchas comunidades han llegado al fin del Camino, se constata que, haciendo uso de la experiencia, los pasos y las etapas pueden abreviarse sin que sufra menoscabo el espíritu y la eficacia del Camino. En esto no hay ley ni se puede imponer por ley, pero pensamos que la comunidad, desde el principio puede caminar a un ritmo más rápido y, posiblemente, más eficiente aún. Esto depende de los mismos inspiradores del Camino y de los catequistas que les ayudan en esta misión. El Neocatecumenado es una potente corriente de vida que va buscando sus propios cauces firmes y sólidos.

Pedagogía del Camino

El Camino ha optado por un método de comunicación directo y una forma activa de transmisión del Mensaje. Los contenidos que muy sucintamente hemos esbozado en otra parte son transmitidos de una forma vivencial, busca al hombre todo, al hombre viviente. Es el testimonio del catequista y su experiencia de fe la que transmite la doctrina catequética. La ósmosis se produce entre la experiencia viva del catequista y la situación existencial del catequizando. A esto se añade la que podríamos llamar pedagogía activa donde al círculo se le introduce, no sólo en el manejo de la Escritura, sino en la

forma de escrutarla y en el espíritu con que debe acercarse a ella. Este método que aparentemente no obedece a un esquema preconcebido, hace, a veces, prolífica y repetitiva la exposición. El tiempo no cuenta ni para empezar ni para terminar. Kiko y los catequistas más en conexión con él pueden tener a los oyentes largas horas disfrutando de una catequesis. Como una larga conversación en la que todos toman parte y se alegran con las grandes noticias de la acción de Dios y de la historia de salvación que, en resumen, todo lleva a la Buena Noticia, en definitiva, a Jesucristo.

Epílogo

Cuando al marinero de nuestro viejo romance le piden que entone su alegre melodía responde: "Yo no digo mi canción sino a quien conmigo va". Esta bella canción del Neocatecumenado sólo podrá descifrarla y saborearla el que se embarca en él y, en medio de las olas y al correr de los vientos, se va acercando a la otra orilla desde la que puede contemplar un nuevo paisaje, un nuevo horizonte y un Sol que no tiene ocaso.

ÍNDICE DE SIGLAS

- C. de A.: Catequesis de Adultos.
C.E.E.: Conferencia Episcopal Española.
C.F.L.: Christi Fideles Laici.
C.I.C.: Catecismo de la Iglesia Católica.
C.VII D.V.: Concilio Vaticano II Dei Verbum.
C.V.II G.S.: Concilio Vaticano II Gaudium et Spes.
C.V.II L.G.: Concilio Vaticano II Lumen Gentium.
C.V.II S.C.: Concilio Vaticano II Sacrosanctum Concilium.
D.G.P.C.: Directorio General de Pastoral Catequética.
E.N.: Evangelium Nunciandi.
J.P. II C.T.: Juan Pablo II Catequesis Tradendae.
RICA: Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos.

BIBLIOGRAFÍA

- BLÁZQUEZ, R. (Mons): *Iniciación cristiana y nueva evangelización*. DDB, 1992.
- BOROBIO, D.: *Proyecto de iniciación cristiana*. DDB, 1980.
- BOROBIO, D.: *La celebración en la Iglesia*. Ed. Sigueme.
- CASTILLO, J.M.: *Espiritualidad para comunidades*. Ed. San Pablo, 1995.
- DUJARIER, M.: *Iniciación cristiana de adultos*. DDB, 1986.
- DUJARIER, M.: *Breve historia del catecumenado*. DDB, 1986.
- FARNES, P.: *La celebración eucarística de pequeños grupos*. Universidad Pontificia de Salamanca, 1996.
- FLORISTAN, C.: *El catecumenado*. Ed. Verbo divino, 1989.
- FUENTES, A.: *Vida Sobrenatural*. Padres Dominicos, 1995.
- PASOTI, E.: *El camino neocatecumenal según Pablo VI y Juan Pablo II*. Ed. San Pablo, 1994.
- RAMOS, J.: *Teología Pastoral*. BAC, 1996.
- ROCCETA, C.: *Cómo evangelizar a los cristianos*. Bib. Mercabá, 1994.

- RODRÍGUEZ, F.: *La cruz de Jesús y el ser de Dios*. Universidad Pontificia de Salamanca, 1992.
- SEBASTIÁN, F. (Mons.): *Nueva Evangelización*. Ed. Encuentros, 1991.
- TREVIJANO, R.: *Orígenes del cristianismo*. Universidad Pontificia de Salamanca.
- V.V.A.A.: *Nuevo diccionario de espiritualidad*. Ed. Paulinas, 1991,

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Confesión.....	15
I. UNA PREGUNTA: ¿ES NECESARIO HOY UN CATECUMENADO?	17
II. UNA RESPUESTA: EL CAMINO NEOCATECUMENAL	37
III. DESARROLLO DEL CATECUMENADO.....	57
ETAPAS DEL CATECUMENADO.....	59
1. Kerigmática.....	60
<i>Cómo se realiza</i>	61
<i>El anuncio explícito</i>	63
2. Precatecumenado.....	70
3. Paso al catecumenado.....	77
<i>Shemá</i>	79
<i>Segundo escrutinio</i>	80
4. El catecumenado	86
<i>Iniciación a la oración</i>	89
<i>Entrega del símbolo de la fe (Traditio)</i>	93

IV. TEOLOGÍA DEL CAMINO 123

<i>Teología de la Cruz</i>	124
<i>El Siervo de Yavé</i>	128
<i>Escatología</i>	132
<i>Pneumatología</i>	133
<i>El misterio eucarístico</i>	135
<i>El Don de la Trinidad</i>	137
<i>El Don de la Iglesia</i>	142
<i>La comunión eclesial</i> '.....	143

V. ESPIRITUALIDAD DEL CAMINO
NEOCATECUMENAL 145

VI. FLECOS SUELtos 157

<i>Pastores</i>	157
<i>Párracos</i>	157
<i>Parroquia</i>	158
<i>Escrutinios</i>	159

<i>Duración del camino</i>	163
<i>Pedagogía del Camino</i>	164
<i>Epílogo</i>	165
<i>Índice de Siglas</i>	167
<i>Bibliografía</i>	168
<i>Índice</i>	171